

A woman with her hair in a bun, wearing sunglasses and a white t-shirt, is shown in profile from the chest up, looking towards the right. In the background, the town of Saint-Malo is visible, built on a cliffside with a prominent stone wall. The sky is a mix of blue, orange, and yellow, suggesting a sunset or sunrise. A crescent moon is visible in the upper part of the sky. The overall scene is peaceful and scenic.

# UN VERANO EN SAINT-MALO

Mayte Salmerón Almela

RESTART

# UN VERANO EN SAINT-MALO

MAYTE SALMERÓN ALMELA



A mis padres y hermanas,  
por esas tardes de veranos en la playa,  
en nuestra particular sala de lectura.



## SINOPSIS



“Un verano en Saint-Malo” es una historia de misterio y de grandes emociones en la que la protagonista, Clara, conocerá a diferentes personajes y vivirá situaciones que harán que su verano sea menos tranquilo de lo que hubiera deseado.

Con la aparición de un cadáver en un ascensor, la historia empieza a moverse entre tres etapas distintas de su vida: la de su niñez más tardía, cuando la noticia más comentada era la desaparición de unos niños en las comarcas cercanas; la de su juventud, con su viaje a Saint-Malo y en donde los sucesos que acontecen dejan sin respiración a la propia protagonista; y por último, la de su vida adulta donde tendrá que lidiar con todos esos recuerdos y entender mejor por qué se encuentra con el cuerpo de un conocido en un ascensor.

¿Estarán realmente relacionados todos estos hechos ocurridos en su niñez, en Saint-Malo y en la actualidad?



## AUTORA



Mayte Salmerón Almela, nace en Cieza (Murcia) en 1986. Diplomada en Magisterio de Lengua Extranjera: Inglés, ejerce como maestra y es, además, encargada de la biblioteca de su colegio.

Fiel a los libros de misterio como los de Agatha Christie o Sherlock Holmes, todo su repertorio se centra en dicho género.

Ganadora de varios certámenes literarios, en 2019 participa en un taller literario, llevado a cabo por el también autor Ralf B. Leepman, convirtiéndose en una de las alumnas candidatas a publicar su novela.

Esta historia tiene lugar en la Región de Murcia, exactamente en las tres comarcas señaladas en el mapa presente. En nuestra región, cada comarca abarca varias localidades. He querido describir, simplemente, algo característico de alguna de esas localidades, sin decir sus nombres, para dar cierto halo de misterio a la narración.



# ÍNDICE

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

1

SEGUNDA PARTE

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

TERCERA PARTE

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

EPÍLOGO

NOTAS DE LA AUTORA



## PRÓLOGO

Año 2017.

Odio los ascensores, siempre los he odiado. Nunca entenderé por qué de niñas, cuando no había muchas casas que dispusieran de esta maquinaria, mis amigas se divertían entrando a esos pisos, privilegiados por aquel entonces, y subíamos a la planta más alta sin ningún fin. Ellas se divertían, yo nunca. Mi fobia era tal que, llegado el momento de colarnos en un edificio cualquiera para coger el ascensor, alguna excusa se me ocurría para volver a casa y evitar tan dramático momento. Todo esto empezó a rondar por mi cabeza cuando aquel domingo recibí la llamada de mi hermana. El sonido del teléfono me despertó de golpe de mis más profundos sueños y, aún afectada por la resaca de lo bebido la noche anterior, descolgué con dificultades para poder hablar, arrastrando las palabras. Me pedía que hiciera de niñera de mi sobrina Irene esa misma tarde y, de repente, el estómago se me encogió. No solo por mi malestar tras una noche de fiesta, sino porque mi hermana vivía en un décimo. La visitaba menos de lo que quería, pero siempre que tenía que hacerlo me planteaba subir por las escaleras, nunca venía mal hacer algo de ejercicio, pero ese día mi pésimo estado no me permitía tal esfuerzo.

Con las piernas temblando, llegué a su portal. Ya dentro, el ascensor estaba allí para cogerlo, abrí la puerta y me encontré a un hombre en su interior que tal vez me había visto llegar y me esperaba para cogerlo juntos. Cuando entré, no se dignó ni a mirarme o saludarme por educación. Tampoco obtuve respuesta cuando le pregunté a qué planta iba, así que, sin más, pulsé el diez suponiendo que iríamos a la misma. Aquel minúsculo y sofocante cubículo tenía capacidad para cuatro personas, pero con los dos dentro creía que ya era atterradoramente claustrofóbico. Además era un ascensor sin espejo alguno, todo cubierto por una chapa de aluminio verde que lo hacía aún más desagradable. Para evitar pensar en ello, me puse a observar disimuladamente a mi acompañante: era joven y de buen porte. Estuvo todo el trayecto sin moverse y apoyado en una esquina, como cansado de la vida, de tal manera que solo podía ver parte de su perfil. Mientras lo miraba, una agitación inexplicable anegó todo mi ser, y no era a consecuencia de mi pavor a los ascensores, había algo más, como una señal de que algo pasaba o iba a pasar. Temerosa, me giré para darle la espalda coincidiendo con el fin de aquel *mini trayecto*. El pequeño vaivén, que hace un ascensor al llegar a su destino, hizo que aquel joven se tambaleara y, cuando fui a abrir la puerta, cayó boca arriba al suelo ocupando todo el espacio. Fue entonces cuando pude verle la cara y observar que justo en la frente tenía una perforación provocada por una bala... Reaccioné, pegué un brinco y, horrorizada como estaba, salí del ascensor como una loca, gritando y ya no recuerdo si incluso llorando; todos los vecinos acudieron a mi llamada al instante.

¡Ay, Dios! ¡Había subido en un maldito ascensor con un cadáver a mi lado!

Y eso no era todo... Al verle la cara... lo había reconocido, era él... no había duda.

# **PRIMERA PARTE**

20 AÑOS ANTES



Ataviada con mi abrigo más grueso, caminaba detrás de mamá a una distancia considerable. Llegábamos tarde a nuestra cita, pero la pesada prenda me hacía andar con rigidez y, por tanto, mucho más lenta de lo normal.

—¡Clara, más rápido! —me gritó ella desde la distancia, mostrándose desesperada.

Mi nombre no podía hacerme más justicia, pues mi tez era tan pálida como la de mi querida madre. Hacía trece años que mis padres empezaron a pensar posibles nombres cuando yo todavía no era más que un feto y Clara siempre se encontraba en la parte más alta de su particular ranking; sin embargo, siempre cabía la posibilidad de que naciera como mi padre, de piel morena, por lo que me pondrían el nombre de mi querida abuela Facunda. Siempre me alegraré de ser tan blanca como la leche.

Por lo demás, me parecía mucho más a mi progenitor, si bien mis ojos color avellana y el pelo castaño eran de él, lo que más nos unía como padre e hija era nuestro carácter apaciguador a la par que desazonado. Cuando algo no sabía o me costaba entender, era constante y trabajadora hasta alcanzar el objetivo que me había propuesto; mi aventura por aprender me dejaba siempre sin aliento y con ganas de más. Sin ser consciente, me convertí en una auténtica autodidacta de idiomas, ciencias o cualquier otro tema que en ese momento me interesara. Con el tiempo, todo ello me ayudó en mis estudios o incluso en mis propios viajes, haciendo que disfrutara al máximo de todas aquellas experiencias. En definitiva, era un verdadero *culo inquieto*, incapaz de quedarme en casa más tiempo de lo necesario. Sin embargo, en cuestión de peleas y enfados... era la primera en evitarlos y pedir perdón. Así era yo.

Esa tarde nos dirigíamos al centro mamá y yo, mientras mi padre y mi hermana pequeña se quedaban en casa. Mamá me cogía de la mano mucho más fuerte de lo normal mientras subíamos al autobús y no paraba de girarse mirando a todos lados nerviosa.

En las navidades de 1997, la noticia más comentada era la extraña desaparición de un alto número de niños y niñas en las comarcas más próximas. No dejaban rastro alguno e, inexplicablemente, algunos de ellos aparecían meses después, solo unos pocos. Generalmente eran encontrados por la noche, y en lugares muy concurridos por el día. A simple vista, el rasgo más destacado en ellos era la extremada delgadez y aparentes síntomas de desnutrición. Otro detalle muy llamativo era la pérdida parcial de memoria de estos chicos. No recordaban absolutamente nada de lo que habían vivido durante el tiempo de su desaparición, nada, como si allí les hubieran robado la memoria. Por último, y no por ello menos importante, habría que añadir que todos estos chavales aparecían marcados con la letra *S* en la muñeca derecha.

El centro, como cabía esperar en esa época del año, estaba a rebosar y se veía continuamente pasear a diversas patrullas de policía que aparentaban dar cierta tranquilidad al ambiente. Allí nos encontramos con Lucy y Manu, que ya nos estaban esperando desde hacía un buen rato. Manu era mi mejor amigo en el colegio. Quería ser astronauta de mayor, pero su mente ya estaba más en la luna que la del resto de los niños de nuestra edad. Se quedaba embelesado ante cualquier cosa, por lo que era de esperar que las luces de navidad de las calles lo dejaran absorto y más de una vez tuviéramos que parar entre la multitud para esperarlo a él y a su madre que siempre lo traía del brazo. Lucy, en cambio, era un torbellino de mujer, muy nerviosa e impaciente como la que más; estaba claro que eran el día y la noche. A ella le desesperaba la actitud y parsimonia de su hijo y nunca ocultaba su desesperación ante nadie, ni siquiera ante el pobre niño. Entre risas y con

algo de pena, mamá y yo nunca nos equivocábamos al adivinar el tema de conversación que abordaría Lucy esa tarde: su hijo. Él era su mayor preocupación y la excusábamos cuando hablaba de él durante horas y horas. Criticaba, principalmente, que los maestros le tuvieran manía; también destacaba el hecho de que sus propios compañeros se rieran de él, pues, explicaba, era demasiado bueno para la sociedad en la que vivíamos... Tras horas y horas criticando el sistema educativo en el que estaba involucrado su hijo, siempre concluía con un “doy gracias por que nuestros hijos se tengan el uno al otro”. En realidad, pensaba yo, que lo más acertado hubiera sido decir “menos mal que yo evitaba que él se metiera en más líos y así amainar la manía que el resto de los niños del cole pudieran tener hacía Manu”. Él era así, especial, y no todo el mundo tenía que entenderlo.

Tras casi haber terminado nuestra tarde de compras, y cargadas con un gran número de bolsas, nos sentamos exhaustas en un pequeño banco mientras Manu se acercaba a admirar cualquier luz o foco navideño que adornase la ciudad. Allí sentada, observaba aquella aglomeración de gente y un escalofrío sacudió todo mi cuerpo, anhelando el cobijo y la seguridad de mi casa. Mientras oía, sin apenas prestar atención, la conversación de Lucy con mamá, contemplé a Manu con ternura. Ambos sabíamos que nunca sentiríamos nada el uno por el otro, no obstante, había un vínculo inequívoco entre nosotros. Cuando me lo imaginé de mayor, con el casco de astronauta, empecé a reírme sola y mamá y Lucy pararon de hablar para mirarme extrañadas. Tras haber interrumpido su animada charla, mi madre se levantó al instante para anunciarnos, con un largo suspiro, que aún nos quedaba por comprar el último regalo.

—¡Vamos! Queda el regalo de tu abuelo —dijo haciéndonos levantar de nuestro cómodo asiento.

A día de hoy, cada vez que paso por esa tienda, ahora ya abandonada, continúo estremeciéndome y el estómago se me contrae del mismo modo que lo hizo aquella tarde.

La tienda de sombreros de los García era bastante pequeña y estaba decorada con muebles de madera oscura. Al entrar allí te transportabas automáticamente a una época desconocida, pues la moda de los sombreros ya había desaparecido y, sinceramente, me llamaba la atención que mi abuelo los siguiera llevando. Me gustaba visualizar los diferentes moldes que había colocados en las estanterías. El tamaño y la forma de estos hacía que me imaginase el tipo de persona que podía llevar uno u otro gorro. Los dueños odiaban a los niños y no permitían que estos se probaran ningún modelo sin permiso. Algo comprensible ahora que soy adulta, pero por aquel entonces todo eso hacía que la tienda de los García fuera de las más aburridas. Así que lo único que podíamos hacer Manu y yo era observarlo todo desde unos asientos cercanos a la puerta mientras mi madre y Lucy decidían, desde el gran mostrador de madera, qué boina comprar.

En un momento determinado, nuestras cabezas se volvieron al oír el tintineo de la puerta al entrar atropelladamente una mujer de grandes dimensiones interrumpiendo a mi madre y a mi vecina en la decisión del regalo. Iba seguida de un joven adolescente que al lado suyo parecía enfermo de tan delgado que estaba. Ante tal situación, y en cuestión de unos segundos, se creó una atmosfera de incertidumbre que pareció expandirse entre todos los que allí estábamos originando, a su vez, un silencio estremecedor. El chico, con la mirada perdida, posó sus ojos en los míos y justo entonces se desplomó cayendo al suelo violentamente. Fue entonces cuando la señora gorda empezó a gritar a pleno pulmón. Al caer, el brazo derecho del adolescente se posó a la altura de su propia cabeza y pudimos distinguir una especie de *S* sin acabar en su muñeca...

Al cabo de pocos minutos, que parecieron horas, apareció la policía junto con un equipo de enfermeros para reanimar y llevarse al joven. En un principio mi madre intentó apartarnos de allí para evitar que viéramos todo el proceso, pero Lucy, Manu y yo no podíamos dejar de mirar como hipnotizados y en estado de shock. Pude ver que era alto y rubio, tendría unos pocos años más que

yo. Mientras lo observábamos allí acostado, abrió los ojos de golpe. Me quedé paralizada por el color azul tan intenso que proyectaban estos. Era muy guapo, el chico más guapo que había visto en mi corta vida entonces. Me aparté de golpe al notar que me estaba sonrojando. Minutos después, lo subieron a la camilla para llevárselo al hospital.



# **SEGUNDA PARTE**

10 AÑOS ANTES



El tren llegaba con retraso. Había avisado a Manu para que no me esperara más en la estación, pues ya cogería un taxi o un autobús. Sin embargo, cuál fue mi sorpresa al verle allí de pie con las manos en los bolsillos y mirando a un punto infinito. Lo noté cambiado desde la última vez: además de verle mucho más delgado de lo que ya de por sí era, se había dejado una frondosa barba que contrastaba con la escasez de pelo en su pequeña cabeza. “Los años me han castigado con esta maldita alopecia”, decía siempre que coincidíamos. A pesar de ello, yo siempre lo encontraba realmente atractivo. Antes de llegar a él, me recogí el pelo en un moño alto despeinado y me pellizqué las mejillas en un intento de darle algo de color a aquella cara pajiza por naturaleza. Con decisión, me acerqué a Manu arrastrando mi abultado equipaje lleno de los típicos *por si acaso* que toda mujer cree necesitar para una larga estancia lejos de casa, pero mi amigo no me distinguió hasta que no estuve lo bastante cerca de él. ¡Seguía siendo tan despistado como siempre! Pillándole desprevenido, levantó su rostro y, con una sonrisa en nuestras caras, nos dimos un fuerte abrazo sin mediar palabra.

—¿Cómo iba a dejar que cogieras tú sola un taxi? Y mucho menos el mismo día de tu llegada a Saint-Malo —empezó a explicarme a la vez que me cogía una de las maletas que cargaba.

—Di la verdad —le dije con una mueca de incredulidad en la cara—, no dabas ni un duro porque me entendieran con este francés tan estupendo que domino.

Nos echamos a reír y lo atraje de nuevo hacia mí, dichosa por estar juntos de nuevo. Ambos sabíamos que, por muy alto que fuera mi nivel de inglés, el francés en cambio siempre había sido mi asignatura pendiente. Fuimos cogidos del brazo y en una nube de felicidad absoluta hasta que llegamos a su coche.

—Ludo nos espera en casa. Nos ha hecho una cena *typical french*. ¿Lo he dicho bien?

Yo no dominaría el idioma de los galos, pero Manu era lo peor para el inglés.

Tras recordarme que había una personita que lo esperaba todos los días en casa y que le daba cariño y amor, me fui bajando de la nube de felicidad en un suspiro. Últimamente solo veía parejas unidas y felices, y eso me ponía triste a la vez que melancólica. Estaba claro que todo era a causa de mi “reciente” ruptura con Tony. Creo que era algo comprensible después de más de dos años de relación. Aun así, busqué las fuerzas de donde pude, tal y como había estado haciendo durante esos tres últimos meses, y sonreí a mi amigo. Me alegraba que al menos él fuera plenamente feliz en el amor.

Sorprendentemente, la pareja se había conocido no hacía muchos años y ya tenían una casa en común.

Fue en una tarde de finales de verano, en el balcón de su casa, cuando Manu me anunció que se había enamorado y que esa vez era la de verdad, la definitiva. Me alegré mucho, pero no tanto cuando me dijo que me abandonaría para irse a otro país a vivir.

Hasta entonces, la vida de Manu había girado en torno a su madre y a mi familia. Había aparcado su sueño de ser astronauta por el de ser fisioterapeuta y aprender idiomas, en especial el francés. Todo ello le sirvió para que, cuando terminara la carrera, se fuera en verano de prácticas a Nantes y conociera allí a un chico algo más mayor que él, su querido Ludo.

La madre de este era una mujer enferma que vivía allí y, aunque el hijo trabajase a casi doscientos kilómetros de ella, pasaba el verano haciéndole compañía. En una de esas mañanas en las que Ludo acompañó a su madre a la clínica para que le trataran su malherida espalda, vio por

primera vez a Manu. El flechazo fue instantáneo. Conectaron en seguida y durante esas semanas comenzaron un romance a escondidas de la madre de Ludo, que nunca había visto con buenos ojos la orientación sexual de su hijo.

Siempre consideré que aquel día, en el balcón de la casa de Manu, mientras me explicaba su historia de amor, había perdido a mi amigo para siempre.

Llegamos finalmente al adosado que la feliz pareja se había comprado a las afueras de la preciosa ciudad francesa. He de admitir que nunca los había visitado antes, tal vez fuera porque a mi expareja y a mí nos gustaba ir a sitios algo más lejanos y nunca se nos pasaba por la cabeza visitar el país vecino. Así que las pocas veces que veía a Manu y a Ludo era cuando estos bajaban a España, siempre y cuando me pillaran en casa y no en otro rincón del mundo.

Cuando me apeé del coche y antes de entrar a aquella casa por primera vez, miré hacia la única ventana iluminada que revelaba ser la cocina. Allí plantada pude distinguir la silueta de Ludo con su pelo alborotado y con la camisa desabrochada.

Sonreí amargamente para mí y, con un suspiro demasiado hondo, cogí mi equipaje y entré con la fuerte convicción de dejar todo lo malo atrás durante mi estancia en Saint-Malo.

Efectivamente la cena era muy francesa, compuesta por una *galette* exquisita, una ensalada y una tabla de quesos muy variada como postre. Ludo, como siempre, fue encantador y me fascinaba su facilidad para hablar y comprender nuestro idioma.

Estuvimos hablando hasta bien entrada la noche, acompañados de dos botellas de Sauvignon Blanc. Nos pusimos al día acerca de nuestros propios trabajos, contando novedades o chismes inocentes y me di cuenta de cómo nos gustaba a cada uno el oficio que había elegido.

Cuando ya fue lo bastante tarde, Ludo tuvo la delicadeza de irse a dormir para dejarnos a Manu y a mí a solas recogiendo la cocina. Estuvimos unos minutos sin decirnos nada, concentrados en nuestra labor, ya que resultaba todo ello harto difícil tras dos botellas de vino. Me notaba cansada del viaje y mi mente solo podía pensar en la cama que me esperaba en la planta de arriba.

—Y tú... ¿qué tal? —interrumpió de repente nuestro silencio.

—Yo... —empecé a decir—. Cada vez mejor —mentí—. Me va a venir bien pasar una temporada aquí.

—Yo también lo creo —concluyó Manu—. ¿Estarás bien la semana que viene?

—¡Oh! Es cuando os ibais, ¿no? —Se me había olvidado por completo—. Sí, me va a venir genial.

—Me preocupa dejarte sola.

—¿Por?

Me miró de arriba abajo como dándome a entender que eran obvias las razones de su desasosiego y que no era necesario que las explicara, aun así...

—Clara, te acaban de romper el corazón, y aparte —paró de limpiar un plato para mirarme de frente—, no dominas el idioma.

—Debes acompañar a Ludo a ver a su madre —dije haciendo un gesto con los brazos para restar importancia a mi penosa situación—. Ya me contaste que la mujer está cada vez peor, debes ir por si es la última vez que la veis. Por mí no te preocupes, sabes que me encanta estar sola, leer libros, tomar un café viendo el atardecer, pasear... No necesito a nadie para eso.

—Lo sé. De hecho, pensé que esa fue la principal razón de tu ruptura con Tony...

Entonces, en ese momento fui yo quien paró de secar los platos para mirarle. Y empecé a pensar que sí, que siempre había sido una chica muy independiente a la que le gustaba y disfrutaba de la soledad. Pero no, no había sido esa la principal razón del fin de mi relación. Mi orgullo había resultado tan dañado que realmente nadie de mi círculo más cercano sabía las principales causas de mi ruptura y, aunque no era el momento de sacar el tema, necesitaba que mi amigo estuviera al tanto de ellas. Sobre todo si iba a estar alojada en su casa tanto tiempo.

—Simplemente un día me dijo que ya no sentía lo mismo que antes. Y semanas después me enteré de que estaba saliendo con otra —expliqué de golpe.

—¿Qué “otra”? —preguntó sin dejar de fijar la atención en los platos que estaba fregando, como intentando quitarle importancia al asunto y evitar hacerme sentir incómoda.

Entonces, en mi cabeza, se agolparon todos aquellos recuerdos tan dolorosos que había intentado enterrar en lo más profundo de mí misma y, a la vez que los iba sacando poco a poco de aquel escondite, se los fui describiendo a Manu.

—Durante meses me había dejado la piel por ayudar a una compañera de trabajo que se encontraba en el peor momento de su vida. Tras su divorcio, yo fui el brazo en el que se apoyó y que le ofrecí con toda amabilidad y generosidad. Para evitar que no se encerrase en casa y siguiera su vida, la animé a que saliera con Tony y conmigo a cualquier cena o quedada de fin de semana, creando un vínculo cada vez más estrecho con el que era entonces mi novio sin yo apenas ser consciente de ello. En definitiva, fui yo la única culpable de todo lo que me ocurrió.

—¡Pues vaya panorama tendrás en el curro! —exclamó mi amigo arqueando las cejas.

—Los meses posteriores a la ruptura se convirtieron en una auténtica pesadilla al trabajar los tres en el mismo colegio. No salía de mi aula, no me relacionaba con nadie más, ¡no hacía más vida en mi trabajo que con mis alumnos! Lo peor de todo ya no solo fue poner fin a un noviazgo de tantos años, con todo lo que ello conlleva, sino que era un tema tan delicado para las tres partes que nadie comentaba nada y ningún compañero se posicionó a favor o en contra de nadie. La diferencia era que a Tony y a su nueva novia eso les importaba bastante poco porque estaban en el momento más álgido de su relación, pero yo iba arrastrándome por los pasillos como alma en pena. Durante semanas pensé que no podría salir de aquello y no me veía capaz de poder terminar el curso. Fue entonces cuando me atreví a llamarte para contarte que ya no tenía novio. Empecé a encontrarme algo mejor entonces, cuando me animaste para que pasara el verano aquí con vosotros dos. Así fue cómo pude terminar el trimestre y sobrevivir a aquel infierno.

Cuando terminé de contar mi historia a Manu, sentí cómo las lágrimas caían por mis mejillas sin poder evitarlo. Agaché la cabeza, temerosa de que me viera y sintiera más lástima por mí.

Una vez terminada nuestra tarea, nos dimos las buenas noches y me dirigí precipitadamente a mi habitación. Acostada en la cama me di cuenta de lo aliviada que me sentía tras haber compartido con él todo aquello que tenía tan guardado, era como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Sonreí inconscientemente pues, después de tantas noches de ansiedad, sabía que por fin iba a poder dormir plácidamente.

En definitiva, me sentía afortunada al estar tan lejos de todas aquellas preocupaciones, sin saber, para nada, que otro gran problema iba a enturbiar mi vida de un momento a otro.

A la mañana siguiente me desperté inmensamente feliz, oyendo el graznido de las gaviotas desde mi habitación. Sin embargo, siendo lo propio en el país francés, el día había amanecido nublado y con algo de lluvia a pesar de estar en pleno julio.

Cuando bajé a desayunar, mis dos amigos ya me esperaban. Manu con su estilo informal de siempre, vaqueros y camiseta de algodón, con el que intentaba simular ser un quinceañero y Ludo, cómo no, tan elegante con una de sus camisas claras y su pantalón de tela fina. Con su clásico atuendo intentaba aportar cierta madurez a sus rasgos, puesto que, a pesar de ser mayor que Manu, Ludo siempre aparentaba ser el más joven de la relación. En ese contraste, entreví, estaba la clave de su relación. Aportar el uno al otro las cosas de las que carecían y que ambos necesitaban para enriquecerse mutuamente. Por supuesto, todo aquello me hizo pensar en Tony y ver qué era lo que a nosotros dos nos engrandecía al habernos tenido el uno al otro. Me resultó complicado encontrar “eso” que sí veía en mi pareja de amigos y que había descubierto repentinamente esa misma mañana. Agradecida por estar en ese momento allí y tan bien acompañada, decidí olvidar por unas horas mi tormentosa relación para prepararme para ese día.

Con paraguas en mano, comenzamos con nuestro particular tour por la ciudad. Saint-Malo era uno de los principales puntos turísticos de la región de la Bretaña francesa, una ciudad que formaba parte de la llamada *Côte d'Émeraude*, o lo que es lo mismo, de la conocida Costa Verde Esmeralda. La belleza de sus calles era innegable desde el primer momento sin parangón y el ambiente de júbilo, dentro del típico carácter circunspecto de los franceses, era contagioso.

En primer lugar, fuimos a pasear por la extensa playa de Saint-Malo. Descalzos y aproximándonos de vez en cuando a la orilla para mojarnos los pies, estuvimos cerca de una hora disfrutando de aquella fresca brisa marina. Tras ello, nos volvimos a calzar para visitar el casco antiguo medieval, la llamada zona de Intramuros, que era el centro turístico por excelencia. Rodeamos la muralla y observamos desde lo alto la majestuosidad de los edificios que allí dentro había, sobre todo aquellos que habían sobrevivido a los terribles bombardeos de la guerra<sup>[1]</sup>. A esa altura, observé el bullicio que invitaba a disfrutar de aquel entramado de calles antiguas y de la ciudad en su máxima potencia.

Tan solo entrar por una de las puertas de la muralla ya me puso de buen humor para el resto del día, a pesar de la lluvia. Adentrarnos en Intramuros fue como pasear por la historia, puesto que no parecía haber pasado el tiempo en aquel lugar. Estuvimos el resto de la mañana por allí, recorriendo sus calles, visitando la pequeña catedral de Saint-Vicent y entrando en tiendas típicas donde me hice con una buena camiseta de rayas bretonas y un par de botellas de sidra para regalar a mi vuelta a España. Acabamos la visita tomándonos unos sabrosos vinos en un recóndito lugar que mis amigos conocían, huyendo así de los restaurantes que habíamos encontrado al principio y que estaban más destinados para los turistas.

Esa misma tarde el tiempo empeoró aún más y decidimos aprovechar para ir a la biblioteca. No es que la biblioteca de Saint-Malo tuviera algún valor turístico, pero Ludo había quedado allí con un compañero, siendo un sitio idóneo para resguardarnos del mal tiempo.

Ludo era profesor en un instituto en donde impartía la asignatura de español. Tal y como nos explicó, antes de irse de vacaciones, había dejado unos papeles sin firmar e insistió a lo largo de todo el día en quedar con alguien del centro para poder quitarse aquello de encima cuanto antes.



Cuando llegamos, todavía no estaba su compañero, así que ellos se sentaron en unos sillones de la entrada donde se podía leer el periódico mientras yo paseaba por las estanterías sin poder quitar la mirada a los libros que había allí para prestar. Siempre, desde muy niña, había disfrutado de las bibliotecas, considerándolas un templo de culto donde poder disfrutar de su sabiduría, de la paz que transmiten y, sobre todo, del olor de un libro viejo. Me acerqué a la zona de comics donde vi la colección de Tintín, a partir de la cual me había aficionado a la lectura, convirtiéndome en su día en una auténtica fan de Hergé. Justo iba a coger el libro de “Las 7 bolas de cristal”, mi favorito, para curiosar las viñetas escritas en francés, cuando oí un murmullo de voces que iba elevándose cada vez más y que se ganó una leve reprimenda de la bibliotecaria. Intenté asomarme entre los libros de una estantería alta que me bloqueaba la visión, me puse de puntillas para ver exactamente de dónde procedía aquel alboroto y me encontré a mis dos amigos saludando animadamente a un “señor”. Desde mi posición podía ver parte del rostro de aquel desconocido con amplias entradas y una nariz prominente, además, su vestimenta le hacía aparentar más edad de la que seguramente tendría. Llevaba también un bigote que le hacía resaltar aún más esa característica. En definitiva, sus rasgos contrastaban con el aspecto más juvenil que conferían mis dos amigos junto a él. Estaba enseñando unos papeles a Manu y Ludo y daba la sensación de que eran papeles muy importantes ya que Manu, sin ser compañero de ellos, asentía y contemplaba con detenimiento y gran interés cada cosa que ese “señor” señalaba. No sabía si interrumpirles o no para saludar, así que seguí divisándoles desde mi escondite hasta que Manu levantó la vista de los documentos y me vio. Era el momento de presentarme ante David Valchs. Cuando me acerqué, noté que él no esperaba a nadie más con ellos, pero, ante la sorpresa, supo fingir con una notada despreocupación y guardó muy sutilmente en su carpeta aquello que había estado mostrando a mis dos amigos con anterioridad. Estuvimos charlando muy amigablemente con David de cosas banales y descubrí, para mi sorpresa, que solo era unos tres años mayor que yo.

—Entonces, os pasáis por casa esta noche, ¿verdad? Allí hablaremos más tranquilamente —dijo David a modo de despedida.

“¿¿Cómo?! ¿Ya en la segunda noche me iban a dejar sola?”, pensé inquieta ante tal situación.

—Por supuesto, tú también estás invitada —dijo dirigiéndose a mí—. Haremos una barbacoa con productos españoles que han traído unos amigos.

No tenía opción, no podía declinar aquella invitación delante del propio David, así que sin más le sonreí y salimos de allí.

Realmente, no sabía si aquello estaba dentro de los planes de mis dos amigos o había surgido de improviso. Ya montados en el coche supe la respuesta.

—Hoy íbamos a ir a aquel restaurante a cenar —le reprochaba Manu a Ludo—. ¡Qué bien! Me acabo de enterar de que tenemos una barbacoa —decía mientras bajaba la mirada y se cruzaba de brazos.

No había duda de que a Manu no le apetecía en absoluto ir a casa de David esa noche. Se mostraba excesivamente enfurruñado. A pesar de su aparente calmada personalidad, siempre había mostrado ser muy *cuadriculado* en cuanto a los planes que se torcían y no podían llevarse a cabo finalmente. Era entonces cuando solía responder de esa manera.

—Yo tampoco lo sabía —intentaba justificarse Ludo.

Tras ello, los dos quedaron en silencio. Ludo, que era el que conducía, miraba hacia el frente y Manu hacia el lado de su ventanilla mientras yo, desde la parte de atrás del coche, los miraba y percibía que aquel enfado había sido causado por algo más que un cambio de planes inesperado. No era el momento de indagar, pero sabía que no me equivocaba y que muy pronto descubriría qué era aquello que había trastornado tanto a mis dos amigos.



No recuerdo muy bien los detalles de aquella fría noche de verano, pero sí dos hechos importantes que cambiarían mi tranquila estancia en la ciudad bretona.

Al llegar a la casa de los Valchs, fue el propio David quien nos abrió la puerta dándonos la bienvenida junto a su amable esposa francesa, Maxime. Esta denotaba ser algo mayor que David, a pesar de que él aparentaba más edad de la que en realidad tenía, debido a su aspecto. Ella llevaba un vestido corto para la ocasión, sin dejar a la imaginación ciertas curvas de las que presumía. Su pelo rubio, con excesivo volumen, y su amplia sonrisa la convertían en una mujer muy atractiva.

Nos invitaron a salir al jardín trasero, que era donde se celebraba la dichosa barbacoa. Para acceder a él teníamos que pasar por el amplio salón y llegar a un ventanal que daba paso a un vasto terreno de césped, rodeado de arbustos y de algún que otro manzano alto y frondoso del que colgaban bombillitas iluminadas dando un toque romántico al lugar. Para mi sorpresa, había mucha más gente de la que había imaginado, pues esperaba encontrarme con un grupo reducido de personas. Sin embargo, a pesar de aquella algarabía, intuía, mientras me deleitaba con aquel inmenso jardín que la velada transcurriría plácidamente.

Se empezó con un aperitivo ligero en donde probé por primera vez el delicioso *kir* francés. Continuamos con una succulenta cena compuesta por todo tipo de carnes con el fin de que todos los asistentes pudiésemos disfrutar. En un momento determinado, me separé de mis amigos para coger una hamburguesa de Angus. Tardaron en hacerla más de lo previsto y, cuando me di la vuelta, ni Ludo ni Manu estaban donde los había dejado, siendo entonces consciente de que tampoco había visto al anfitrión en toda la noche tras la bienvenida. Miré a mi alrededor intentando encontrar alguna cara conocida sin éxito y decidí adentrarme en la gran casa de la familia de David.

Allí, plantada en aquel salón por el que habíamos pasado minutos antes, me quedé maravillada por su cara decoración nórdica y sus delicados detalles. Había unos pocos retratos de familia por las estanterías del salón: varias fotos de David con Maxime. En algunas otras aparecían acompañados por amigos y familiares, supuse. Había también un piano que no hacía, para nada, juego con la decoración moderna de aquella sala. Se trataba de un instrumento decimonónico y apenas cuidado por sus dueños. Nunca había visto uno tan antiguo. Deslumbrada por aquel objeto y sin intención de tocar sus teclas, me senté en su sillín cuando oí, por primera vez, esa voz.

—Yo de ti no lo tocaría.

Me levanté de golpe y miré hacia atrás. Allí había un chico que hablaba un perfecto español, pero que tenía una inequívoca apariencia francesa: rubio, labios gruesos y ojos azules intensos. Llevaba unos vaqueros estrechos, una camiseta de un grupo de música al que no conocía y unas zapatillas bastante usadas. Daba la sensación de que le daba poca importancia a su aspecto y eso le confería, ya de primeras, un mayor atractivo a su persona. No había que fijarse mucho en él para darse cuenta de que era alto, muy delgado y con aspecto de niño. A pesar de ello, la postura de su cuerpo en ese momento le otorgaba madurez: brazos cruzados, pierna derecha recta y la otra apoyada en la pared, cabeza ladeada y mirada penetrante.

—Está un poco desafinado y puede que suene mal, y no querrás que suene mal, ¿verdad? —me dijo mientras yo era incapaz de articular palabra.

Absorta en él, contemplaba todos sus movimientos. Lo rápido que llegó al piano, cómo cerró su tapa y cómo se quedó mirándome, manteniendo el contacto visual sin apenas pestañear. Todo lo

que hacía transmitía mucha seguridad en sí mismo.

—Soy Gabriel, aunque aquí todos me llaman Gabi.

Me estrechó la mano mientras yo lo miraba sin saber qué decir.

—¿Tú también trabajas con mi hermano? ¿Sois compañeros?

No tenía ni idea de a qué se refería con aquella pregunta y me mantuve en silencio sin poder desviar la mirada.

—¿Sabes hablar mi idioma? ¿Francés tal vez? —dijo ya en un tono algo cansado al no obtener respuesta.

Pasaron unos segundos en los que aquel chico no me quitaba la vista de encima, hasta que pude reaccionar y responderle al fin.

—¡Oh! Perdóname, tu hermano es David, ¿verdad?

—No dirás que no nos parecemos. —Me guiñó un ojo, intentando crear un ambiente distendido.

Sí, sí que se parecían mucho. Seguramente David habría tenido la misma apariencia que su hermano Gabriel cuando era más joven, aunque con un color de ojos distinto.

—Y entonces... ¿quién eres? Pensaba que todos los que estabais aquí erais compañeros suyos —seguía hablando sin que me dejara darle una explicación—. ¡Ah vale! Tu pareja será su compañero, ¿no?

Lo miré entonces con cierto escepticismo, era joven pero también inteligente e intentaba sonsacarme información, y eso no me gustó. Aun así... cuanto más lo miraba, más honradez profesaba y dejé mi desconfianza al margen. Tal vez no entrase mucha gente cercana a su edad a la casa de su hermano y eso, para una vez que pasaba, dejaba ver que le resultaba interesante.

Tras las presentaciones oficiales, me llevó al sofá amarillo del salón y me ofreció una copa de vino de la botella que había sacado del frigorífico previamente.

Empezamos a hablar como si lleváramos años haciéndolo, consiguiendo crear un clima confortable. Yo le expliqué qué me había llevado a estar en su casa esa noche y con quién había ido. Por otro lado, Gabriel empezó a contarme algo más de su vida: vivía con su hermano desde que su madre había muerto hacía unos pocos años. Solo le quedaba un par de años para acabar la carrera, así que pasaba el resto del curso en Lyon y cuando volvía en vacaciones se quedaba con David y Maxime. Parecía una vida interesante, pero él la contaba como algo tedioso puesto que lo que realmente le interesaba era empezar a trabajar como enfermero cuanto antes para ganar dinero y vivir solo. Todo en Saint-Malo, decía, pues era la ciudad que le había visto crecer.

—Cuando nos mudamos aquí, era un niño. Mis verdaderos amigos y mi única familia viven en esta ciudad, toda mi vida está aquí.

Hablamos de muchas más cosas que hoy en día no recuerdo. Pasaron las horas y, aunque entablamos una conversación muy amena y agradable, empecé a preocuparme por Manu y Ludo. Le pregunté a mi nuevo amigo si sabía dónde estaban. Se encogió de hombros en el mismo momento en el que salían unas cuantas personas de una habitación, entre ellas, Manu y Ludo.

—¿Dónde os habíais metido? —les pregunté de golpe y sentada todavía en aquel asiento amarillo.

No me esperaban allí, y encima acompañada, así que mostraron su sorpresa con un incómodo silencio en la sala.

—¡Vaya! ¡Has conocido a Gabi! No te había visto en toda la noche. —Fue la forma de Ludo de romper la tensión.

—Estaba aquí leyendo algo cuando llegasteis, pero os estaba viendo en el jardín —dijo mirándome fijamente justo en ese momento —no quería perder de vista los perritos calientes.

Detrás de Manu y Ludo salía una chica pelirroja y un señor mayor, encorvado y con bastón.

Justo detrás de ellos, David.

—Bueno, creo que nos vamos a ir —anunció Manu, se le veía agotado y de mal humor todavía.

—Espero que os lo hayáis pasado estupendamente. ¿Qué tal tú, Clara? —me preguntó David.

—Bien acompañada —se adelantó a decir Gabi.

—¡Ya veo! Espero veros de nuevo por aquí ¡y pronto! —Más que una despedida parecía una orden que iba dirigida, sobre todo, a todos los de aquella *trupe* que había salido de la misma habitación.

Nos fuimos despidiendo; las chicas con tres besos, al estilo francés, y los chicos dándose la mano. Me despedí de Gabi animándome este a vernos y considerándolo yo como una buena idea.

Ludo y David se quedaron en la puerta mientras Manu y yo ya íbamos de camino al coche. Me paré para volverme y allí seguía el anfitrión hablando con Ludo con gesto serio y susurrándole algo al oído como si de un secreto se tratara. Manu, que ya se había adelantado lo suficiente como para llegar al auto, nos gritó llamando nuestra atención. Fue entonces cuando David y Ludo terminaron su misteriosa conversación y se despidieron con un buen apretón de manos. Cuando el brazo de David se estiró y el puño de su camisa se levantó, dejó a la vista algo que me llevó al año 97: una *S* sin terminar en su muñeca...

Me giré rápidamente intentando buscar la mirada cómplice de Manu, pero este se encontraba muy lejos. Dando trompicones y sin apenas respiración, llegué al vehículo. Ya sentada tuve que abrir la ventana para que me diera el aire y me quedé mirando a un punto infinito, evitando cualquier conversación que se iniciara en nuestro regreso a casa. En ese momento me era imposible pensar más allá de los dos sucesos de aquella noche: haber hecho un nuevo amigo, Gabriel, y aquella *S* a medio hacer en la muñeca de David.

Manu sí conocía la historia, él estaba conmigo cuando vimos a aquel niño entrar de golpe a la sombrerería de los García y desvanecerse mostrándonos esa *S* tan peculiar.

Aquel suceso, que vivimos en primera persona, se convirtió en algo muy mediático pues siempre se encontraba a los niños tirados en la calle, sin embargo, el David niño fue caminando atropelladamente por la calle más céntrica de la ciudad hasta que aquella señora se percató de su estado y lo llevó a la tienda más cercana, en ese caso la sombrerería, para poder llamar a una ambulancia.

Cabe destacar que, tras aquella aparición, no desaparecieron más niños, pero tampoco aparecieron aquellos que meses antes se habían esfumado. Todos ellos fueron llamados los niños de la *S*.

La investigación se paralizó pues, como había estado ocurriendo durante los meses de las desapariciones, no tenían datos ni pruebas de ninguna clase. La policía no sabía por dónde llevar el caso. Sí bien era cierto que se pensó en un primer momento que aquel niño, David, al aparecer por su propio pie y con la *S* de su muñeca a medio hacer, recordaría dónde habría estado o por dónde había huido para llegar hasta allí, toda esperanza se desvaneció cuando claramente vieron que no se acordaba absolutamente de nada.

Así las cosas, llegué a casa muy alterada. ¿Sabía Manu quién era David? Tal vez sí y no había querido decírmelo. Y si era así, ¿por qué? No había razón alguna para esconder tal información.

Esa misma noche decidí que lo hablaría con él. Sin entender muy bien por qué, solo quería que lo supiera Manu, no quería que Ludo estuviera involucrado en algo referente a esa historia.

Cuando paró el coche, Ludo fue el primero en bajar, esa fue mi oportunidad para coger a Manu del hombro antes de que abriera siquiera la puerta delantera. Sin más preámbulos, sin apenas pensarlo concienzudamente, le pregunté.

—¿Has visto su muñeca?

—¿Cómo? —preguntó extrañado Manu—. ¿De qué me estás hablando?

—¡Chicos! ¿Qué hacéis? —nos dijo Ludo desde la puerta—. Bajad del coche para que pueda cerrarlo, ya luego seguís “haciéndoos manitas”. —Sonrió y nos apuntó con el mando del coche.

Ludo entró en la casa dejando la puerta abierta para nosotros mientras Manu y yo nos quedamos fuera, apoyados en el coche. Miré a mi amigo y entonces pareció entender mi pregunta.

—¡Joder, Clara! ¿Cómo la has podido ver?

“¡Entonces él ya lo sabía! ¡¡¿Y no me había dicho nada??!!”.

—Sinceramente, hubiera preferido que no te enteraras. Es tu momento de estar relajada y no pensar en nada más, y menos en un embrollo de este tipo.

—¿Pero de qué narices me estás hablando, Manu?! —exclamé sin entender nada y perdiendo un poco el control de mí misma.

—Mañana Ludo tiene que irse pronto. Lo hablamos en el desayuno más tranquilamente, ahora no es el momento. No quiero que sepa que lo sabes —dijo mientras señalaba a la casa cuya puerta, abierta, dejaba ver de fondo la figura de su pareja.

No dormí en toda la noche.



Con un café, un té y dos cruasanes estábamos los dos sentados en la mesa de la cocina. Era mi segundo café de la mañana. Manu miraba el periódico y yo lo miraba a él. Estaba alucinando con la excesiva calma de mi amigo.

—¿Me lo cuentas o te tengo que quitar el periódico de un golpe? —dije ya sin poder contenerme más.

Con excesiva circunspección, me miró apartando el *Le Monde* de aquel día. Su mirada reflejaba la inseguridad de no saber muy bien por dónde y cómo empezar y, con una bocanada de aire muy exagerada, se atrevió entonces a relatar lo que sabía.

—Empezaré por lo que, creo, fue lo primero que pasó en esta historia. Aun así, si me olvidara de algo, interrumpiría el relato y lo volvería retomar.

—Soy toda oídos —dije con cara de niña buena.

—Hace unos años, Ludo y David empezaron a la vez a trabajar en el mismo instituto. De hecho, los dos daban la misma asignatura, español, y empezaron a tener una buena relación de compañeros. A raíz de esto, quedábamos con él y su familia muy a menudo y en una de esas veces me ocurrió lo mismo que a ti: le vi la muñeca. Se lo comenté a Ludo y este me dijo, como si nada, que David le había explicado que de pequeño le habían hecho mucho daño y le dejaron esa señal. Yo, sin embargo, le expliqué la historia completa y esa misma mañana Ludo lo llamó para que viniera a casa, pues le interesó tanto todo que quería saber más y entender mejor lo que realmente pasó. Cuando David vino a casa, nos contó su historia con todo tipo de detalles. La relataba como si la hubiera tenido grabada a fuego en su cabeza, sospeché que no era la primera vez que la narraba. Se centró, sobre todo, en el acoso que había sufrido por los periodistas y personas de calle. Lo cual le hizo irse del país. Era muy duro no recordar nada y que todo el mundo le agolpara en la calle para que les contara todo. Después de narrarnos su traumática experiencia, nos explicó que los casos de desapariciones no pararon, tal y como se creyó. Sí es cierto que bajó el número de estas notablemente. Seguían apareciendo algunos chicos en las comarcas de La Vega Alta, Altiplano y Noroeste por ejemplo, pero otros niños se perdieron para siempre. Nunca han dejado de desaparecer y aparecer niños marcados. Desde que se mudó a Francia, y sabiendo que aquello todavía no había terminado, había estado investigando y recopilando información sobre los diferentes casos. Ya más maduro, creó una comisión secreta sobre el caso.

No pude más que mantenerme en silencio ante lo que me estaba contando, interiorizándolo todo. Sin duda alguna, la vida no había sido fácil para David.

—¿Recuerdas la mujer pelirroja y el anciano de ayer? ¿Cuándo salimos del despacho de David? —me preguntó—. Pues el hermano de ella también fue secuestrado meses después de la aparición de David, nunca más se le vio, y el hijo del señor mayor lo estuvo un año después y apareció al poco tiempo. Esa comisión está formada por algunos como ellos, que quieren ayudar y descubrir a los verdaderos culpables. También nosotros formamos parte de ella. Por eso ayer no quería ir a la barbacoa, porque sabía que nos iba a tocar trabajar en vez de pasar una velada tranquila en el restaurante que habíamos reservado. De hecho, ayer hicimos ciertas averiguaciones y... ¿esa cara?

—No entiendo por qué no vais a la policía directamente. Creo que si le lleváis todo lo que habéis averiguado, más los casos que conocéis después del de David, se podría avanzar en esto.

—La policía da el caso por cerrado. Piensan, o más bien “quieren creer”, como todos, que ya

acabó el tema con David y que las demás desapariciones son casos aislados. Además —me miró muy fijamente—, los últimos que han aparecido ya no llevan una *S* que los pueda vincular con este caso.

—¿Ah no?! ¿Entonces...?

—Una especie de *A*.

—¡*Joder!* ¡Qué interesante!

Empecé a notar un escalofrío por la nuca, justo cuando el viento se levantó de golpe haciendo que las puertas y ventanas chirriaran y se me erizara más la piel.

Manu se levantó de la mesa, dejándome pensativa y recordando aquella tarde de hacía diez años junto a nuestras madres mientras comprábamos los regalos de Navidad.

—Por cierto —me dijo dándose la vuelta y sobresaltándose—, no comentes nada con Ludo, se toma muy en serio este tema. Algunas veces me desespera, parece que es él el que realmente estuvo en la sombrerería de los García aquel día.

Ludo apareció unas horas después con un fajo de papeles indescriptibles. Miré a Manu y él me echó la mirada de “no comentes nada”.

Manu tenía turno de tarde esa semana en la clínica en la que trabajaba como fisioterapeuta. Notaba que necesitaba que me diera el aire y me fui con él al centro para pasar toda la tarde por allí hasta que saliera de trabajar. Decidí pues darle toda la vuelta a la muralla y, de nuevo, paseé por Intramuros, aunque en esa ocasión con una sensación muy diferente a la de la primera vez que visité el centro histórico. Me notaba muy inquieta y eso impedía que me fijara en los pequeños detalles que sí vi la primera mañana en Saint-Malo con mis amigos.

Principalmente, no paraba de darle vueltas al asunto de la comisión. Tras pensarlo muy detenidamente, llegué a la conclusión de que podían participar:

1. Las personas que habían desaparecido para luego aparecer con la letra *A* o la *S* en la muñeca.
2. Los familiares de estas personas, como era el caso del abuelo que vimos en la casa de David o la chica pelirroja.
3. Y luego, Ludo y Manu, que no pertenecían a ninguno de los dos grupos.

Conclusión... si ellos estaban en esa comisión sin ninguna razón aparente, solo porque Manu descubrió su *tatuaje* en la muñeca, ¿podría yo formar parte de ella entonces?

Sí, era eso lo que me quemaba por dentro y me estaba dejando sin aliento a lo largo de mi paseo por el centro de la ciudad. ¡Yo también quería participar en esa comisión! ¡Yo también podría ayudar y aportar información! Todo eso supondría entonces alargar mi estancia en Francia, pero no quería molestar más a mi pareja de amigos. ¡Menuda controversia!

Sin darme cuenta, llegué a la Gran Puerta de la zona amurallada otra vez. Había estado dando tumbos callejeando y de nuevo me encontraba allí. La entrada era la zona más turística ya que es lo primero que ven los visitantes. Por esta razón, la parte de la izquierda estaba llena de bares y restaurantes y más a la derecha puestos de todo tipo de productos, muchos de ellos relacionados con el arte. En estos, te podían hacer una obra artística exclusiva, una caricatura en el acto... y cualquier otra cosa relacionada con la habilidad de crear. Allí fui, ya más consciente de mis movimientos, a un puesto que me llamó mucho la atención el primer día.

Como buena maestra de primaria que era, todo lo que tuviera que ver con manualidades y creaciones originales me atraía como un imán, y así fue como llegué a aquel puesto de nuevo. En él se vendían siluetas de perfiles de personas, todos ellos hechos con cartulina de diferentes

colores y muy bien adornados sus bordes. De primeras parecía algo sencillo, pero la elaboración delicada de cada uno de sus detalles mostraba ser una labor ardua. El stand estaba repleto de esas siluetas, colgaban perfiles por todas partes y otros estaban colocados en grandes paneles. Me fijé en uno en particular, este mostraba el perfil de una chica con un peinado muy parecido al mío, un moño alto y despeinado, y, aunque su nariz era mucho más pequeña, estaba decidida a comprar esa creación por su gran parecido a mí.

La vendedora era una mujer de origen chino muy amable, pero de la que no entendía nada ya que se juntaba mi nefasto nivel de francés y su peculiar acento. Intentaba explicarme algo, señalándome unas tijeras y un montón de cartulinas que tenía en una mesa. Yo seguía sin entender qué quería decirme y solo quería el retrato de aquel perfil, pero veía que ella no estaba dispuesta a dármelo. Mostrándonos ya ambas desesperadas, me señaló, con bastante vehemencia, las cartulinas de colores. Comprendí entonces que era necesario elegir los colores para que ella me recortara la silueta que le había pedido, así que me decanté por la tonalidad de dos verdes diferentes. Tras ello, pensé que ya se dispondría a hacer algo con las tijeras, pero entonces, con una gran sonrisa de condescendencia, aquella mujer me llevó a un taburete y me movió la cabeza de tal manera que yo quedaba de perfil a ella.

Estuve así durante unos segundos, escuchando el ruido de las tijeras sin parar mientras pensaba que el próximo año me pondría a estudiar francés para evitar este tipo de situaciones tan embarazosas. Cuando la miré, desde allí sentada, estaba con las cartulinas que yo había elegido con anterioridad, recortándolas frenéticamente a una velocidad de vértigo y sin parar de mirarme. Se detuvo de repente y me dijo algo que, por supuesto, no capté.

—Dice que no la mires, que sigas de perfil.

Reconocí esa voz que aparecía siempre de la nada.

Me alegré de volver a ver a Gabi de nuevo, lo saludé con la mano en un gesto rápido y me puse de nuevo de perfil, tal y como me había aclarado él. Gabi se dedicó a cambiarse de sitio colocándose justamente frente a mí. Desde aquella perspectiva, me fijé en los vaqueros oscuros y ceñidos que le hacían aparentar más delgado todavía. Compensó esa apariencia física de casi adolescente con la madurez de su conversación durante la noche anterior, reforzada además con aquellos ojos tan penetrantes que no dejaban de observarme sin mediar palabra.

En menos de dos minutos, mi ya amiga china me enseñó su obra terminada: mi propio perfil. Por fin comprendí lo que la pobre vendedora me intentaba explicar: compraba así mi propia silueta, con mi moño y mi nariz propios. ¡Por eso se había negado tanto a darme el perfil de otra persona! Ya con la obra terminada en mis manos y plenamente feliz, solo podía pensar en qué parte de mi habitación lo colocaría y el tipo de marco que tendría que comprar. Pagué y Gabi me siguió mientras paseaba por los demás puestos.

—¿De verdad no has sabido lo que te estaba haciendo hasta el final?

—No. —Sonreí modestamente, intentando no delatar a Gabi lo estúpida que me había sentido ante la situación, y más delante de él.

—Te creía más inteligente. —Me miró con su media sonrisa ya tan característica y no pude evitar reírme.

Gabi se encontraba allí esa tarde porque era miembro de un club de cata de vinos, me explicó. Una vez al mes se reunían en un restaurante de allí para probar vinos de diferentes denominaciones cada vez, y comentar los aspectos de estos. No es que Gabi fuera un experto en el tema, pero como él decía:

—A mi parecer, el vino no es saber o no saber... es que te guste o no te guste. ¡Así de simple!

Me encantaba su don de palabra y lo miré un tanto embelesada sin saber muy bien qué decir.

—¿Por qué no? —dijo de repente y parándose en seco—. ¿Por qué no te vienes? A última hora ha habido algunas bajas y hay sitio de sobra.

La verdad es que me apetecía muchísimo, pero ya había quedado con Manu para volver a casa.

—Yo te puedo acompañar sin problema. Que, aunque me veas más joven que tú, porque lo soy —me guiño un ojo—, sé conducir también. —Hizo un gesto con el brazo enseñando músculo como señal de triunfo.

Sin responderle, me di la vuelta cambiando mis pasos en dirección a otro de los stands para que no me viera reír de nuevo. Finalmente, y tras un rato paseando por aquellas callejuelas, decidí dejarle un mensaje a Manu, diciéndole que no me esperase.

Al igual que Gabi, yo tampoco era una experta en vinos, pero me gustaban, y en buena compañía mucho más. Tenía la sensación de que esa noche iba a pasármelo muy bien e iba a olvidar todo lo que me rondaba por la cabeza debido a los acontecimientos de la noche anterior.

Entramos a un pub muy vintage a la vez que acogedor, *La Belle Époque*. Por fuera parecía una casa antigua con grandes ventanales, la típica que te encontrabas dentro de las murallas de Saint-Malo, pero dentro había todo tipo de mesas altas y bajas de madera, un escenario a un lado para posibles actuaciones y unas paredes llenas de carteles anunciantes de conciertos y de grupos míticos. Lo más llamativo era la madera verde de la que estaban revestidas las paredes y la arena en el suelo, de tal manera que le daba al pub un toque playero. Para acompañar, los dos camareros eran auténticos *surferos* con camisetas llamativas y pelo rubio, uno con coleta y el otro con la melena dorada suelta; iban con chanclas y bañador a pesar del frío de aquella noche. Ambos saludaron al grupo y me miraron con sorpresa al ver que en aquella ocasión había alguien nuevo. Se entretuvieron un rato conmigo, hablándome con especial cortesía, y me dijeron un par de cosas en francés de las yo solo pude responderles con una leve mueca. Sí me percaté de que a Gabi no le gustó nada lo que aquellos dos camareros me decían, pues me cogió de golpe del brazo para adentrarnos en la sala sin apenas mirarlos y con cara de pocos amigos. Al fondo del pub había un pequeño rincón con una mesa grande con varios sofás alrededor, el sitio estaba como arrinconado y separado del resto del pub por una pared de ladrillos que formaban un arco. Justo en frente, había una chimenea que al ser verano estaba apagada, pero que en invierno, innegablemente, haría las delicias de los clientes.

Éramos un grupo de diez personas y aunque me presentaron a todos yo solo podía comunicarme con Gabi. Él, sin duda, los conocía a todos y hablaba con ellos, pero estuvo toda la velada pendiente de mí, pues sabía de mi poco conocimiento del idioma.

Todas las catas constaban de cuatro vinos, me explicó Gabi, y estos siempre iban acompañados de un buen maridaje. Aquella noche se probarían vinos portugueses, empezando por un blanco de Madeira muy fresquito y que sirvió de aperitivo. Los camareros *surferos* iban trayendo los productos y éramos nosotros los que decidíamos cuánto vino echarnos en nuestras copas.

—¿Qué me han dicho los camareros al entrar? —le pregunté a Gabi cuando el camarero de la coleta acababa de traer el tercer vino.

Me miró y bajó la cabeza con la intención de no contestarme, pero insistí. Por primera vez lo vi realmente serio y sin intención de responderme con alguna broma.

—Fuera lo que fuese... te has enfadado un poco —concluí.

Ahora ya no solo agachó la cabeza sino que noté cómo toda su cara, incluyendo las orejas, se le ponían rojas.

—Realmente no te han dicho nada malo. —Calló un momento todavía sin mirarme—. Solo que... bueno... que hacía tiempo que no entraba aquí una española tan guapa... y nada... que disfrutaras del vino.

Pobre. En ese momento me pareció tan adorable que lo contemplé con devoción, a pesar de que él seguía con la cabeza agachada. Al rato, cuando ya pensaba que ese tema había concluido...

—Me ha sentado realmente mal que te lo dijeran. —Levantó por fin la cabeza para mirarme—. Creo que se han aprovechado de que no entendías nada para decírtelo, no creo que se atrevieran a comentarlo si fueras francesa.

—Tal vez han pensado que sabía francés —indiqué. Sí era cierto que podía haberme sentado mal mirándolo desde la perspectiva de Gabi, pero no creía que aquellos dos jóvenes quisieran tratar mal a una clienta.

—Sí, tienes razón. Lo siento, ha sido una estupidez por mi parte

—¿No será que te has puesto algo celoso? —Quería restarle importancia al asunto.

—Puede que sea eso, sí. —Acompañó la frase con una sonrisa lacónica de la que yo misma me contagié.

Ya volvía a ser él, cosa que agradecí enormemente. Me encantaba su sentido del humor e ironía. Mucho más relajados, por haber concluido ya el tema de los camareros o porque el vino empezaba a hacer su efecto, empezamos a hablar de muchos temas dándome la oportunidad de conocerle un poco más. De igual manera, él supo más de mí y de mis razones para venir a Saint-Malo por una temporada.

—Así que, si ese Tony es agua pasada... debes estar soltera, ¿no? Interesante... —decía con toda la picardía posible y mirándome muy fijamente a los ojos.

—¡Ay, Gabi! ¡Eres tan joven! —El vino estaba haciendo estragos, no podíamos evitar decir una tontería tras otra.

—Yo creo que sí podría haber posibilidades —respondió él tocándose la barbilla y haciéndose el interesante de una manera muy cómica.

—¡No digas tonterías! Lo que ahora tienes que hacer es terminar la carrera —empecé a decir—. Además, ten en cuenta que en este momento estoy intentando pasar página por un *tío*, no deseo meterme en líos con otro ahora mismo. —Aunque intentaba decirlo todo muy seria, no sonaba para nada convincente y daba pie a que Gabi y yo siguiéramos tonteando inocentemente hasta el final de la cena.

Los vinos fueron excelentes, o eso recuerdo, pero habíamos bebido demasiado, así que me negaba a que Gabi cogiera el coche y mucho menos a montarme yo con él. Decidió que lo mejor sería acompañarme andando y que el tiempo de ir y volver sería el suficiente para airearse y así poder coger de nuevo el vehículo. Me pareció absurda la idea, pues los dos vivíamos relativamente cerca, así que decidimos esperar dando un paseo por allí.

La temperatura había bajado con respecto a la mañana. Yo llevaba una rebeca fina y encima mi gabardina y, aun así, junto con un pañuelo, estaba helada; el pobre Gabi solo llevaba de abrigo una sudadera de la universidad de Lyon. Mirándola, me dio la risa tonta, pensando en lo ridícula que debía parecer en esos momentos paseando con un chico todavía universitario. A pesar de todo, me sentía tan cómoda con él que evitaba pensar en ello. Decidí que sería una buena idea pasar por la playa y verla de noche y Gabi comenzó a reírse cuando se lo sugerí. Yo no comprendí el motivo.

Salíamos de Intramuros por la gran Puerta de Saint-Vicent cuando me cogió de la mano y me arrastró hacia la entrada de un hotel. Lo miré sorprendida y sin palabras.

—¿¿¿Qué!??

—A ver si tenemos suerte y está Álex —dijo sin prestar atención a mi reacción.

Y lo seguí sin más. Al llegar a recepción, entendí que había preguntado por el tal Álex y enseguida apareció un joven muy serio que, tras ver a Gabi, cambió su actitud dándole un fuerte abrazo. Estuvieron hablando un buen rato en francés hasta que Álex desapareció y Gabi me sugirió que esperásemos sentados en unos sillones que había allí. Necesitaba una explicación, o no le seguiría a donde fuera que él quisiera ir, y eso fue lo que le dije.

—Mira, este hotel es uno de los mejores de por aquí —empezó a decir—. Y si es uno de los mejores es porque está cerca del mar y tiene habitaciones brutales que dan a él; solo te he hecho venir para que veas la playa desde una de esas habitaciones. Álex está viendo en cual podemos meternos...

—¿Y para eso tenemos que venir a un hotel? —le interrumpí—. Si la playa está justo aquí. —



Señalé hacia el otro lado, aquel que el edificio del hotel tapaba—. Por eso he sugerido lo de pasear por ella.

Volvió a sonreír y, justo cuando yo iba a replicarle, apareció su amigo y le entregó una llave. Sentía cierta expectación a pesar de que estaba a punto de entrar a la habitación de un hotel con un chico que era, de alguna manera, un completo desconocido hasta hacía un día.

Subimos hasta la quinta planta y entramos en una habitación enorme comprobando que esta estaba vacía, a pesar de que se suponía que así era, y fuimos directos al balcón.

Lo que vi entonces explicaba las risas y la negación de Gabi de pasear por la playa. La marea era tan impresionante allí que lo que aquella tarde había sido arena, ahora estaba lleno de agua. Y no solo eso... el paseo que me había dado justo hacía unas horas era imposible hacerlo entonces, las olas chocaban contra el muro que separaba la playa de la carretera y saltaba todo el agua hacía la calle, poniendo a cualquier persona que pasara por ahí en ese momento en peligro.

Todavía, hoy en día, recuerdo aquel momento como mágico, los dos en silencio mirando la majestuosidad del mar junto a la luna llena y siendo conscientes de cómo en unas pocas horas la arena de una playa podía desaparecer y estar cubierta entonces de agua.

—¡Es increíble! —Apoyé mi cabeza en su largo brazo y supe que en ese momento le hice sentir cinco años mayor que yo y no al contrario—. Nunca había visto nada igual.

—Saint-Malo tiene las mareas más impresionantes de Europa, y has venido justamente para vivir una de ellas.

Seguimos un buen rato en la misma posición.

—La habitación nos puede salir gratis. —Levanté entonces la cabeza de golpe y empezó a reírse de mí—. ¡Qué boba eres!

—Ya te gustaría a ti —le respondí algo molesta ante tal comentario.

—No sabes cuánto. Pero... lo sé... —Me miró desde arriba—. No es el momento —replicó él como una cantinela.

Seguimos mirando el espectáculo del mar muy juntos.

—¿Sabes? —dije para intentar olvidar la conversación anterior—. En donde yo vivo, en la Vega Alta, hay también un hotel pequeñito muy parecido, pero con vistas al río en vez de al mar.

—Me gustaría conocerlo.

—Deberías —seguí hablando mientras manteníamos nuestros ojos en el océano—. Además uno de sus recepcionistas es muy amigo mío. Y, precisamente, también se llama Álex.

Reí, como una manera de ocultar lo tonto que había sonado aquello, o al menos eso creí, pero Gabi no se burló ni de mí ni de mi infantil comentario. Simplemente me miró y sonrió en silencio.

Nos quedamos largo tiempo allí, no recuerdo cuánto más, pero todo el rato mirando al mar embobados y sin mediar palabra alguna.

Ya en el coche, de camino a casa, estuvimos hablando de nuestras familias, de las peculiaridades de cada una. Estábamos tan cómodos el uno con el otro y había tanta complicidad que cualquier tema de conversación nos salía fluidamente. Empezó a contar lo que le había costado a su hermano David llegar a donde estaba, pues nunca había sido un buen estudiante, pero, cuando algo le gustaba, le ponía siempre muchas ganas. Fue entonces cuando, sin quererlo, decidí destrozar aquel momento.

—Además, supongo también que el hecho de que fuera uno de los niños de la S, bueno, ¡qué digo! —exclamé—. ¡Fue el niño más famoso del caso! Seguramente eso le afectaría a su concentración, a sus estudios, a... —Me callé al instante, consciente en ese preciso momento de

que había metido la pata hasta el fondo.

De repente, me vino a la mente la voz de Manu con su “no comentes nada”.

Vi cómo las manos de Gabi apretaban de golpe el volante con fuerza y empezó a acelerar sin sentido alguno. Solo quedaba un pequeño trecho para llegar a casa, fueron unos minutos de silencio absoluto y de arrepentimiento por mi parte. Nos despedimos sin apenas mirarnos y, cuando llegué a la puerta de casa, aceleró para irse, claramente enfadado.

Cuando llegué a mi habitación me sentía la peor persona del mundo, había echado a perder una noche maravillosa y ¿para qué?

Ya acostada en la cama, me dije que no volvería a sacar el tema nunca más con nadie, ni siquiera con Manu, no quería saber nada más de ese asunto. Me lo prometí, pero pronto descubriría que mis promesas no valían nada.

Después de dos noches seguidas sin apenas dormir, pasé el resto de la semana mucho más tranquila. Hicimos todos los planes que habíamos aparcado Manu, Ludo y yo los días anteriores y por fin fuimos a aquel restaurante que, sabían, me iba a gustar tanto. Y así fue.

Cuando Manu se iba a trabajar, pasaba esas horas con Ludo, compartiendo experiencias sobre nuestro trabajo como educadores. A Ludo le había pasado de todo con los más mayores y siempre era un placer escucharle contar anécdotas entretenidas. Intentaba cuidarme más de lo necesario y quería evitar que yo hiciera de más en aquella casa. Un día decidimos sorprender a Manu con una paella al volver de la clínica y, la verdad, dejó mucho que desear. Y así pasaban los días y las horas, entretenida y sin parar de hacer, mirar y visitar cosas, siempre acompañada de esos dos grandes anfitriones. Sin embargo, siempre notaba que había algo que me quemaba por dentro y no me hacía disfrutar de todo aquello al cien por cien, algo que no pasó desapercibido para Manu.

—Clara, llevas varios días que no estás donde deberías, cuéntame qué pasa. No me quiero ir de viaje y dejarte así, en este estado.

Yo me debatía en explicarle o no que no dejaba de pensar en el tema de la comisión y mis ansias de participar en ella, pero me había prometido a mí misma que no volvería a tocar aquel tema desde la noche de los vinos con Gabi. Y Gabi... era otro de los asuntos a los que no paraba de darle vueltas. ¿Por qué me encontraba tan mal? Apenas lo conocía. Pero me afectaba. Me entristecía más de lo que hubiera querido su indiferencia, pues era un claro síntoma de que se había enfadado realmente conmigo al haberme metido en un tema en el que no debí haberlo hecho. Realmente, pensaba, no le había dicho nada que le afectara directamente a él por lo que no entendía muy bien el motivo de su enojo. Aun así sabía que ya no volvería a verlo, a no ser que fuera yo a buscarlo a su casa. Y todo esto era lo que pensaba día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto... y lo que hacía que Manu se percatara de que no estuviera donde debería estar cuando visitábamos alguna ciudad cercana o veíamos algún museo.

El día anterior al viaje de mis amigos, no paraba de mirarme con cara de preocupación. Por la noche ya iba a acostarme cuando llamaron a la puerta de mi dormitorio.

—Me voy preocupado... —me dijo sentándose en la cama a mi lado—. Lo he comentado con Ludo, por si pudiera ir él solo a ver a su madre, pero entiendo que quiera que le acompañe, ella está cada vez peor. —Se calló por un momento sin dejar de mirarme—. He llamado a Gabi para que te eche un vistazo estos días. Sé que hicisteis buenas migas, supongo que no te importará.

—¡Oh, claro! Es un buen chico, me alegra que venga —dije con el mayor convencimiento posible y mostrándome de acuerdo con su decisión, a pesar de que no lo estaba—. Espero que os vaya bien con la madre de Ludo, seguro que agradecerá vuestra compañía, debe sentirse tan sola allí, en Nantes...

Sabía que no iba a engañarle aunque simulara la mayor excitación posible, pero no dijo nada, solo me abrazó y se dirigió hacia la puerta. Antes de cerrarla, se dio la vuelta y me recordó algo importante:

—Disfruta de tus vacaciones, has tenido un mal año, te las mereces —y añadió—. Volveremos en una semana, cualquier cosa... tendré el móvil siempre disponible.

Me despedí de él con una leve sonrisa, que no expresaba nada, mientras mis ojos denotaban mi turbación.

Me costó mucho dormir esa noche.

Cuando a la mañana siguiente los oí marcharse, no tenía ánimo para levantarme y decirles adiós, ya no solo por el cansancio de no haber dormido lo suficiente sino porque no podía mirar de nuevo a Manu sabiendo que no le estaba contando la verdad. Así que permanecí acostada en la cama y me quedé entonces profundamente dormida durante un par de horas.

Me despertó el timbre de la puerta y abrí los ojos extrañada. Miré el reloj, no podían ser ellos pues hacía ya unas horas que se habían marchado. Tranquilamente, me levanté y bajé para mirar por la mirilla. Era Gabi.

Cuando abrí lo pillé de espaldas y se dio la vuelta al momento para mirarme de arriba abajo, comprobando lo horrible que debería estar recién levantada. No nos dijimos nada, solo le dejé la puerta abierta, incitándole a entrar, y así hizo. Me acompañó hasta la cocina, los dos en silencio.

—Clara...

—¿Café? —pregunté en un intento de cortar cualquier conversación amistosa.

En ese momento me sentí traicionada por Manu al haber hablado con Gabi e invitado a que me *cuidara*. Mi primera intención fue que se marchara, no quería que se convirtiera en una costumbre y que viniera todas las mañanas a despertarme, estaba claro que no necesitaba *un niño*. Cuanto antes se diera cuenta de mi incomodidad, antes se iría. Por otro lado, durante nuestro perturbador silencio, me dio tiempo a recordar lo agradable que había sido su compañía las veces que nos habíamos visto y lo cómoda que me había sentido en aquel balcón viendo la marea.

—No, gracias —me contestó—. Ayer vinieron Manu y Ludo a visitar a mi hermano —comentó sin mayor dilación—. Manu me pidió que viniera de vez en cuando a verte, dice que estaba preocupado por ti, pero no me dijo nada más...

No contesté, ¿qué podía decir? Si ni yo misma sabía con exactitud por qué me encontraba así.

—¿Es tu ex? ¿Te ha escrito...?

“¡Ja! Eso sí que me había hecho gracia. ¿Mi ex? ¿Escribirme? ¿A mí?”, pensé.

Me sacó una sonrisa el comentario y Gabi se dio cuenta.

—¿Te ríes? —preguntó extrañado.

—La verdad es que esa es buena. —Seguí con una sonrisa cínica en la cara—. Creéis que estoy mal por ese tonto. —Estallé en exageradas carcajadas de lo absurdo que me parecía, y de esa forma me di cuenta de que ya no sentía pena de mí misma por ese tema, que realmente tenía otras preocupaciones que lo habían solapado y que lo había superado casi al cien por cien—. No, Gabi. Me acabo de dar cuenta de que lo de Tony está más o menos superado. —¿Ví una pequeña sonrisa en sus labios?—. Me encuentro bien.

—¡Genial! Pues, si es así, vístete que vamos a un sitio que te va a gustar —expuso alegremente mientras yo me tomaba el café de pie.

—La verdad es que quería aprovechar el viaje de *estos* para leer, descansar y no hacer nada.

—Pues lo siento, *estos* me han dicho que he de cuidarte.

Por la expresión de mi cara, entendió que ya sabía yo cuidar de mí misma perfectamente.

—¡Venga! Por favor... solo quiero que me acompañes. *Necesito* que me acompañes. —En ese *necesito* vi una clara súplica, un ruego. Él también había estado mal esos días y lo supe entonces.

Tras desayunar, y sin decirle nada, subí a mi habitación con desgana, sin ánimo de arreglarme demasiado. Me puse la ropa más cómoda que encontré mientras sonaba la radio en francés, lo que me ayudó a animarme un poco. Durante esa semana, me había hecho el oído al idioma y entendía muchas más cosas, ¡incluso ya me atrevía a decir alguna que otra palabra!

Cuando bajé, no estaba por ningún lado aunque la puerta de la casa estaba abierta. Me asomé y

ya estaba montado en el coche, esperándome. Hacía un día de sol estupendo que me invitaba realmente a huir de mi enclaustramiento, por lo que en ese momento no me pareció tan mala idea salir de casa.

Durante la escasa media hora de viaje estuvimos en silencio. Ni siquiera pregunté a dónde íbamos, una parte de mí deseaba saberlo, pero prefería no darle conversación.

Llegamos a un pueblo llamado Cancale. Nada más bajar del coche, me vino un fascinante olor a mar que me puso de mejor humor. Cancale parecía ser el típico pueblo de la Bretaña francesa con casitas bajas muy bonitas y con un buen jardín, con tiendecitas donde comprar exquisitos productos artesanales y locales y un mejor sitio para degustar rico marisco. En definitiva, todo muy de cuento, tanto que me encantó desde el primer momento. Por supuesto, no le dije nada a mi acompañante de esta percepción.

Caminamos hacia abajo, yo iba algo más lenta observando y deleitándome con todo. A él se le notaba con más determinación, algo llevaba entre manos. Cuando llegamos al mar, observé que era ahí donde había más movimiento de turistas. En medio de la bahía había como una especie de piscinas con palos entrecruzados y cubiertos todos ellos de algo verde. Rompiendo nuestro silencio, le pregunté de qué se trataba aquello.

—Son bancos de ostras —aclaró—. Cuando sube la marea se quedan ahí pegadas y cuando baja, las recogen.

Nos quedamos apoyados unos minutos en una barandilla mirando, con una leve sonrisa en el rostro, la cantidad de *piscinas* de ostras que había. Me pareció muy encantador aquel paisaje tan nuevo para mí.

Al rato me cogió de la mano y me llevó a una explanada en donde se veía mucha más gente y puestos de comida. Al acercarnos, vi que eran puestos solo de ostras a consecuencia de que las cogían directamente de allí y las vendían al instante. Así que compramos una docena a un precio muy económico y, como los demás turistas, nos sentamos cerca de esa zona, observando el mar mientras las comíamos. Íbamos degustándolas una a una y tirando sus cáscaras desde lo alto a un rincón ex profeso para ello, donde estaban apiladas centenares de ellas. Me sentí tan a gusto en ese momento que fui consciente de que quien estaba realmente enfadado conmigo era él, a pesar de no entender exactamente las causas. Sin embargo, ahora parecía que la indignada era yo, sin tener ningún motivo para ello. Finalmente, sacudí la cabeza con aire indulgente, de manera que pudiera tragarme mi orgullo, y empecé a relajarme un poco más a su lado.

—Gracias por traerme... —empecé a decir—. Aunque he de decir que las ostras... no me gustan mucho.

—¿Las habías probado antes? —me preguntó sin mirarme, observaba el horizonte como esperando a que algo o alguien pasara.

—La verdad es que no... a ver, una vez en casa de Tony...

—¡Mira hacía allí! —exclamó Gabi interrumpiéndome, y miré hacia donde su dedo señalaba—. Estaba esperando a que se despejara más el cielo para que se viera mejor.

Y allí, muy a lo lejos pero muy claramente, se veía el monte Saint-Michel, se percibía perfectamente el pico de su abadía y esa silueta tan característica. Era una estampa bucólica al estar sentada junto al mar, viendo ese paisaje y comiendo ostras.

—¿Merecía la pena o no venir? —Me miró con esa media sonrisa que tanto había echado de menos.

—Mucho —contesté sin dejar de mirar al horizonte.

Estuvimos un rato sin mirarnos y sin hablar, solo comiendo y echando la vista hacia la belleza que nos rodeaba.

—Solía venir aquí con mi madre —empezó a decir como para sí mismo—. Y nos pasábamos horas los dos aquí sentados. A veces en silencio y otras contándonos, o mejor dicho, contándole mis problemas de niño o de adolescente.

Lo miré de soslayo, se le notaba serio pero no desanimado ante tal conversación, había una clara melancolía al recordar tan buenos momentos de su infancia.

—La echas de menos —afirmé.

—¡Mucho! —dijo él sin dudar—. No pasa un día en el que no me acuerde de ella.

—Pasó hace muy poco, ¿verdad?

—En abril hizo dos años —contestó—. Hacía... ¡uf! No sé... ¿Seis? ¿Siete años, que le habían quitado un riñón? Le detectaron un tumor y rápidamente se lo extirparon. Todo fue de maravilla y la vida siguió su curso hasta que le diagnosticaron lo mismo en el otro. Luego todo fue muy rápido y... ya sabes el final.

—Lo siento muchísimo —dije con sinceridad absoluta.

Me miró compungido. Con los ojos algo rojos, mostró una sonrisa triste en la que, inevitablemente, curvaba sus comisuras hacia abajo en un intento de evitar las lágrimas.

Se había creado un momento en el que no eran necesarias las palabras. El silencio a veces nos puede transmitir el mensaje preciso que necesitamos en un instante determinado, así que estuvimos callados mientras nos comíamos las ostras que nos quedaban.

—Siento haberme enfadado la otra noche —me dijo cuando ya habíamos terminado con toda la comida—. He estado desde entonces muy... *jodido*. Creo que me pasé un poco.

—Yo también lo siento —le dije sin mirarle a la cara todavía—. No quería meterme en un tema que no me incumbía y que tampoco sabía cómo habíais vivido en casa durante todos estos años. Si hubiera sabido que os afectaba tanto... yo... yo también lo he pasado mal estos días.

Cuando lo miré, ya estaba él con los ojos puestos en mí y, como si hubiera estado esperándome, se acercó y me cogió de la barbilla con delicadeza. Decidí entonces dejarme mimar, pero de repente, sin decir nada, se apartó girándose de nuevo hacia el mar y yo lo seguí con la mirada, concentrándome en sus rasgos de niño.

—Hablé con David, me vio tan mal que le conté lo que pasaba. Me dio la sensación de que tu amigo Manu ya le había informado de tus pesquisas porque mi hermano me informó entonces que estabas también en aquella sombrerería la tarde en la que apareció—. Seguía sin mirarme mientras que yo no podía dejar de contemplarle sorprendida—. Por lo que he de entender tu interés por el tema. —Hizo una pausa apartando la vista del mar y centrándose de nuevo en mí—. David no fue un niño más con una *S* a medio hacer en su muñeca. Él tuvo que lidiar con periodistas, policías y gente que solo le quería por interés, que fueron la mayoría. De ahí mi actitud el otro día.

—Entonces... a ver si lo entiendo bien... ¿Pensabas que yo era una interesada? —dije sin poder creer lo que estaba escuchando—. Pero ¿qué iba sacar yo de eso?

—Ya sé que no, pero durante muchos años ha habido casos de amigos interesados de David, los cuales conseguían algún beneficio si contaban alguna primicia a algún periodista. También vivimos chantajes por parte de gente que inventaba historias... todo muy novelesco, ¿sabes? Y no me esperaba que precisamente tú sacaras el tema. Ahora sé que mi reacción fue desmesurada, pero es la que siempre tengo cuando encuentro a “interesados”. —Enlazó sus manos con las mías con despreocupación—. Pero sé que tú no lo eres, lo siento, soy muy temperamental y este tema me afecta bastante, siempre lo ha hecho.

Lo abracé muy fuerte dejándole algo sorprendido y sentí que me había quitado un gran peso de encima con su revelación.

—Pero ¿qué más esperan sacar? —pregunté poniendo fin bruscamente a aquel gesto de amistad—. Quiero decir, ¿qué más quieren saber de tu hermano? Si está todo dicho.

—Ahora sí que sé que me equivoqué contigo y que para nada eres una *busca fortunas* —explicó poniéndose la mano en la boca simulando reírse. Yo lo miré extrañada, sin entender muy bien—. Desde siempre se ha dicho que David sí recordaba todo lo que le había pasado y la gente se acercaba a él para sacarle tal información. Y, lo que ya te he explicado, iban directos a algún periodista, policía o lo que fuera para ganar cierta recompensa.

—Ya, de acuerdo. Pero ya se dijo que aquel niño no recordaba nada, ¿para qué insistir?

Fue entonces cuando Gabi, que se volvió para fijarse de nuevo en la silueta de la abadía del Monte de Saint-Michel, se puso muy serio:

—Clara, mi hermano recuerda perfectamente dónde estuvo y lo que vivió. Sabe cómo huyó y quién estaba allí.

Estuve todo el viaje de vuelta abstraída y callada, y ya no por estar enfadada como en el viaje de ida sino porque me encontraba en estado de shock tras aquella revelación.

El hermano de Gabi, David, sabía todos los secretos de aquellos secuestros de los que nunca nadie supo nada, o al menos eso pensaba sentada allí mientras veía el paisaje pasar a gran velocidad. Oía a mi amigo hablar sin parar, pero no le prestaba la mínima atención. Tuvo que cogerme la mano para que le contestara sobre algo que me estaba diciendo.

—Perdona, no te he escuchado —me disculpé.

—Ya veo... —dijo mostrando su media sonrisa—. Decía que qué te apetece hacer ahora.

—Llévame a casa, por favor —le supliqué.

Necesitaba un sitio seguro donde esconderme de cualquier persona y evitar contar tal secreto a nadie. Pensé que era buena idea pedirle a Gabi que me acompañase, de manera que pudiera controlarme mejor y no llamara a mamá, por ejemplo, para desvelarle aquello.

—Ven tú también y te serviré un trozo del *Kouign Aman* que hice ayer con Manu, te va a encantar. Las ostras me han dejado con hambre —dije un poco más natural e intentando restar importancia a lo que me había declarado Gabi.

Estuvimos sentados en la mesa de la cocina, uno frente al otro, disfrutando de aquel típico pastel bretón cocinado principalmente con mantequilla. Conversamos de libros y películas, averiguando más cosas el uno del otro, como auténticos amigos. No sé cómo, pero una cosa llevó a otra y empezamos a hablar de la relación entre él y su hermano, centrándonos principalmente en la vida de David una vez más.

—¿Qué pasó en casa cuando desapareció? —pregunté entonces.

—¡Qué buena pregunta! Pues verás, yo era bastante pequeño y apenas recuerdo nada, la verdad. Sí que recuerdo un poco más cuando apareció —dijo sonriendo para sí y agachando la cabeza para mirar sus manos—. De repente, sin yo saber por qué, me vi rodeado de gente desconocida, policías y demás. Y luego arrastrado a un país en el que no tenía ni idea del idioma —concluyó.

—¿Qué ocurrió...? —quise saber acercándome un poco más a él y rozándole la mano en un intento de crear un ambiente de confianza entre los dos, ante tal pregunta—. Ya sabes...

—¿Cuándo David nos dijo que se acordaba de todo? —Sin apartar la mirada de nuestras manos y sin esperar respuesta alguna, se dispuso a explicarse—. Pues a mí me lo han contado todo mucho después. David era un niño y, aunque sabía moverse por los alrededores, no recordaba con exactitud el sitio en el que estuvo encerrado. Tras escaparse, deambuló durante noches por la montaña sin saber hacia dónde dirigirse o si caminaba en círculos, desesperándose. Pero la tercera tarde, al caer la noche, divisó luces no muy lejos desde donde estaba y supo que se trataba de una ciudad. Caminó hacia allí hasta que pudo llegar al mismo centro. Una vez que se lo llevaron al hospital y la policía fue informada, les dejó claro que no sabía llegar exactamente al lugar en el que había estado, pero que podía describir exactamente el entorno de la nave en la que le encerraron, pues eso decía, era una nave enorme en medio de la nada. Tras dar una detallada información, el policía principal que se encargaba del caso empezó a hacer conjeturas y a averiguar por dónde se encontraba esta. Como puedes imaginar, no fue tarea fácil. —Me explicaba



mientras acariciaba mi mano.

—¿Qué había dentro de esa nave? —inquirí.

Tras un largo silencio en el que el propio Gabi dudaba en si seguir o no con la conversación, decidió optar por lo primero.

—Él siempre dijo que el interior era grande, y de un silencio estremecedor. Hoy en día sigue teniendo pesadillas con eso. —Tragó saliva para poder continuar—. Muy pocas veces oía voces de adultos que conversaban, pero muy lejanas. Llegó a un punto en el que no era consciente de cuando dormía o cuando estaba despierto, tampoco sabía si comía o no, pero nunca sintió hambre o sed. Estuvo encerrado en una especie de zulo durante diez días, sin poder ver nada, solo esas cuatro paredes, hasta que lo sacaron para hacerle la famosa *S* en la muñeca donde dijo haber visto muchas máquinas a su alrededor. Fue justo en ese momento cuando escapó.

—¿Y cómo pudo escapar? —Me levanté para coger algo de agua sin dejar de mirarlo para no perderme palabra de lo que estaba contando.

Gabi volvió a titubear ante una de mis preguntas y, sin responderme directamente, me informó de algo de gran importancia.

—La persona que le estaba haciendo el tatuaje era una niña, una niña con el pelo corto, pelirroja y gafas rosas. Eso lo recuerda perfectamente porque le extrañó muchísimo que no fuera un adulto.

—¿Me estás diciendo que eran niños los que llevaban todo eso!

—No. No te lo puedo asegurar porque es lo único que vio mi hermano: una niña haciéndole un tatuaje en la muñeca. Y bueno, todo fue cuestión de suerte, no se sabe si era la primera vez que aquella niña se ponía a hacer tal faena o si David tenía más fuerza... La cuestión es que mi hermano se resistió a mitad del proceso. Aquella niña pelirroja no pudo retenerlo y escapó. Estaba tan excitado que no recuerda nada más, si salió por una puerta, por algún boquete que había... nada.

—Así que la información que le daría a aquel policía tampoco sería muy precisa.

—Ya puedes ver que no. Aun así, la investigación no se vino abajo. Los policías no desistieron en sus pesquisas y, cuando ya creían saber con seguridad de qué sitio estaba hablando David, decidieron acercarse allí con varias patrullas como refuerzo puesto que no sabían con qué cantidad o tipo de gente podrían encontrarse. Todo esto en absoluto secreto, ya que supondría solucionar el caso más importante de sus vidas. Se pretendía con esta discreción que nadie, y mucho menos los raptos, supieran nada para poder pillarlos con las manos en la masa.

—¿¿Qué pasó cuando llegaron?? —pregunté sin poder mantener más mi nerviosismo.

—Nada —respondió.

—¿Nada? —Repetí, algo decepcionada.

—Supongo que cuando David huyó dieron la voz de alarma y se fueron de allí. Cuando llegaron, no había nada dentro.

—Tal vez no era el sitio exacto en el que estuvo David, tendrían que haber investigado un poco más.

—David fue un par de días después más tranquilamente con mamá y el inspector que llevaba el caso para verificar si era el lugar correcto y efectivamente lo era. Señaló donde había estado encerrado y donde le habían acostado para hacerle la *S*. De hecho, estaban las marcas de algo que parecían muebles o máquinas. De repente, allí todo le vino a la memoria: la pequeña puerta trasera por la que huyó, el olor extraño y desagradable... no había duda, ese era el lugar, pero habían llegado tarde.

Nos quedamos en absoluto silencio mientras la luz del ocaso entraba por la ventana de la

cocina, creando un clima más íntimo. Ahí concluía una historia que podría haber resuelto muchos enigmas que aun hoy nos preguntábamos, pero no pudo ser. La familia de David emigró y el caso quedó sin resolver.

—¿Y la niña pelirroja y con gafas? Es una gran pista, son rasgos bastante singulares y fáciles de localizar.

—Se llegó a un punto en la investigación en el que se pensó que David había inventado gran parte de la historia. Sí creían que había sido raptado, pero que aquella nave y aquella niña nunca habían existido como tal.

—¡Absurdo! —exclamé indignada—. ¡Si cuando fue a aquel lugar explicó minuciosamente todo lo que recordaba!

—Parece que había gente a la que no le convenía que se supiera la verdad. Aquel policía fue trasladado, quitándole veracidad a todo lo que había contado mi hermano. Es muy raro todo, por eso prefiero no meterme en el tema, ya estoy cansado y son muchos años con lo mismo. No entiendo cómo David puede haber creado una comisión sobre esto.

—Piensa que fue él el que estuvo a punto de no aparecer nunca más por tu casa, como muchos otros niños. Ponte en su lugar, yo también hubiera seguido investigando.

—Lo sé. —Paró un instante para desviar su mirada hacia el salón—. ¿Sabes? Te noto muy sensible con este tema. ¿Qué tal si lo olvidamos un poco?

Dando punto y final a aquella cuestión, decidimos ver alguna de las películas que tenían Manu y Ludo. Nos decidimos por un clásico que ambos ya habíamos visto, *Eva al desnudo*, en donde una bella Bette Davis demuestra sus mejores artimañas para mentir y lo calculadora que puede llegar a ser una persona solo por conseguir el éxito, sin importarle nada más.

Solo vi los quince primeros minutos de la película, me quedé profundamente dormida debido al cansancio acumulado por la mala noche que había pasado. Fue en el momento en el que la película terminó, cuando Gabi me sacudió suavemente la pierna para despertarme.

—Menos mal que ya la habías visto, te hubieras perdido un peliculón.

—¡Vaya! —dije mientras bostezaba descaradamente—. Lo siento. En serio que quería verla, pero...

—No te preocupes, yo al final también he echado una cabezadita.

—¡Vaya dos! —dije haciendo que ambos nos riéramos.

—He de volver a casa, ya es de noche y no quiero que se preocupen. A no ser que... —Me miró con esa media sonrisa colgada en la comisura izquierda.

—¿Qué? —dije sin entenderlo.

—Nada... tal vez podrías ofrecerme un sitio donde dormir —lo dijo todo con la cabeza agachada hasta que al final la levantó para mirarme y ver mi reacción.

—¡Vete a casa, anda! —le propuse mientras le golpeaba con fuerza con uno de los cojines del sofá—. Descanemos, que hemos pasado un día muy movidito.

Nos pusimos de pie y le acompañé hasta la puerta abriendo yo el paso. En el umbral nos despedimos con dos besos, prometiendo vernos pronto. Inesperadamente, cuando ya iba a cerrar la puerta, Gabi la sostuvo con fuerza y se asomó por el resquicio que quedaba en ella con un gesto suplicante, a la vez que cómico, de que la volviera abrir.

—Solo una última cosa, no quiero volver hablar más de todo esto. No quiero que vuelva a salir entre nosotros esta conversación. Creo que nos merecemos un buen verano y olvidarnos un poco de lo que le pasó a mi hermano. Si él y tus amigos quieren liarse la cabeza con ello que lo hagan, pero nosotros no, ¿para qué? Confío plenamente en ti y sé que lo que te he contado no se lo vas a contar a nadie —iba a interrumpirle para saber de algo que me inquietaba, pero recibí la respuesta

a mi pregunta sin haberla formulado—. Manu y Ludo están al corriente de todo, al igual que todos los miembros de la comisión. Saben de buena mano que David recuerda a la perfección su paso por aquella nave. Así que no te quedes intranquila por guardar el secreto a Manu.

Y, sin más, se dio la vuelta y se metió en el coche.

Me quedé en el marco de la puerta hasta que dejé de verlo. Comprendí entonces que estaba sonriendo y que necesitaba relajar la mandíbula, pero no podía: me sentía feliz, muy feliz.

A la mañana siguiente, de nuevo me despertó el timbre de la puerta, que alguien tocó repetidas veces. Miré el reloj, había dormido como un lirón y me encontraba muy descansada. Bajé lo más rápido que pude para abrir y ver quién llamaba con tanta insistencia.

—¡Vaya horas de levantarse! —decía un Gabi algo serio y tocándose la muñeca simulando señalar un reloj imaginario—. ¿Puedo pasar?

Aún atontada por el recién despertar, me eché a un lado sin decir nada y lo seguí hasta la cocina en donde él mismo se sirvió un café. Lo miré con la máxima concentración posible, algo pasaba, lo veía bastante nervioso y enfurruñado comparado con el día anterior. Intenté recogerme el pelo en un moño sin éxito, esperando a que mi amigo se dignara a explicarse.

—Me voy a Lyon ahora. —Lo miré en silencio, no me salían todavía las palabras—. Estaré unos días allí, no sé cuántos, la verdad. He tenido un problema con la matrícula de este año y, si no lo soluciono, me van a hacer repetir varias asignaturas —dijo de carrerilla—. Tengo que ir a ver a un profesor porque acaban de salir las notas y me ha suspendido, y... ¡es imposible, Clara! ¡Imposible! —Me dio la sensación de que necesitaba desahogarse.

Me acerqué a él y le cogí de las manos en un intento de hacerle ver mi empatía hacia su situación. Lo que ese chico necesitaba era empezar a trabajar, tal y como me había explicado la primera vez que nos habíamos visto, y todo esto iba a retrasar aún más el sueño de empezar a ganar su propio sueldo.

—No me quiero ir, Clara, no... no quiero dejarte aquí sola, ¿sabes? —Clavó en mí sus penetrantes ojos azules.

—No te preocupes. Si algo me pasara, sé dónde vivís y David sigue estando aquí.

Él me miró como intentando explicarme otras razones por las que no quería dejarme allí sin su compañía.

—Bueno, he de irme, el tren sale en una hora. —Dio el último sorbo a su café y abrió la puerta ya para irse—. Espero resolver pronto todo este lío y volver lo antes posible. Además, todavía quedan sitios que debes visitar y me encantaría acompañarte.

—¡Oh claro! No te apures por eso. Aquí estaré para cuando vuelvas —le dije, principalmente para tranquilizarlo.

Repentinamente, se hizo un extraño silencio y se acercó a mí hasta estar muy juntos el uno del otro. Después de una pausa, me dio un largo e intenso abrazo. Tras ello, alcé la vista hacia su rostro y él ya me estaba observando fijamente. Sin apartar la mirada, vi cómo bajaba lentamente su cabeza hacia la mía directo a mis labios y entonces, como si hubiera cambiado de repente de opinión, se paró en seco y me plantó un sentido beso en la frente. Se fue en silencio, sin decirnos nada más, sin saber que esa sería la última vez que nos veríamos.

Con esa sensación tan rara que te dejan las despedidas, subí lentamente las escaleras con la intención de ordenar mi habitación. Una vez que me puse a ello, no era muy consciente de lo que estaba haciendo ni de dónde colocaba mis cosas. Al rato, decidí que era mejor abandonar la tarea, pues no tenía ánimo para nada, solo me apetecía acostarme en el sofá con un buen libro en las manos. Busqué la pequeña maleta donde estaban estos y que, recordaba, había dejado debajo de la cama. Me había traído de España una buena colección de libros que no había empezado debido a

los acontecimientos de todos esos días. Por un lado, lo consideraba algo positivo, pues indicaba que había estado lo suficientemente entretenida. Ya agachada, arrastré hacia a mí aquel fardo pesado, pero entendí que había algo en el fondo, justo tocando la pared. Como no había subido mucho las persianas, encendí la luz por inercia para ver qué era. Se trataba de unos papeles arrugados que se habían quedado enganchados al rodapié y que mi mano no podía alcanzar. Metí entonces todo mi cuerpo debajo de la cama para llegar a ellos y me hizo ver la necesidad de pasar la escoba por ahí antes de disponerme a leer.

Con los papeles ya en mi mano, sentada en el suelo y apoyando parte de la espalda en la cama, observé por encima lo que había cogido: unos folios sueltos escritos a máquina, por delante y por detrás, con una lista de nombres y apellidos, todos ellos españoles. Algunos estaban subrayados con colores y otros tachados. Supuse que esos folios sueltos se habrían desprendido de algún que otro documento de mis amigos, los dueños de la casa, sin ellos darse cuenta. Antes, el despacho estaba ubicado en mi habitación y hacía unos meses que habían hecho tal modificación por comodidad y amplitud a otra sala.

Me levanté de un salto, se me había ocurrido una idea y fui directa al despacho actual de Manu y Ludo, pero este estaba cerrado. Decepcionada y apoyando la frente en la puerta, miré de nuevo aquellos papeles como intentando ver algo que me podría haber pasado desapercibido en el primer instante, sin saber muy bien qué. Había pensado que, si miraba en el despacho, encontraría fácilmente el documento al que pertenecían y así dejárselo ordenado a mis amigos, y por otra parte... entendería la razón de aquellos nombres en esas hojas. Allí, mirando detenidamente la lista, me detuve en uno que no estaba ni tachado ni subrayado, sino rodeado. Me quedé casi sin respiración al ver que reconocía aquel nombre. Pero... ¿qué hace esta persona aquí?

En menos que canta un gallo, cogí el teléfono para llamar a Manu, pero este no lo me lo cogió. No quise llamar a Ludo ya que, tal y como me había advertido Manu en su día, el tema de los niños de la S no podía comentarlo con él, le afectaba demasiado.

“Clara, debes déjalo estar, no te vuelvas a meter en lo que no debes”, obvié esa voz interior y mi plan maravilloso de sofá y lectura se vio modificado cuando se me ocurrió la idea de ir a casa de David. Con suerte, hasta pillaría a Gabi para despedirme de él como realmente debía, sin besos en la frente de por medio.

Llegué a la casa de los hermanos Valchs justo cuando David aparcaba su coche, acababa de volver de acompañar a su hermano a la estación.

—¡Qué sorpresa, Clara! —exclamó cuando me vio—. Pensaba que sabías que Gabi no estaba, se acaba de ir.

—Sí, lo sé, me lo ha dicho. —Me percaté entonces de lo triste que sonaba mi voz.

—Pues dime en qué puedo ayudarte. —Abrió la puerta de su gran mansión invitándome a entrar—. Vamos, entra, hace mucho calor aquí fuera.

Ya dentro de la casa, lo noté algo distante, como distraído, con cierto interés en otra cosa que no era yo. Supuse que no había venido en el mejor momento, así que decidí no irme por las ramas y hablarle directamente de lo que había encontrado.

—Te traía una cosa... unos papeles. —Miró las tres hojas sueltas que llevaba en la mano.

—¿De qué se trata? —dijo sin perderlos de vista y con algo más de interés por mi visita.

Le expliqué cómo había encontrado esas hojas y se las di. Ya con los folios en sus manos, estudió en silencio y muy concentrado a aquellos nombres.

—Reconozco algunos nombres.

—¿¡En serio!?! Yo solo he reconocido uno. —Dejó los papeles a un lado para averiguar con sus ojos a qué me refería. Me acerqué a él, que los portaba todavía, y fui directa a la última página. Ahí le señalé lo que estaba rodeado.

—¡David Valchs Serrer! Pero... si ese soy yo.

—¡Exacto! Por eso he venido rápidamente hasta aquí. Estoy casi segura de que estas hojas pertenecen a un documento mayor. He intentado localizar a Manu para informarle de esto. —Miré de nuevo mi móvil por si había alguna señal de él—. Pero no me ha respondido a la llamada.

—He de confesar que nunca había visto este documento —dijo con su voz grave mientras miraba una y otra vez las hojas, intentando comprender mejor de qué trataban.

—¡Ah! ¡Vaya! Pensaba que era algo que estaríais buscando, —dije con total sinceridad—. O alguna otra cosa que estuvierais investigando, no sé, me pareció importante, sobre todo cuando vi tu nombre. Tal vez no debería haberme inmiscuido en nada de esto.

Empecé a ser consciente de que mis amigos no quedaban muy bien parados ante tal situación. Yo, sin su permiso, les había arrebatado un documento y, sin comunicárselo, se lo había llevado a otra persona. Debía haber preguntado primero qué era aquello. Estaba claro, por la cara de David, que parecía bastante importante.

—Pues es raro que ninguno de los dos lo hayan compartido conmigo, ya no estas hojas sueltas sino el documento en sí. Porque, como tú bien dices, esto pertenece a algo más. —Lo noté decepcionado por la actuación de mis dos amigos. Estaba segura que habría alguna explicación para ello y quise hacérselo ver de alguna forma—. Reconozco alguno de los nombres porque son niños que desaparecieron durante los años de mi niñez, nombres que salieron en los periódicos y noticias de nuestra comarca. Este —señaló uno— nunca fue encontrado y este otro fue uno de los que aparecieron tirados en plena calle. Fíjate —dijo movido por el entusiasmo—. Creo, y puede que me equivoque, que los que están tachados son los que fueron encontrados. Y este que está subrayado de verde, nunca apareció.

Abrí muchos los ojos, dejándome llevar por aquella exaltación contagiosa de David. Sí, aquella explicación tenía su lógica y me encantó que la compartiese conmigo.

—Lo que no entiendo es por qué yo estoy rodeado —expresó meditabundo y tocándose la barbilla con nerviosismo.

—Tal vez por la manera en la que apareciste—. Se me ocurrió de repente aquella respuesta y me pareció que David la aprobaba.

Con una sonrisa de lado, pero no tan mágica como la de su hermano, me miró con un brillo especial en los ojos.

—Dentro de quince minutos viene don Pedro y alguno más, tenemos reunión los de la comisión. ¿Te apetecería quedarte?

No dudé ni un segundo en mi respuesta.





Mientras David los iba recibiendo uno a uno en la entrada, yo ya me encontraba en la habitación que usaba la comisión cuando se reunía, preparada para dar la bienvenida a esos desconocidos. Aquella sala, que a partir de ese día visitaría tanto, estaba decorada de manera industrial: una gran mesa de madera en el medio con varias sillas alrededor de ella, haciendo juego. Debido a su reducido tamaño, el único elemento decorativo que había era un armario alto que parecía más sacado de un despacho de un colegio que de un hogar tan acogedor como aquel. El color gris de las paredes hacía más lúgubre aquella zona de la casa y solo le daba un toque de color un par de cuadros que había colgados.

La excitación del momento me hacía no parar de mover las piernas y retorcerme las manos sin apenas darme cuenta. Desde que a los trece años viviera el episodio en la sombrerería de los García, siempre había deseado indagar más sobre aquel caso, pero hasta entonces me consideraba bastante pequeña y con la insuficiente experiencia para ello. Siempre afirmaré que fue algo de lo que nunca me recompuse; es decir, durante semanas, meses y ciertas temporadas tuve continuas pesadillas puesto que me imaginaba que la siguiente en desaparecer podría ser yo. Ante tal miedo, mi interés por saber más del tema iba acrecentándose y mi mayor ilusión era capturar a *los malos*. La curiosidad es un rasgo con el que siempre me he identificado y que siempre he considerado indispensable en este mundo, que a veces resulta tan anodino.

A medida que iban llegando, me fui presentando escuetamente, sin entrar en detalles sobre mi presencia allí.

El primero en entrar fue don Pedro, aquel anciano con bastón que vi en casa de David justo la noche en la que conocí a Gabi. Necesitaba distraerme con otras cosas para no acordarme tanto de él, supe que la reunión me vendría de maravilla. Aparte de don Pedro, estaba la chica pelirroja que también vi en aquella memorable barbacoa, Elena. Me había parecido mucho más joven la primera vez que la vi con su larga y colorida melena. Allí y más de cerca, exhibía su rostro surcado de incipientes arrugas propias de una mujer ya más madura. Esta se mostró algo distante conmigo desde el primer momento, apenas intercambiamos alguna palabra a la hora de presentarnos y se sentó sin apenas quitarme los ojos de encima. Conocí además a otro grupo de personas que no había visto antes, como por ejemplo los gemelos Lucas y Martín, ambos se mostraban bastante risueños y muy amables desde el primer momento. Me fijé en que Lucas tenía marcada una *S* en su muñeca, algo que contrastaba con esa sonrisa perenne en su rostro. Por último, un hombre desaliñado, Mario, con ojeras y con apariencia de haber estado llorando al menos toda una semana. Tal y como explicó, su hijo había desaparecido hacía dos meses y no se sabía nada de él. A priori, la comisión se había reunido ese día porque Mario quería proponer una nueva idea que ayudaría a la investigación y búsqueda de su querido retoño.

—Os presento a Clara Fernández —empezó a explicar David mientras todos, menos Elena, mostraron un gesto amable ante mi presencia—. Ella también ha sufrido con el tema de la *S*, de lo contrario no podría estar aquí, ya lo sabéis. —Mintió un poco—. Clara, te pongo en antecedentes sobre el caso de Mario Belmonte: su hijo Esteban fue visto por última vez por el Altiplano, que es donde viven, cuando iba a jugar con sus amigos. Desde entonces, no se ha sabido nada de él. Su padre, ya desesperado, piensa que es uno de los niños de la *S*, que lo han raptado al igual que hicieron con Lucas o conmigo, por ejemplo. Aun así, son solo sospechas. O mejor dicho, su única esperanza, tal y como me dijo el pobre Mario en su llamada antes de venir aquí a vernos. Ya nos

planteó el caso el otro día y hoy viene con una nueva idea. Cuéntanos, Mario, ¿de qué se trata?

—Pues verán... —empezó a hablar aquel padre con la voz desinflada y mirando tímidamente hacia el suelo—. Mi cuñado tiene un amigo que es inspector privado, ya saben, como en las películas. —Entonces levantó la cabeza para ver nuestra reacción—. He pensado que podría venir a alguna reunión, tal vez sacaría alguna pista de mi Esteban... —Y entonces rompió a llorar amargamente.

Como contraste, yo miraba todo como una niña con zapatos nuevos. Por primera vez en mucho tiempo me sentía importante y útil, además, allí sentada, creía poseer superpoderes que me harían resolver todo aquello, tal y como había deseado desde adolescente.

—Está bien, Mario —dijo David tocándole el hombro para intentar tranquilizarlo—. Vótemos esta idea. Cada uno que piense muy bien los pros y los contras, por favor.

Yo, como invitada de honor de aquel día, solo pude observar el proceso y, como era de esperar, salió negativo. Nadie quería que alguien se entremetiera allí sin tener relación alguna con el tema. Mario se mostró desolado y, con los hombros cada vez más caídos por la impotencia, abandonó la habitación sin despedirse.

—Si en unos días surge alguna información nueva o algo en lo que realmente podamos ayudarte —le informó David—, cuenta con ello. Estamos aquí siempre.

Mario lo miró con verdadera desgana y se marchó.

Con un nervioso carraspeo, David decidió seguir con la reunión.

—Tras este incómodo episodio, debo informaros de que Clara —me señaló— ha aportado un importantísimo documento.

Sin apenas explicar de qué trataba, fueron pasándose los papeles y abriendo los ojos como platos. Lucas encontró rápidamente su nombre, compartiendo aquello con su hermano gemelo. Elena y don Pedro no se separaron de estos hasta que el hombre mayor vio, por fin, aquello que estaba buscando desesperadamente: el nombre de su hijo. Este había sido víctima del caso, apareciendo una noche de verano con una S en su muñeca en pleno centro de la ciudad, tal y como el hombre explicó.

Elena seguía con la mirada en aquella lista, pero no mostró haber encontrado o no lo que estaba escudriñando. No dejé de observarla hasta que apartó la vista de aquellos nombres.

—Parece un archivo antiguo, por eso no sale el nombre de Esteban —concluyó David.

—¿Crees que nos puede ayudar esto en algo? —preguntó Elena con cierto escepticismo. La miré con cara de pocos amigos.

Realmente, ni yo misma podía saber la utilidad de aquella información, pero me sentía tan orgullosa de haber colaborado en algo sobre este tema que su comentario me hirió sobremanera.

—¡Oh, Elena, mucho! —respondió David haciéndome sonreír triunfalmente—. Todas estas personas viven o han vivido en nuestras comarcas, así que será fácil ponernos en contacto con ellos o con sus familias para ver si pueden aportar algo nuevo y avanzar en todo esto.

—¡Pero si nadie recuerda nada! —exclamó nervioso el anciano don Pedro.

—Bueno, lo crean o no, para mí es una gran pista y algo con lo que poder entretenerme esta semana. Ahora, si no hay nada más que añadir...

—¿Qué familiar fue secuestrado? —interrumpió Elena de golpe, poniéndose de pie para acercarse a mí—. Está claro que tú no has sido, no llevas la marca —dijo cogiendo mis muñecas descaradamente.

—Ella es amiga de Manu, estaba con él cuando yo entré en aquella tienda y me desplomé —explicó David con cautela, sin querer dar más información.

Ante aquella confesión, que dejó a todos los asistentes en silencio, nos levantamos para

marcharnos. Noté entonces los ojos de Elena clavados en mi espalda, haciendo que me girara para encontrármela frente a frente. Su mirada denotaba todavía cierto recelo por mi presencia en la comisión, aun así quiso despedirse de mí.

—Espero que coincidamos la próxima vez también —dijo sin mucha convicción.

Cuando todos salieron por la puerta era hora de comer y David me propuso que me quedara con él y con su mujer, Maxime, que acababa de llegar de hacer la compra. Acepté de buena gana.

—¿Te ha resultado difícil decidir sobre lo del detective privado? —pregunté mientras saboreábamos un buen plato de espaguetis.

—No —respondió David con la boca llena—. Si vas a formar parte de este grupo durante el tiempo que estés aquí, tienes que tener muy claros los objetivos.

La finalidad de aquella comisión era ayudar a los que estaban involucrados con algún caso de los niños de la *S* o de la *A* en sus muñecas. Con Mario no se tenía la seguridad absoluta de que su hijo formara parte de esos niños desaparecidos.

—Todos los que quieran venir podrán recibir consuelo y toda la ayuda de la que es capaz de dar la comisión, pero siempre que esté relacionado con el tema —explicó David mientras Maxime obviaba la conversación debido a su bajo nivel de castellano.

—No puedo negar que he sentido cierta pena por el hombre.

—Yo también —admitió David—. Pero aquí queremos solucionar los problemas que ya tenemos, y ponerles un fin, no buscar otros.

—¿Quieres decir que los casos nuevos de niños desaparecidos con una letra marcada no pueden formar parte de la comisión? —pregunté algo atónita.

—Sí pueden formar parte, ¡por supuesto! Siempre y cuando sean, efectivamente, niños con una *S* o con una especie de *A*. De hecho, estos nuevos casos pueden ayudarnos a aclarar y aportar nueva información a los antiguos. Pero si no es uno de esos niños, ¿para qué queremos meternos en líos? No, lo tengo muy claro, no es algo que ahora nos interese.

—Pero si mañana apareciera Esteban Belmonte agazapado en un rincón de una calle por la noche, entonces sí que formaría parte de los objetivos de la comisión.

—¡Exacto!

—¿Y no te sentirías culpable por no haber hecho algo antes de que apareciera en tal estado?

—Para eso está la policía —contestó David poniendo fin a la conversación. Yo le di la razón sin estar totalmente convencida.

La policía no se había portado bien con los niños de aquella trama, ¿por qué lo iba a hacer ahora? En su día todo quedó en ascuas por su ineficiencia, según me había explicado Gabi la tarde anterior en casa de Manu y Ludo.

Terminamos de comer y nos dirigimos a aquel conocido sofá amarillo del salón para tomar el postre y el café. Allí sentada, contemplé aquel majestuoso piano que ya admiré en la noche de la barbacoa, me pareció como si hubieran pasado meses.

—¿Cuántas personas forman la comisión? —pregunté. Noté que David había pensado que el tema ya estaba más que zanjado y dio un exasperado suspiro para responderme.

—Fijas, solo tus amigos, Manu y Ludo, Elena, don Pedro, los gemelos y yo. Porque somos los que vivimos en Saint-Malo. Luego están aquellas que siguen viviendo en las comarcas del Noroeste, Vega Alta o Altiplano, como Mario. Están tan desesperados que nos buscan, también es cierto que el boca a boca ha hecho mucho.

Asentí con la cabeza, comprendiendo cada vez mejor la finalidad de aquel grupo.

—Por cierto, creo que a Elena no le he caído bien —le dije al saber que era una de las fijas del grupo.

—No, no es eso. Me da que su actitud es porque, al igual que pasa con Manu y Ludo, vosotros no habéis sufrido con este tema y no entiende que estéis aquí metidos.

—¿¡Quién le ha dicho que no sufrí en su día!?! —prorrumpí algo ofendida—. Está claro que de distinta manera que vosotros o que las familias de esos niños, pero también quedé traumatizada en su momento.

—No digo que no, no es a mí a quien tienes que convencer sobre eso —comentó David encogiéndose de hombros—. Perdió a su hermano y creo que no ha llegado a superarlo, así que no se lo tengas muy en cuenta. Además, es muy buena aportando ideas, es como si tuviera un sexto sentido.

—¿Habéis avanzado en algo?

David frunció el ceño y se acarició la barbilla con la mano derecha, como si estuviera buscando las palabras exactas para responder correctamente a una pregunta de examen.

—Clara, esto empezó hace unos tres años, cuando conocí a Ludo y a Manu y se nos ocurrió la idea, ya sabes. Solo hemos avanzado en conocer más casos del año 97 y cerciorarnos de esta manera que, efectivamente, han seguido habiendo secuestros de este tipo pero en menor cantidad. De momento, no te puedo decir: “¡Oh sí, ya sé quién hizo todo esto!”. O... “ya sé por qué nos encerraron y nos tatuaron con una S”. —Paró de hablar para beber agua y algo menos vehemente siguió hablando—. No, Clara, no hemos llegado a ese punto todavía y creo que nos queda mucho para ello, y más sin ayuda policial.

Nos quedamos en silencio mientras miraba, a través de la puerta de cristal, la terraza en la que se celebró aquella fiesta en la que conocí a todos, incluyendo a Gabi. De repente, el sonido del teléfono me sacó de mi ensimismamiento.

—¿Sí? —Le cambió la cara a David, ya algo más relajado después de nuestra intensa conversación—. ¡Manu, qué casualidad! Sí, no te preocupes, se ha quedado a comer conmigo y con Maxime... Sí, me ha dicho que te había llamado... Espera. —Se dirigió hacia mí con el teléfono todavía en la mano—. Es Manu, dice que te ha devuelto la llamada unas cinco veces y no has contestado, estaba preocupado. —Miré el móvil, era cierto, ahí estaban sus cinco llamadas perdidas. David siguió con la conversación sin prestarme apenas atención—. Sí... te explico... es que Clara quería preguntarte por unos papeles que ha encontrado debajo de su cama, una lista con nombres y apellidos. Al no contestarle, ha venido aquí para que le aclarara pero es que yo tampoco sabía nada de esos papeles... *aja*, espera un momento. —Dejó el teléfono sobre la mesita auxiliar donde estaba colocado y fue a buscar las tres hojas sueltas con aquellos nombres. Lo miró apresuradamente y volvió al teléfono con ellas—. Sí, efectivamente, la lista empieza con la R, Ruíz Gómez es el primero de la lista. —Hubo un silencio en el que se oía cómo Manu hablaba—. *Aaah*, claro, ahora tiene sentido. De acuerdo. Dile a Ludo, que lo oigo de fondo y que no se preocupe. De acuerdo, se lo diré. *Au revoir*.

Cuando colgó, miró de nuevo los papeles y seguidamente se dirigió hacia mí.

—Papeles que se soltaron de un documento mayor, es lo que me han explicado tus amigos, que no encontraban los que faltaban, que eran estos —explicó moviendo las hojas en su mano—. Y por eso no querían entregármelo todavía. Que en el otro fajo del documento hay una lista mucho más larga y, piensan como yo, que se puede usar para conocer a más gente que pueda aportar algo nuevo a la investigación. Por cierto, oía a Ludo decir que deberías haberle llamado a él, porque así, tres hojas sueltas, no se dan las cosas... ¡*Bah!* Cosas de lo maniático que es. —Y sonrió para sí como recordando alguna anécdota excéntrica de Ludo.

Cuando me despedí, David se ofreció a acompañarme en coche, pero prefería pasear para que me diera un poco el aire. Aquella llamada no me había tranquilizado lo suficiente, y menos cuando me dijo lo que comentaba Ludo por detrás. Y es que tenía razón, tendría que haber pedido permiso antes de haber hecho lo que hice: dar unos papeles, ajenos a mí, a otras personas. Ya llevaba dos así, la primera con Gabi, en aquella fatídica noche cuando comenté lo de su hermano sin motivo alguno, y ahora, en esta ocasión, que esperaba, esperanzada, que no terminara igual de mal.

Ya estaba atardeciendo cuando David me acompañó a casa, dando un largo paseo y disfrutando del aire fresco de la costa francesa.

—¿Qué piensas de que ahora los niños aparezcan con una *A*? —pregunté para sacar algún tema de conversación mientras caminábamos uno junto al otro.

—Ni idea. Es lo que más me confunde —respondió como si de una derrota se tratara—. Realmente no es una *A*, es como una especie de triángulo pero sin base, no sé si lo entiendes, es algo así. —Y entonces puso sus dedos, índice y corazón mirando hacia abajo, como si hiciera una montaña con ellos. A ese signo le faltaba el palito de en medio para que se convirtiera realmente en la vocal de la que estábamos hablando.

—Podría representar una montaña. Desde allí viniste tú caminando, tal vez indique el lugar.

—No creo que sean tan estúpidos como para poner dónde están los niños. Durante los años siguientes a mi aparición, cuando me vine aquí a vivir con mi madre y mi hermano, estuve indagando sin descanso y entonces solo eran niños con una *S* tatuada los que aparecían. Hace tres años comenzó la aparición de esa especie de *A*. Realmente, no he visto a nadie en persona con ese símbolo, solo han sido los familiares que han visitado la comisión los que hablan de esa marca.

—¿Y ese cambio? De una *S* a una... *A* así, de repente.

—Realmente, no creo que haya sido tan de repente —me advirtió David apuntándome con su dedo índice—. Sí es cierto que, tras mi caso, hubo alguna que otra aparición de niños abandonados en medio de la calle y con el mismo símbolo que yo, la *S*. Pero, tras un largo periodo de tiempo, podría decirse que todo aquello se esfumó, afortunadamente ya no aparecían apenas niños en esas circunstancias. Yo me relajé, me casé, mi madre se puso enferma... eran otras las preocupaciones que tenía, a pesar de seguir involucrado en la comisión. Hasta que un buen día salió en las noticias un niño que aparecía desnutrido, desorientado y con este símbolo del triángulo sin base en la muñeca. Tal vez no era el primero, tal vez había habido muchos más, pero al no salir en los medios nunca antes fuimos conscientes de ello. Por eso digo que no creo que haya sido de repente, sino muy poco a poco, hasta que uno de esos niños con esa marca fue encontrado.

Fue un paseo muy ameno que me sirvió para conocer un poco más a David. Este aproveché para indicarme dónde vivían alguno de los miembros de la comisión como los gemelos o Elena, me di cuenta de que todos se encontraban muy cerca de la casa de Ludo y Manu. Cuando por fin llegué a mi destino, me despedí con un hasta pronto. Sabía que iría a visitarlo en breve, estaba totalmente involucrada en esta nueva aventura.

Ya en casa, rememoré la conversación y clasifiqué muy cuidadosamente en mi cabecita toda la información que David me había dado. Era mucha, la suficiente para comprender mejor todo aquel asunto, sin embargo, había algo que me rechinaba, algo que no podía o no quería ver.

Estaba tan agotada que me era imposible pensar con claridad. Pillé el sofá con ganas y enchufé la televisión, pero, al rato de estar viéndola, me di cuenta de que o me concentraba en entender lo que estaban contando en francés o mejor sería apagarla. Fui haciendo zapping, confiada en que encontraría algo insustancial para evitar así darle al coco a esas horas. Cuando llegué al canal veinticuatro horas de televisión española, solo daban noticias, pero tampoco venía mal ponerse al día después de tantos días de desconexión. Sin quererlo, me quedé adormecida durante una hora y,

cuando abrí los ojos, vi la imagen de un hombre de cara redonda, canoso y que hablaba en un extraño español. Ya más espabilada de mi espontánea siesta, leí la cartela de abajo en la que ponía el nombre del que hablaba: Eric Schmid, escritor. Las noticias habían sido sustituidas por una entrevista sobre este autor suizo en la que presentaba su último libro en España. Sin tener interés alguno en lo que hablaba, me levanté hambrienta lamentando no haber hecho ese día la compra puesto que había poca comida con la que poder preparar algo decente.

—Entonces todo lo que cuenta en su nuevo libro “Los dioses de los símbolos” es real, ¿verdad?

Oía de fondo la voz clara del presentador y mediador de la entrevista mientras preparaba una triste ensalada.

—Sí, en mi libro hablo de todos esos casos de la Edad Antigua que desconocemos. De hecho, el caso de esta niña es verídico. Hay datos que demuestran que fue realmente abducida. El fognazo de luz, ese transporte volador que no supo identificar y que además voló sobre su cabeza lo testifica.

Explicaba aquel escritor con un claro deje alemán mientras me peleaba con una zanahoria que intentaba pelar en la cocina.

—Y cuénteme, ¿qué les ocurría a esos niños que eran abducidos? ¿Cómo lo explica en su libro?

—Pues no es muy diferente a lo que nos podría ocurrir hoy en día. Durante un importante lapso de tiempo, pierden la consciencia, sin poder recordar luego nada de lo transcurrido en la nave o momentos antes de entrar a ella.

Ya solo faltaba echarle la sal y el aceite a mi cena.

—Además de perder la consciencia y no recordar nada, también es muy común encontrar algún objeto extraño en el interior del cuerpo humano sin saber cómo ha llegado hasta allí, fobias espontáneas, reiteradas pesadillas y sensación de hormigueo continuo que ningún fármaco puede curar, además de cicatrices y marcas.

—¿Qué tipo de marcas?

El periodista había levantado de repente su tono de voz al lanzar la pregunta, haciendo que mi cabeza girase hacia la televisión con cierta indulgencia por aquellos que creían fielmente en esos temas, incluyendo al propio Schmid.

—Son muy comunes encontrar los símbolos en la muñeca, una letra de alfabeto, por ejemplo...

Dejé lo que estaba haciendo para acercarme lentamente hacia el marco de la puerta del salón. Allí me quedé plantada todavía con cierta reticencia ante las historias de ovnis, pero con los oídos bien abiertos tras el último comentario de aquel escritor.

—Cada época tiene su símbolo. Durante la Edad de los griegos y romanos, que es la que cuenta mi novela, se usaba el símbolo de dos pequeños círculos, como si formaran un ocho aunque también se puede considerar una B. En la Edad Media, que será la segunda parte de esta trilogía, era una M, por ejemplo.

Me fui acercando a la televisión y puse el volumen al máximo para escuchar y entender mejor aquella entrevista que en un principio no había sido de mi interés.

—¿Tienen algún significado?

—Para ello habrá que leer mis novelas.

Dando por finalizada la entrevista, el presentador se despidió de los telespectadores y rápidamente apagué la televisión. Con mi ensalada todavía en la cocina y rugiéndome el estómago del hambre, fui directa a la habitación de Manu y Ludo. Ahí encontraría el portátil de alguno de los dos.

Tuve suerte en encontrar el ordenador de Manu, pero un poco menos en averiguar su contraseña. Tras varios intentos, me atreví con el último, usando la fecha de su aniversario con Ludo. ¡Bingo! ¡Cuán predecible era mi amigo!

Me fui directamente al icono de Internet y escribí en el buscador: “Niños abducidos con marcas en la muñeca”.

Lo primero que apareció en mi búsqueda fue el libro de aquel individuo, Eric Schmid. Me planteé comprarlo, no sin antes investigar un poco más sobre el tema. Empecé a leer noticias de desapariciones de niños por extraterrestres, pero muy pocas hablaban de alguna marca en la muñeca. Tuve que bajar un poco más en la página para encontrar el titular que me interesaba y cliqué. Se trataba de una noticia de 1978.

### *SIMON LI ES RECIBIDO EN CASA CON UNA MARCA DE OTRO PLANETA*

*Muchos recordamos la historia de aquel niño de diez años, Rufus Jackson, de Kansas, cuando en 1962 afirmó haber sido capturado por extraterrestres durante una tarde de otoño. Poco más supimos después de su encuentro con los alienígenas, que el propio Rufus describió como seres más altos y grandes que los humanos pero con los mismos rasgos. Lo único que confirmaba tal episodio era la marca que el niño presentaba en su muñeca derecha tras esa tarde en la que estuvo desaparecido. Se trataba de una M mayúscula de la cual Rufus presumía como si fuera un simple tatuaje. Tatuadores de la época afirmaron que el material utilizado para hacer tal marca era inédito por lo que se aceptó, aunque con cierto escepticismo, la versión del pequeño Rufus.*

*Nunca más se volvió hablar del tema hasta el pasado martes cuando Simon Li, ciudadano de Londres y de padre coreano, apareció, tras varios días sin saber de él, con un nuevo símbolo en su muñeca: Λ. Sorprendentemente, tal símbolo fue usado por los propios habitantes de la Edad Antigua como manera de señalar a aquellos que contaban haber sufrido entonces tales episodios de abducción, sin ser comprendidos por los ciudadanos de la época y considerándolos como graves desequilibrados. De nuevo, especialistas de tatuajes corroboraron que la tinta usada no era la común, ni se encontraba en ningún otro sitio de nuestro planeta. Tras ello, Simon fue llevado a comisaría la misma tarde de su llegada para tomar declaración, de tal manera que pudiera ayudar a esclarecer el caso.*

Tras la noticia de Simon Li, me sugerían diferente enlaces con noticias parecidas. Cogí apuntes de todas ellas con la intención de comentarlas en la siguiente reunión de la comisión. De madrugada tuve que parar sin ser consciente de que ni siquiera había cenado. Apenas pegué ojo esa noche, la emoción era tal que a las seis de la mañana ya estaba desayunando. Mirando hacia la calle desde la ventana de la cocina, no dejaba de pensar y ser consciente de que por fin había descubierto el misterio de aquellos niños perdidos, marcados con una S o con el símbolo Λ.





*Se toca la cara incrédulo, no es consciente de que esté vivo, de que ha sobrevivido a aquella pesadilla: oscuridad, hambre, miedo, lloros e incertidumbre.*

*Se levanta y se despoja de lo que piensa que le tiene amarrado en el suelo, pero en sus muñecas ya no hay nada: ni esposas ni cuerdas que lo aten a cualquier rincón de aquel zulo, nada. Se las mira valorando su suerte, pero observa que justo ahí tiene una marca, una muy clara. No distingue qué letra de su abecedario es, parece una A, pero no lo es. Se la toca como si eso le ayudara a entenderla mejor.*

*Empieza a caminar con dificultad sin saber realmente a dónde dirigirse. Recuerda que estuvo toda la noche corriendo sin mirar atrás, sin parar ni un segundo a descansar hasta que no pudo más y se desmayó agotado. Se va cubriendo la cara del sol con su mano derecha, pero deja de hacerlo, no le gusta verse aquella marca; no, sabiendo cómo se la hicieron y lo que sufrió tras ello.*

*Más de dos meses allí encerrado sin saber qué le pasaría. De repente se acuerda de su padre, seguro que debe estar preocupadísimo por él, siempre ha sido demasiado protector. Le urgen las ganas de verlo y comienza a correr de nuevo sin saber hacia dónde le llevarán sus pasos exactamente...*

—Buenos días, David—. A pesar de las pocas horas de sueño me sentía jovial e incansable—. Deberíamos reunirnos hoy, tengo algo muy importante que comentaros... Sí, llámalos a todos. — Mi interlocutor intentaba sonsacarme más información, pero quería presumir de mis logros descubiertos durante la noche pasada en persona, y más delante de Elena—. De acuerdo, a las tres nos vemos en tu casa.

Pasaban ya unos siete minutos de las tres de la tarde cuando la comisión se reunió con solo cuatro miembros en esa ocasión. Además del cabecilla, estaba don Pedro a mi lado y Elena presidiendo la mesa. Yo llevaba un pequeño fajo de folios con los diferentes artículos que había impreso en una librería, puesto que no sabía cómo conectar el portátil de Manu a la impresora de casa. Antes de exponer mis averiguaciones, sonó el timbre de la puerta, aguardamos unos segundos a la espera de que fueran Lucas o Martín.

—¡Qué sorpresa, Mario! —exclamó David realmente boquiabierto al ver aparecer, más demacrado todavía, a aquel hombre que ansiaba encontrar a su hijo.

—Disculpad, no sabía que hoy os reuníais, si no hubiera venido a otra hora. De todas formas, me viene bien porque quería disculparme por mi actitud de ayer...

—No tienes por qué disculparte, Mario —le interrumpió Elena—. Creo que todos los aquí presentes podemos entender tu angustia y el límite al que debes llegar para saber dónde se encuentra tu hijo o qué le han hecho. Es totalmente comprensible.

Todos bajamos la cabeza estando de acuerdo con Elena y mostrando nuestra empatía ante la desgracia de aquel hombre.

—Mario, quédate, aquí siempre serás bien recibido. Clara quiere explicarnos algo que parece bastante importante.

Los miré a todos sin detenerme en Elena, no quería que me aguara la fiesta desde el primer

momento. Nerviosa, respiré hondo y presenté los documentos.

Los fui pasando uno a uno mientras explicaba cada caso. Expuse varios artículos de niños que habían sido abducidos y que habían compartido síntomas muy similares a los raptados en la actualidad. Me detuve principalmente en Rufus Jackson y Simon Li, puesto que eran los únicos que habían presentado una marca en sus muñecas. Saqué varios datos de Simon, ya que de Rufus, al ser de hacía más años, fue más difícil obtenerlos. La marca de este niño londinense en su muñeca coincidía con la que tenían los niños que ahora eran hallados, el símbolo  $\Lambda$ .

Incidí en más casos de abducciones de extraterrestres, intentando dar veracidad a toda mi teoría: los niños que desaparecían eran capturados por estos seres de otro planeta.

—En definitiva... —Mis compañeros seguían mirando los folios sin levantar la cabeza, todos me escuchaban sin interrupciones, me sentía una diva del misterio, la Agatha Christie del siglo XXI—. Ya sabemos por qué los niños de los que tratamos en esta comisión desaparecen, lo único que necesitamos saber es para qué los raptan y por qué hay niños que nunca vuelven.

—Y no solo eso, también nos debemos preguntar con qué finalidad los tatúan, ¿no? —me interrumpió don Pedro echando su cuerpo hacia delante, algo intranquilo y mirando al resto de los que allí estábamos.

Hubo algo en el tono de su voz que no me gustó.

David había doblado los folios y me miraba, al igual que Mario. Elena seguía mirando aquellas hojas. No podía verle la cara, pero su cuerpo mostraba cierto hastío. Cuando levantó la cabeza, me miró de arriba a abajo y noté una innegable sonrisa irónica.

—¿En serio, Clara? —Ese fue su comentario. Se levantó y nos miró a todos—. El caso de Simon Li es mundialmente conocido por ser una de las mayores estafas del siglo. Su padre, un coreano que vivía en su día en la calle, necesitaba publicidad y ganar dinero a toda costa. Puso a su hijo en el candelero y en dos semanas ganó más que todos los aquí presentes en un mes.

No era cierto. Había estado mirando muchísimos artículos sobre el tema. Estaba segura de que Elena quería dejarme por los suelos, quería vengarse de mi descubrimiento porque ella no había averiguado nada en años. No, lo que decía no era cierto.

—Sí, Clara. Es bastante conocido el tema —se apresuró a aclarar David ante mi cara de incredulidad—. Creo que te has metido en las páginas que no debías, o en las que querías realmente entrar para creerte un poco más el caso.

—No hay más ciego que el que no quiere ver —aportó don Pedro.

—Pero yo... —intenté explicarme ante mi desconcierto—. Yo leí muchísimos artículos sobre estos niños, lo contaban como algo real y...

—Tal vez leyeras lo primeros que escribieron justo cuando el niño, supuestamente, apareció —expuso Elena algo más contenida—. Pero no la segunda parte de todos ellos.

—¿Y qué me decís de Rufus Jackson? ¿Ese también fue un timo?

—El caso de ese chico es distinto, sí que fue en parte real, ¿verdad? —preguntó Elena para corroborar tal afirmación.

—Sí —esa vez fue Mario quien habló por primera vez después de mi exposición nefasta—. Ese niño desapareció y luego fue encontrado con una *M*, sí, pero no abducido como pone aquí —dijo señalando uno de los papeles.

—Puede que fuera el primer caso de los niños perdidos con una marca en la muñeca —analizó David—. ¿Quién sabe? Antes no había tanta información como ahora, es posible que hubiera muchos más como él.

—La tinta de su *M* era tinta corriente —interrumpió Elena—. No como explica aquí, que era una tinta de otro planeta. —Co-menzó a reírse a carcajada limpia—. ¡Vaya periodistas más

sensacionalistas! ¡Y nos quejamos de los de hoy!

Mi cara debía ser un poema porque en seguida cambió su tono y paró de reír. David se acercó a mí amablemente.

—No te frustres —intentó animarme—, todos hemos tenido nuestros más y nuestros menos durante estos años. Piensa que ayer hiciste una gran aportación...

—¡Cierto! —exclamó Elena más apaciguadora—. De hecho, he conseguido comunicarme con una de las personas que leí en la lista que trajiste y...

Maxime había entrado de repente a la habitación interrumpiéndonos e invitándonos a ir de inmediato a la cocina. Aún desanimada y con paso lento, fui hasta allí, lo último que quería era tomarme algún postre francés en ese momento. Sin embargo, la esposa de David no nos llevó allí para comer alguna de sus succulentas recetas. Nos señaló la televisión nerviosa. Era la hora de las noticias y, aunque mi francés había mejorado, no me podía enterar completamente de lo que decían. Con todo, aún mantenía buena vista y eso es lo que hice: mirar. Tras imágenes seguidas de monte con arboleda y un distintivo de la policía que acordonaba un área, apareció un agente que hablaba, para mi sorpresa, en un perfecto español aunque se oía más alta la traducción francesa:

*Es muy pronto para sacar conclusiones. El chico lleva efectivamente en su muñeca una marca, como de una A, y parece ser que lo recuerda todo. No tiene ningún episodio de amnesia como en otras ocasiones, tal y como nos ha dicho el propio niño. De todas formas, todo eso ya quedará en manos de su abogado, del juez...*

—¡Pero qué narices...! —Fue don Pedro quien se llevó de inmediato un chisteo de David.

Ahora la noticia la explicaban en francés y yo solo podía deleitarme con las imágenes. Aparecía en ellas un niño a lo lejos, bajito y moreno, que iba cubierto por una manta con el distintivo de la policía. Fue en un instante, cuando al niño lo intentaron enfocar más de cerca, cuando este miró a la cámara directamente y dejó ver su rostro. El grito que oí a mi lado no lo había oído nunca antes. Mario se cogía de la mesa para no desmayarse y en su rostro empezaba asomarse alguna lágrima de emoción. Volví a mirar a la televisión, en un intento por comprender todo mejor y entonces caí...

—¡Es mi Esteban! Mi Esteban ha aparecido... ¡vivo!



Me recuerdo en ese momento, en esa enorme y moderna cocina, mirándolos a todos. A David, el primero, lo vi excitado y sin dejar de mirar la pantalla. Rodeaba con sus brazos la cintura de su esposa mientras esta, con una leve sonrisa, lo miraba orgullosa de que todos la hubiéramos seguido para oír esa estupenda noticia. Elena, con las dos manos en sus mejillas, con gesto serio, concentrada y sin ánimo de decir nada, estaba sentada en uno de los taburetes de la barra de la cocina. Don Pedro miraba incrédulo al televisor con el ceño fruncido, como si no entendiera o no creyera al cien por cien la noticia. Y Mario, solo podía enjugarse las lágrimas emocionado. Su hijo había aparecido y, tal como él sospechaba, había sido parte de la trama de los niños perdidos con una letra en su muñeca.

Ante tal espectáculo, yo solo podía pensar en lo que había dicho aquel policía: “Parece ser que lo recuerda todo”.

¿Se convertiría Esteban en el nuevo David? Era de vital importancia dar con él, y nos iba a resultar una tarea fácil teniendo a Mario tan cerca de nosotros y de la comisión. Además, la policía parecía querer involucrarse esta vez y más si se estaba convirtiendo en una noticia internacional. Era el momento de la verdad.

Aún defraudada con mi teoría de los extraterrestres, me animé al saber de los nuevos datos. Mario debía salir hacia España.

—Mario, haz las maletas y lárgate ya —dijo Elena como si me hubiera leído la mente.

Él, que estaba en ese momento sin despegar la mirada de la televisión, se volvió con lágrimas de alegría, pero cuando se echó las manos a la cara intuí que ocurría algo más.

—No puedo volver, apenas me queda dinero para pagarme el billete de vuelta.

Se hizo un silencio inusual en ese grupo y, como si de un amigo de toda la vida se tratara, me puse a su lado cogiéndole del hombro amablemente para intentar consolarlo.

—¿No te queda nada de lo que trajiste? —preguntó David algo sorprendido.

Sí era cierto que Mario había mostrado ser una persona humilde y de pocos recursos desde el principio, pero no había imaginado su tan, ahora claro, bajo nivel adquisitivo. Entonces se me ocurrió algo.

—La comisión puede ayudarte —dije de pronto.

Todos los que estaban a mi alrededor se giraron sin decir nada y sin saber muy bien cómo actuar ante aquella situación.

—Estoy segura de que entre todos, podemos juntar el dinero suficiente para que esta misma noche ya estés volando para estar al lado de tu hijo.

—¡Apoyo la moción! —exclamó don Pedro—. Creo que para eso está la comisión. ¿No crees, David?

Reparé en que David no lo veía tan claro como el resto. Acariciándose la barbilla, sopesaba los pros y los contras de esa ayuda, y parecía no estar muy por la labor.

—¿Qué hay más importante que Esteban esté con su padre? —insistí—. Por mi parte, Mario, mira el precio del billete del vuelo más próximo para poder ayudarte y colaborar en esta misión.

Todos asintieron, incluso Elena. David todavía se lo estaba planteando seriamente. No decía nada, pero nos miraba a todos, de la misma manera que nosotros lo mirábamos a él esperando su visto bueno. Supuse que si él no colaboraba podría considerarse una pequeña traición por nuestra parte, nadie quería quedar a malas con el que había sido el promotor de aquella comisión que

tanto había ayudado a los que más lo habían necesitado.

—De acuerdo —dijo al fin—. Admito que me equivoqué, y al final tenías razón, Mario, tu hijo parece ser otro de los niños con una marca en su muñeca. Otra víctima de todo esto. Aunque me cueste admitir mis errores, he de decir que te debo una y que creo que es nuestra obligación ayudarte —decía David con un deje de derrota en su voz que debía asumir—. Sé que pillándolo tan precipitadamente y siendo estas fechas puede rondar los cien euros. Sale de madrugada hasta el aeropuerto del Altet. Entre todos te lo pagaremos, además del taxi para llegar a casa y algo para poder subsistir durante esta semana agónica que te espera. ¿Estáis de acuerdo? —dijo mirándonos uno a uno.

Todos fuimos poniendo una buena cantidad de dinero para el pobre Mario, el cual nos lo agradeció con lágrimas en los ojos. Cuando consiguió reunir todo el billete, el noble hombre nos besó las manos como si de nuestro siervo se tratara. Al llegar a mí, me dio un largo abrazo y se marchó directo al aeropuerto, dejándonos a todos impactados con el caso de su hijo y volviendo de nuevo la vista hacia la televisión.

A medida que pasaban las horas iban dando más información de dónde había sido encontrado el niño, sus primeras palabras al ser recogido por la policía y qué era lo que estaba haciendo en esos momentos. Afortunadamente, Esteban contaba con sus abuelos en ese momento. Se fueron mostrando más imágenes de estos y de cómo entraban a la comisaría acompañados de policías, con las luces de los flashes de los medios que estaban ya allí postrados.

Habiendo sido aportada por los familiares una foto de Esteban, esta aparecía continuamente mientras la periodista iba repitiendo o analizando los datos ya dados una y otra vez.

Tras un largo tiempo empapándonos de aquello, decidí marcharme. Ya no aportaban nada nuevo y, tristemente, el tema de mi exposición de abducciones todavía rondaba en mi cabeza. Era el momento de huir de allí sin sentir más vergüenza por mí misma. Me dirigía al *hall* cuando Elena me alcanzó.

—No te vayas todavía, creo que deberíamos sentarnos todos un momento —dijo invitándonos a seguirla hacia la habitación— y analizar esta buena nueva.

De nuevo y en silencio nos encontrábamos sentados en aquella sala. Intentaba recoger con la mayor rapidez que pude aquellos folios y algo de mi dignidad, esa que había entregado una hora antes entusiasmada.

—Habrà que ir a España a preguntar y saber de este niño. —Don Pedro sin duda era directo, nunca se andaba con rodeos a la hora de decir lo que todos pensábamos en cada momento.

—Iremos —dijo David dándole la razón al anciano—. Pero por ahora es responsabilidad de la policía. Nosotros solo podemos aportar algo nuevo que no sepan, si es que encontramos ese algo. Por lo demás... no debemos meternos en esto.

—Perdona mi sinceridad, David, pero ese niño, el escenario, todo me recuerda a ti en su momento. Parece que el niño recuerda perfectamente dónde ha estado —disertó Elena con tranquilidad, apoyando ambos brazos sobre la mesa y exponiendo el caso con continuos movimientos de manos—. En su día, la policía perdió muchos días en llegar al sitio que tú señalaste. Si esta vez tardan en encontrarlo, puede ocurrir lo mismo; habrán dado a estos malhechores el suficiente tiempo para huir y no dejar ni rastro.

—¿Qué propones? —preguntó David muy serio.

—Que alguien debe ir ya hacia allí para formar parte de esa investigación.

—¡Pero aquí ninguno somos policía para meternos en su trabajo! —Ilustré lo estúpida que

sonaba aquella idea.

—Sí, pero Lucas y Martín han vivido en esa comarca. Si no han visto la noticia deberíamos avisarles y animarles a ir allí, seguro que conocen a alguien que les pueda echar un cable y más si muestran el tatuaje de Lucas —respondió Elena de carrerilla a mi duda.

—Yo me encargo —propuso David—. Hoy no podían venir, pero veo tangible esa operación. Deberían ir hoy mismo, no podemos dar tiempo a los raptos para que huyan.

—Yo creo que la policía ya tendrá en cuenta tu caso, David —dijo sin miramientos don Pedro—. Opino que no debemos ir nosotros a meterles prisa y hacerles ver de su error de la vez anterior. No creo que podamos hacer nada más que esperar a ver qué dicen del niño a lo largo de estos días. Confío en que ellos lo resuelvan todo.

—¡Cierto! —dije señalando al anciano y dándole la razón—. Ya que nos quejamos de que no han ayudado nada en estos años con este asunto, démosles trabajo y dejémosles que lo lleven a cabo como Dios manda. ¿Quién mejor que ellos para saber cuál es el siguiente paso para averiguar y finiquitar todo esto de una vez?

Se hizo un silencio incómodo. Todos sabían que tenía razón, pero veía en Elena y David una preocupación que no llegaba a entender. Tal vez, pensé, debido a los casos predecesores, no confiaban plenamente en la colaboración de la policía en aquella comarca.

—Veo que no tenéis mucha confianza en los de allí —expuse mis pensamientos en voz alta.

—Yo ninguna —reconoció David.

—Yo... tampoco —expuso Elena con la boca pequeña.

Me daba la sensación de que ellos compartían una información que el resto desconocíamos, pero no quise ahondar más en el tema y dimos por finalizada la reunión de ese día.

Nadie me acompañó a casa, cosa que en parte agradecí. Me conocía ya a la perfección el camino de vuelta desde la casa de David. Sabía con exactitud en qué casa me ladraría un perro al pasar a su lado, qué tipo de plantas me encontraría en los jardines de aquellas grandes mansiones y cuál era, entre todas las que veía, mi flor favorita. Conocía también dónde se hallaba, en mi ruta, la casa de mis sueños, por la que gastaría mi fortuna si algún día me tocara la lotería. Todas las casas del vecindario eran de una o dos plantas. No existen los ascensores en esta parte del mundo, pensé riéndome de mi estupidez. Mi preferida era aquella del tejado a dos aguas grisáceo y de dos plantas, siendo la de arriba una simple buhardilla. Ahí estaría mi habitación. Desde la verja del minúsculo jardín, se veían los grandes ventanales de la planta de abajo en donde se visualizaba un gran salón con una barra americana. Me quedaba siempre unos minutos observándola e imaginando mi vida en aquel rincón de Francia. “Para ello tendré que aprender francés”, me dije muy seriamente al tiempo que llegaba a casa.

Conseguí, por fin, cumplir mi anhelado sueño de leer un buen libro con una estupenda taza de café. No salí de casa durante el resto de la tarde, y lo mismo parecía que iba a ocurrir durante el siguiente día cuando recibí una llamada de David exhortándome a ir a su casa a merendar junto con el resto de la comisión. Parecía que había algo nuevo que teníamos que conocer.



Como siempre, fui la primera en llegar. Maxime me recibió con un beso y un buen trozo de tarta de queso encima de la mesa de la cocina. David había salido para hacer una compra de última hora, así que allí le esperé sola e intentando mantener una conversación coherente con su esposa. Me extrañaba muchísimo que Maxime no entendiera ni tampoco hablara nada de castellano. Conocería a David tantos años que podría haber hecho el esfuerzo de haberlo aprendido, opinaba. Sí es cierto que, cuando no te es necesario comprender un idioma, no te sientes motivado a estudiarlo. Tal vez era esto lo que pensaría Maxime.

Intenté preguntar por Gabi. Al no habernos intercambiado los números de teléfono, no sabíamos nada el uno del otro. Por mi parte, también pensaba que regresaría de Lyon mucho antes, por lo que no vi necesario pedirle el móvil en su día. Apenas entendía nada de lo que me explicaba Maxime sobre su cuñado, parecía que había tenido algún problema con el profesor de aquella asignatura que había suspendido y no dejaba de repetir *Août* una y otra vez. En ese momento entró David interrumpiéndonos y me quedé algo sorprendida, al ver que no traía nada de compra en las manos.

—Hola, Clara —me saludó a la vez que besaba a su mujer—. Como siempre, la primera en llegar. Por lo que veo, hablabais de Gabi, ¿no?

Miró a su esposa y empezaron a hablar tan rápido que ni intenté entender alguna palabra.

—Gabi ha tenido varios problemas con alguna asignatura, y la pena es que ha de solucionarlo todo antes de agosto. —De ahí que Maxime repitiera esa palabra contadas veces—. En ese mes cierran la universidad y en septiembre ya solo se piensa en el principio de curso, no miran al curso pasado ni los problemas que este haya causado.

Miré como al infinito, pensativa e intentando ponerme en la situación de mi amigo. Le estaban poniendo varias trabas en su sueño, pero, con seguridad, lo conseguiría más tarde o más temprano. Mientras pensaba en aquello, notaba cómo David me miraba desde la otra punta de la cocina donde abrió el frigo para coger algo de beber.

—Te gustaría que estuviera aquí ya, ¿verdad? —dijo interrumpiendo mis pensamientos y con una sonrisa bobalicona en el rostro.

—¡Claro! —respondí tras unos segundos pensando en cómo seguir la conversación sin sentir reparo alguno—. Pero no quiero que pienses lo que no es.

—Yo no estoy pensando en nada, Clara. Ni siquiera he sacado ese tema, has sido tú solita.

—Simplemente, lo echo de menos, me gusta su compañía. Y ahora sin Manu y sin Ludo, me siento algo sola; es solo eso.

—Está bien. Para zanjar el tema, solo diré que sospecho que él sentía algo por ti...

El corazón se me aceleró sin remedio y no pude controlar una sensación que me fue imposible identificar, decidí rápidamente apartarla de mi mente puesto que no estaba dispuesta a sentir nada especial por nadie en aquel momento. Me obligué a mí misma a huir hacia la habitación de la comisión sin mediar palabra, como si así pudiera huir de ciertos sentimientos que empezaban a aflorar en mí sin remedio.

Al rato empecé a escuchar conversaciones en el recibidor, me asomé para ver de quién se trataba y me topé de lleno con Elena. Le seguía además Lucas, Martín, don Pedro y, para mi sorpresa, una nueva cara. La nueva componente, observé, no tenía las muñecas al descubierto por lo que no pude fijarme si tenía o no algún símbolo marcado en ellas. Indiscutiblemente, era familia

de Elena por su gran parecido a ella. Su cabello también era cobrizo pero más corto y rizado, ambas compartían los mismos gestos y forma de hablar y, aunque aparentaba ser algo más joven, ya se divisaba cierta madurez alrededor de sus ojos. No dejaba de tocarse el pelo nerviosa y apenas miraba a nadie que no fuera Elena.

—Bueno, os presento a Carmen, es mi prima —dijo al fin la pelirroja. Ese día llevaba una coleta alta que la hacía rejuvenecer de golpe—. Estuvo hasta los quince años viviendo en la comarca del Noroeste y luego se marchó al Sur a vivir con su padre, al cual destinaron allí.

—Hola, Carmen, nos complace tu visita —dijo David como buen anfitrión que era—. Supongo que algo importante nos querrás contar al estar aquí, así que adelante, somos todo oídos.

—Mi prima es Carmen Yuste Vivar —empezó de nuevo a explicar Elena. Carmen no había pronunciado ni una palabra todavía—. Estaba en la lista que Clara nos entregó hace dos días, justo esa misma tarde la llamé para que nos visitara, y aquí la tenemos.

Elena señaló a su prima dándole pie para que hablara.

—Primero, hola a todos —dijo tímidamente. Tenía una voz infantil, pero resultaba ser muy dulce y agradable. Su mirada iba de uno a otro de nosotros, sin centrarse en nadie en particular—. Efectivamente, mi prima me llamó antes de ayer para preguntarme algo que yo suponía que ella ya sabía. A Elena nunca le contaron que estuve desaparecida durante un mes, tampoco supo cómo fui encontrada o dónde, y, por supuesto, desconoce lo que hemos sufrido mi familia y yo. Tuvimos que mudarnos de ciudad puesto que para mí fue tarea ardua volver a la realidad sin mostrar algún trauma. En definitiva, intentamos empezar de nuevo en otro sitio y ocultar a los familiares lo que realmente pasó.

—Pero, *hija*, ¿a qué se debe ese miedo a que lo sepa tu familia? —intervino don Pedro, como siempre, con su don de palabra y haciendo la pregunta que a todos se nos pasaba por la cabeza en aquel momento.

—Mi padre era oficial de policía por aquel entonces en nuestra localidad. —Agachó la cabeza con algo de apocamiento—. Lo que menos espera un oficial es que, a pesar de todo el cuidado y prevención, su propia hija fuera víctima del caso más mediático por aquel entonces. Además, la nefasta resolución de los policías durante esa época hizo que sintiera más vergüenza y resentimiento por el cuerpo y se marchara sin dar explicaciones. Tampoco consentía que le preguntaran, así que todo quedó al final en el olvido —terminó explicando con una larga exhalación—. Hasta mi propia prima desconocía el tema. Cuando leyó mi nombre, tuvo que llamarme para asegurarse de que era yo.

—¿Fue antes o después de lo mío? —quiso saber David.

La chica tragó saliva, la naturalidad de la pregunta había dejado algo confusa a una Carmen, sin duda, traumatizada por lo que sufrió entonces.

—Solo un par de meses después —contestó en un susurro.

—Cuando llamé a Carmen, pensé que sería una buena idea invitarla para que viniera aquí y que compartiera con nosotros su historia con el fin de hacerle sentir mejor —explicó Elena mientras entrelazaba sus manos entre sí.

—Sí, aunque solo sea por un día —le interrumpió Carmen con una sonrisa temerosa—. Desde los quince años estoy en una continua depresión, no saber qué me hicieron... es aterrador.

—Está claro que, como todos, no recuerdas nada, ¿verdad? —preguntó sutilmente Lucas.

—No, no os puedo ayudar dándoos algún dato importante. Solo quiero apoyaros en esta bonita causa—. Se quedó callada un instante como para coger aliento—. Lo que sí recuerdo es que no recuerdo nada. —Sonrió abiertamente por primera vez y se le iluminó el rostro. Era una joven bonita, pero surcada por problemas psicológicos no superados—. Recuerdo solo despertarme en

una calle del centro, rodeada de basura y muy delgada. Nada más.

—Y el modo en que te raptaron, ¿recuerdas algo? —pregunté interesada.

—Iba a la calle a jugar con unos amigos. Al salir de casa recibí un golpe y ya... no más.

La noté revolverse en su propio asiento con cara de angustia al recordar ese suceso que le había marcado de por vida. Le costaba fijar la mirada en quien le preguntaba, mostraba ser una persona de lo más retraída.

Rondaban muchas preguntas en mi cabeza, pero la veía un ser tan débil que me daba miedo lanzárselas por si se rompía en pequeños trozos, entonces fue don Pedro quien se lanzó a la piscina:

—Y dínos, *hija*, ¿has podido hacer una vida normal? ¿Tienes amigos, hobbies, pareja...?

—Sí y no —contestó tras una sonrisa nerviosa—. Tengo amigos, sí, ¡claro! Pero nunca he sabido lo que es una resaca, reírse con una amiga de fiesta o ligar con un chico. Me da tremendo pavor salir a la calle.

Sus respuestas nos dejaron conmocionados. Después de un par de preguntas más sobre su estado de ánimo, Carmen se despidió comentándonos que pasaría unos días en casa de su prima.

—Es la primera vez que viajo sola. Mi padre me animó a ello, aunque mi madre viene en unos días para hacer la vuelta juntas —nos explicó con su pequeña sonrisa.

Cuando se fue, nos quedamos un poco más los de la comisión, intercambiando opiniones. David salió un momento para traer consigo las hojas que yo le había traído hacía dos días con la lista de nombres. Las distribuyó por toda la mesa y vimos que empezaba a buscar algo.

—El nombre de mi prima es el penúltimo, si es lo que estás intentando encontrar —se adelantó Elena.

Con cierta celeridad llegó al nombre y mostró una sonrisa de satisfacción.

—¡Ajá! Soltó en un grito mientras todos, expectantes, esperábamos alguna explicación.

—Está tachado —afirmó como si de un gran triunfo se tratara.

—Lo sé —soltó Elena un tanto altiva.

—Entonces podemos corroborar con seguridad que los niños tachados son los que aparecieron, y los subrayados los eternamente desaparecidos. ¿No creéis? —Alzó la vista David para lanzarnos su pregunta.

—Sí, tal y como tú dijiste —dije sin titubear.

—¿Y eso sirve para algo? —preguntó don Pedro sin esconder su desencanto y enfurruñado—. Además ¡eso ya lo supusimos el otro día!

—No está de más tener pruebas claras para cerciorarse de nuestras suposiciones previas, don Pedro —habló David.

—Siento que no haya sido de mucha más ayuda —intentó excusarse Elena, mirando principalmente al viejo cascarrabias. Era la primera vez que la veía mostrarse tan condescendiente.

—Al menos se ha desahogado —expuso Martín—. Lucas también necesitó un tiempo para salir a la calle. —Los dos hermanos se miraron cómplices recordando la época con resentimiento.

—Como se va a quedar unos cuantos días en casa, intentaré sacarle información. Tal vez, si le aprieto, pueda recordar algo...

—No es necesario, Elena —le avisó David, poniéndole una mano tranquilizadora en el hombro—. Creo que con su visita ya has hecho suficiente.

—¿Os dais cuenta de que ningún niño de los que aparecieron estuvo más de dos meses? —dije de repente—. ¿Cuánto tiempo estuviste tú, Lucas?

—Un mes —respondió.

—Yo casi dos semanas —indicó David.

—Mi hijo unas tres semanas —empezó a contar don Pedro—. ¡Es que para aguantar a ese...! Nos reímos por lo bajo, a la espera de una nueva conclusión.

—Clara... —me citó David—. Eso es algo de lo que ya nos dimos cuenta en su momento. Ten en cuenta que por aquí han pasado numerosas familias que han sufrido por esto y les hemos preguntado por el tiempo de su secuestro. En las desapariciones de ahora, los niños con la *A* también aparecen antes de los dos meses.

—Ya suponía que lo sabíais, pero... tenemos que intentar deducir qué se puede hacer con un niño en menos de dos meses. Y cuáles son las razones que les lleva a esos secuestradores a dejarlos libres o no.

Tal vez era un planteamiento que todos los allí reunidos ya se habían hecho, pero yo necesitaba preguntármelo en voz alta para ayudarme a pensar mejor. Se hizo un largo silencio. Tenía muchas más preguntas, la visita de Carmen había despertado “algo” en mi interior, que por entonces se encontraba dormido. Sin obtener respuesta alguna a mi comentario, se levantaron todos dispuestos a marcharse. Con seguridad, podía afirmar que también les había dejado algo pensativos ante la nueva visión que les había expuesto. Salí la última aún más reflexiva que el resto y, ya en la puerta de la habitación, les hice girarse comentándoles lo que en ese momento estaba pensando.

—Se supone que todo ese periodo de amnesia ¿es porque estuvisteis dormidos todo el rato? —Miré las caras de los allí presentes, la charla de Carmen y mi anterior teoría les había dejado algo extenuados.

Les dejé un tiempo prudencial para que pudieran contestarme a esa cuestión, pero nadie decía nada.

—Es posible —supuso Lucas finalmente.

—¿Y por qué a ti, David, no te durmieron? —lo señalé, insistiendo en el tema.

Allí de pie echó la cabeza hacia atrás en un intento de recordar mejor aquel episodio y me respondió sin mucho convencimiento.

—Tal vez porque la dosis de... lo que fuera para dejarnos KO... no era la suficiente para mí. Piensa que a mí ya me cogieron cuando tenía dieciséis años. ¡Dieciséis! Mayor que cualquier otro niño que hayan cogido.

—Tal vez te dieran la dosis para un niño pequeño cuando tú ya eras todo un adolescente —concluyó Elena pensativa.

Sí, podría ser una buena teoría y me di por satisfecha con su respuesta. Considerada la reunión por terminada, nos despedimos del matrimonio anfitrión rápidamente.

Lucas y Martín quisieron llevarme, pues era algo tarde para hacer aquel camino de vuelta a casa sola.

Montados en el coche, los hermanos me volvieron a demostrar su carácter alegre y optimista ante la vida, muy diferente a la actitud que nos había mostrado Carmen esa tarde. Aprovecharon para invitarme a tomar algo, pero no me apetecía en absoluto.

—Luego con Gabi si te vas de vinos, ¿eh? —comentó Martín, que era el que conducía.

“¿Cómo sabían lo de mi noche de cata con Gabriel?”. Lucas tuvo que darse cuenta de mi aturdimiento cuando percibió mi repentino silencio.

—Al día siguiente, Gabi se lo estaba contando a David justo cuando entrábamos a su casa para una reunión de estas y lo oímos, nada más.

De repente me apetecía muchísimo ir a tomar algo con esos gemelos. Me interesaba saber más de aquella conversación entre Gabi y su hermano.

Si pasar ninguno por casa, nos dirigimos directamente al *Belle Époque*.

“¿Por qué me interesaba saber tanto de Gabi y de lo que pudo decir de mí a los demás?”, me pregunté a mí misma.

Cuando entré allí por segunda vez, me vinieron a la mente los buenos recuerdos de aquella noche. Me encontré de nuevo con aquellos camareros *surferos* tan atractivos, los cuales estaban tan atareados esa tarde que no vi ni un atisbo de seducción por su parte. Nos sentamos directamente en los taburetes de la barra, ya que el local estaba al completo.

—Entonces no es tu primera vez en *la Belle Époque* —comenzó a decir Lucas mientras su hermano pedía algo para beber.

—La verdad es que estuvo muy bien la cata de vinos de aquella noche y, por supuesto, la compañía fue... muy buena. —Me escudé bajando la mirada para que no me vieran sonriendo estúpidamente.

—Se le veía entusiasmado contándoselo a su hermano —continuó explicando Martín—. Lo contaba todo de tal manera que quisimos conocerte en ese mismo instante.

Y los dos estallaron en risas. Yo sonreí para seguirles el juego, pero empecé a encontrarme algo incómoda allí con ellos. Lucas lo notó y cambió su semblante.

—Gabi solo contó su velada contigo en este sitio. Simplemente mostró mucho interés en que supiéramos cómo eras, nada más. No dijo nada de lo que tengas que preocuparte. Después de este año con lo de Jasmine, se le notaba muy animado con una chica.

“¿Quién narices era Jasmine?”, pensé.

—Jasmine era su novia, ¡claro! La conoce de la universidad, pero no ha ido muy bien la cosa este año con ella. Era complicada —aclaró Martín.

—¡Ah! Tal vez esté allí con ella ahora, Gabi ha tenido que ir a Lyon para solucionar unas cosas —dije con toda la intención para saber un poco más del tema.

—Pues no lo sé... Pensaba que ya no estaban juntos. Seguramente se habrán visto porque ella vive allí, pero no sé... ¡A saber!

En ese momento, mi cara debía ser un cuadro. No podía controlar las emociones y mi rostro era un reflejo de ellas. Me había llevado una pequeña decepción con Gabi, más dolorosa de lo que parecía razonable, teniendo en cuenta que apenas le conocía. No debía importarme, no quería sentirme como una mojonada de nuevo herida por un hombre. En este caso un chaval al que apenas conocía y del que además, creía, no sentir nada pues era demasiado joven para mí. En ese momento, me alegré de haber olvidado pedirle a David el número de su móvil y sonreí para mí misma.

Afortunadamente, mis dos acompañantes no dieron señal de haber notado mi fastidio y, de manera natural, cambié de tema. Me dije que era lo mejor para volver a casa sin pena alguna.

—¿Qué os ha parecido Carmen?

—Pobre chica —contestó Lucas—. Mira que yo lo pasé realmente mal, pero... ¡se le ve destrozada!

—Sí, como que no lo ha superado en absoluto, a pesar de haber pasado, ¿qué? ¿Diez años? —siguió Martín.

—Martín, tú no lo puedes saber porque no lo has vivido, pero no es algo agradable, eso es cierto.

—¡Claro que no! Soy lo bastante empático para entenderlo, ¿sabes...? No te creas superior por haber sido tú un niño de la S.

Parecía que iban a enzarzarse en una pelea de hermanos en cualquier momento. Intenté calmar

los ánimos exponiendo otra pregunta que no supusiera un conflicto entre ellos.

—¿Para qué creéis que raptan a los niños?

—Para hacerles una *S* en la muñeca

—O una *A* de esas —supuso también Martín poniendo los dedos para hacer el símbolo  $\Lambda$ .

Lo que menos me apetecía en ese momento era que me tomaran el pelo, y ambos dos lo percibieron.

—No lo sé, Clara. Martín siempre dice que la clave está en esto —dijo Lucas señalándose la *S* de su muñeca.

—Sí —continuó Martín—. Solo sabiendo qué quiere decir, podremos llegar a los raptores.

—¿Tú crees? —Dudaba de tal explicación, no parecía convencerme.

—Sí, mira, esto exactamente es como con el ganado —decía Martín gesticulando con las manos exageradamente, la bebida ya le estaba afectando—. Les marcan en el lomo un símbolo que es el de esa granja, ¿no...? —Asentí con la cabeza sin entender muy bien a dónde quería llegar—. Pues mi hermano, David y todos esos niños han sido como vacas, o cerdos... animales que han sido marcados por el dueño de una granja para identificarlos como suyos.

—Pero —intentaba comprenderlo con dificultad— ellos son personas no animales.

—Sí, pero para los raptores ellos son como ganado —siguió argumentando Martín—. ¿Cómo diferencian a unos de otros? Con una marca, una letra, una *S* —terminó de explicar triunfalmente.

—Vale —comencé a decir mientras asimilaba todo aquello—. Pero al ganado lo marcan para demostrar la titularidad en caso de pérdida, robo o venta. —Hice una pausa para recrear mi pregunta lo más simple posible a aquellos dos hermanos—. Mi duda es: ¿Para qué le hacen a esos niños esas marcas? ¿Para venderlos?

Mis dos acompañantes se miraron entusiasmados y seguidamente se chocaron las manos, para luego hacerlo conmigo. ¿Podría ser eso posible?

—Es una buena lógica, pero sin fundamento alguno —dijo Lucas con desánimo—. Y ya se la comentamos a David.

—¡Y le gustó! —confesó su hermano señalándole con el dedo índice alegremente.

Brindamos entonces por nuestra comisión, aunque todavía había algo que me rondaba en la cabeza.

—Como bien habéis dicho, la marca podría indicar que es propiedad de un dueño o de otro. Y usan algo representativo de ellos, tal vez la inicial o el símbolo de su granja... algo característico... —Hice una pausa creando expectación ante mis dos acompañantes—. Pero... ¿qué querrá decir la *S*? ¿O la *A* esa?

Nos quedamos los tres en silencio durante unos segundos sin saber qué responder.

—Martín —hizo una pausa Lucas—, de nuevo te cedo los honores.

—Creo que es la inicial de un nombre. También le comenté esto a David.

—Entonces hay que buscar a alguien que tenga un nombre que empiece por *S* y que, además, tenga en su familia pelirrojos y una niña con gafas rosas.

—Puede seguir llevándolas —dijo Lucas bromeando.

—O puede que sea todavía una niña.

Estallaron a carcajadas ante mi cara de desesperación, no pude evitar reírme con ellos ante tal estupidez. Brindamos de nuevo y seguimos una conversación algo más relajada durante un tiempo más. Era todavía temprano cuando el pub se quedó vacío de clientes. Nos disponíamos a salir, no sin antes recibir unas palabras en francés de mis dos amigos *surferos*, de las que entendí un poco más que la última vez. Entre risas, y aclarándome Lucas y Martín lo que los dos camareros me habían dicho, nos dirigimos por fin a casa.

Llegué, pillé el sofá con ganas y cogí un nuevo libro dispuesta a devorarlo. Pero tenía en la cabeza todo lo que había estado hablando con los gemelos y me costaba concentrarme y pasar de la primera página.

“Alguien cuyo nombre empiece por *S*”, me repetía una y otra vez.

Era una teoría que podría resultar muy verosímil, pero a la vez encontrar a alguien cuyo nombre comenzase con una *S* y que tuviera que ver con las desapariciones la convertía en una tarea la mar de difícil.

Dándole vueltas a todo aquello, se hizo de noche sin apenas darme cuenta. Me levanté del sofá con la intención de dejar aparcado aquel tema y prepararme algo de cena. Con el libro todavía por la primera página me fui con este a la cama, donde ya entonces sí avancé en mi lectura. A pesar de mi enganche, estaba tan agotada por las emociones y por todo lo vivido en aquel día que con la luz encendida me quedé profundamente dormida.

Eran cerca de las siete de la mañana cuando me despertó un golpe seco. Al instante abrí los ojos muerta de miedo, miré a mi alrededor y, con la claridad de la luz de la mesilla que me había dejado encendida, me percaté que el ruido no provenía de mi habitación. Había alguien en la planta de abajo.

En un primer momento, y con el miedo en el cuerpo, me erguí y me quedé allí un buen rato paralizada, sin saber qué hacer. Sentada en la cama, me tapé con la sábana, esperando, totalmente horrorizada, a que hubiera otro ruido para comprobar que realmente no estaba equivocada y había oído algo. Al minuto escuché voces conversando, que fueron subiendo de volumen hasta que noté que discutían. Fue en ese momento cuando mi yo valiente me dijo que la mejor solución sería esconderse debajo de la cama. Me disponía a ello cuando reconocí con claridad una de las voces y me detuve en seco. Como un cohete fui directa a abrir la puerta para comprobar que efectivamente era él. La voz que había distinguido seguía en tono de disputa, sin parar. Bajé las escaleras alegremente, aunque muy despacio y sin hacer ruido, aún no muy segura de lo que me encontraría. Llegué hasta el final y oía a los dos claramente en la cocina, no había duda de que eran ellos, estaban de lleno en una discusión en francés.

—¡Manu, Ludo! ¿Qué hacéis aquí? Habéis venido antes de tiempo.



Los dos dejaron de discutir al momento y me miraron. Manu entonces forzó una sonrisa mientras Ludo no cambiaba su semblante, reflejando estar más serio de lo normal. Ambos mostraban caras cansadas, Manu se había descalzado para estar por casa y Ludo llevaba los faldones de la camisa por fuera. El escenario en sí denotaba cierta tensión. Llegué a ellos todavía un poco consternada por el susto que me habían dado y les saludé dándoles besos y abrazos. Ludo, sin decir apenas nada durante todo ese rato, subió a su habitación dejándome sola con Manu en la cocina. Miré cómo daba grandes zancadas, subiendo las escaleras de dos en dos y mostrándose todavía algo taciturno. Cuando oímos el correspondiente portazo, me giré hacia mi amigo con la intención de que me explicara qué era lo que estaba pasando.

Él, sin más, se dio la vuelta dispuesto a prepararse un café. Lo seguí en todos sus movimientos esperando a que me revelara de inmediato lo que se llevaban entre manos. Al ver que no iba a ser fácil obtener tal información, decidí preguntar a bocajarro para saber algo más de aquella llegada inesperada.

—¿Por qué habéis venido antes de tiempo?

Manu dejó su interés por el café a un lado para mirarme y, apoyado en la encimera de mármol, dio un largo suspiro.

—Ludo se puso algo nervioso cuando se enteró de que le habías dado a David esos papeles — dijo al fin.

—¿Las tres o cuatro hojas esas...? —pregunté sin entender muy bien—. Pero... no sé... ya le dije que era algo vuestro, tranquilo... no era mi intención apuntarme un tanto con él. Si es por eso, puede estar la mar de tranquilo. ¡El mérito es todo vuestro!

—Mira, Clara. —Ya con su café en mano, me acarició el brazo como en un intento de suavizar lo que iba a decirme a continuación, se le notaba bastante incómodo por la situación—. Hemos venido discutiendo todo el viaje, es más, estamos discutiendo todos los días desde que supimos lo de la lista que le diste a David. La discusión de hoy era porque Ludo quería despertarte cuanto antes para hablar del tema y le estaba persuadiendo para que no lo hiciera, yo no lo veía necesario, y justo entonces has aparecido.

—No me importa hablarlo, de verdad, si así solucionáis vuestras cosas...

—No sé qué está pasando. Desde hace tres días está sin hablarme, enfurruñado y encima su madre no hacía que la cosa fuera más fácil.

—Lo siento mucho, Manu —dije con sinceridad.

—La llamada de David con lo que tú hiciste le perturbó muchísimo y desde entonces...

—Perdona, pero sigo sin entenderlo.

—Ludo ha estado todos estos años investigando sobre esos niños —empezó a explicar de carrerilla sin dar pie a que yo pudiera replicar algo—. Para una vez que tenía algo gordo, vas tú y te adelantas. No encontraba las malditas hojas esas y no quería darle a David el documento faltándole una parte.

—Pero ¿qué importancia tiene eso? Él todavía tiene el documento *gordo*. No importa que yo le haya dado a David una *minúscula* parte de este... ¿Qué pasa? ¿Qué David es Dios y Ludo necesita de su felicitación y adoración? No puedo entenderlo, solo le he dado tres papeles de *mierda*. — Empezaba a ponerme yo también algo alterada sin haberlo previsto—. Te aseguro que aunque David me haya felicitado, está claro que sabe que es cosa vuestra, no mía.

—Ludo es muy orgulloso. Tuvimos una discusión muy fuerte, y para colmo, delante de su madre. Me echó en cara el haberte contando todo lo de este tema. Él no sabía que tú lo sabías todo hasta que hablamos con David por teléfono por lo de los papeles que habías encontrado. Como te dije, es muy cauto con este tema.

—Supongo que, tras enfadarse contigo, el siguiente tema de discusión fui yo.

—Así fue —admitió mi amigo—. Todo es culpa mía, no debí contarte nada. —Paró un instante como para coger fuerzas, y mirándome muy fijamente, me empezó a decir a gritos—. ¡Me lo prometiste, Clara! ¡Me prometiste olvidarte del tema! Y algo dentro de mí sabía que no lo ibas a hacer...

No supe qué decir. Durante mi estancia en Saint-Malo estaba conociendo una faceta de mí que no me agradaba en absoluto, no sabía cumplir mis promesas. Mi interés por averiguar y descubrir algo nuevo era mayor que la fidelidad a mis amigos. Me sentí tan abatida y tan traicionera que, sin decirnos nada más, subí a mi habitación para ponerme algo de ropa e ir a dar un paseo para que me diera el aire. Ludo todavía seguía en la suya, sin dar señales de vida.

Diez minutos después, bajé vestida con unas mallas y una sudadera, no había rastro de Manu. Con una temperatura extrañamente baja para aquella época del año, me subí la cremallera de la chaqueta hasta arriba y me dispuse a hacer una buena caminata.

Alejada ya unos metros de la puerta de casa, creí oír a alguien que gritaba mi nombre. Me di la vuelta algo dubitativa y, a la luz del día, vi a un Ludo con unas pronunciadas ojeras y algo más delgado. Se acercó con ligereza hacia mí, y en ese momento quise huir para evitar tener otra de esas charlas en la que se dejarían ver mis defectos como amiga. Ya había tenido suficiente con Manu. Sin embargo, y por educación, lo esperé con semblante serio y preocupado.

—Te acompaño —dijo casi sin aliento justo al llegar a mi lado.

—No voy a ninguna parte...

—Pues, te acompaño igualmente.

Hicimos un largo recorrido de aproximadamente una hora, en completo silencio. Cada uno centrado en sus propios pensamientos, pero con la tranquilidad de llevar cierta compañía consigo. Habiendo tomado todo el aire necesario para poder acarrear mi estancia en casa con mis dos amigos, decidí hacer una parada en el supermercado más próximo. Acababan de abrirlo, pero ya había una cantidad considerable de clientes comprando en él.

Intenté separarme de Ludo, pues quería regalarles unos bombones a modo de disculpa. Cogí los más caros y los que, sabía, eran los favoritos de Manu. Cuando llegué a la cola para pagar me encontré, para mi sorpresa y justo delante de mí, con Carmen, la prima de Elena.

—Buenos días, Carmen —le dije a modo de saludo, ella no me había visto y se le notó sorprendida—. No sé si te acuerdas de mí, de ayer en la comisión —dije muy bajito, temerosa de que Ludo pudiera escucharme.

—¡Claro! —exclamó con una sonrisa, como siempre hacía—. Es que me he asustado, no esperaba encontrarme a nadie aquí que me saludara por mi nombre—. Y empezó a reírse con ganas algo más tranquila—. Estoy con Elena, se le ha olvidado coger unas galletas en el último momento.

Miré hacia atrás justo cuando era el turno de Carmen para pagar y vi aparecer a lo lejos a Ludo con Elena, se habrían visto y por tanto estarían poniéndose al día en ese mismo instante. Carmen, algo angustiada, le incitaba a su prima con un movimiento de brazos, a ir más rápido para que colocara las galletas a tiempo.

Llegaron hasta nosotras hablando en francés y, con una amplia sonrisa en sus caras, notaba a Ludo de mejor humor. “Menos mal”, pensé.

Siendo ya mi turno, coloqué mis bombones y Ludo hizo lo mismo con lo que había pillado mientras, distraídamente, miraba unos chicles de diversos sabores. Elena estaba pagando su compra y Carmen iba colocando todos los productos en unas bolsas de papel. Observaba sus movimientos con gran interés, pues en sus actos revelaba ser una mujer resiliente, pero en su eterna sonrisa mostraba su constante debilidad. Terminó su tarea, alzó la vista y me sobresalté cuando me pilló mirándola, sin embargo, percibí inequívocamente que ella estaba mirando más allá de mí, a mi izquierda. Moví la cabeza hacia esa dirección y ahí seguía Ludo, tomando la decisión de qué chicles escoger sin reparar para nada en la mirada penetrante de Carmen. Elena se despidió de nosotros con la mano y ella apartó la mirada de mi amigo. Yo la fui siguiendo sin apartarle la vista y, justo cuando iba a salir del recinto, se giró mirando de nuevo a Ludo casi sin pestañear, como si hubiera visto un fantasma. Elena tuvo que tirar de su mano para que siguieran su camino.

—¡Clara! ¡Espabila! Estas armando una buena cola, paga ya esto y marchémonos —me avisó Ludo despertándome de mi ensimismamiento y señalando la fila que había armado al haber estado observando a Carmen durante tanto tiempo.

De vuelta a casa, solo recuerdo que Ludo empezó a hablarme y a sacar el tema de la lista con los nombres de los niños de la *S*. Pretendía excusarse a la vez que intentaba hacerme ver que no había actuado coherentemente, pero que no quería darle más importancia al tema. De esa conversación solo me vienen a la cabeza retazos, la mayoría de las veces asentía sin prestar demasiada atención a lo que decía. Lo único en lo que podía pensar en ese momento era en la mirada de terror de Carmen al ver a Ludo en el supermercado.

El día transcurrió más normal de lo que había previsto. A la hora de comer, noté que Ludo estaba algo cabizbajo, pero me trataba como siempre, de manera cordial y amigable. Tal vez, pensé, tenía en mente a su madre, había estado con ella menos tiempo del que había planeado. Sin embargo, no cabía duda de que sus ansias por tomar parte de los dichosos papeles que yo entregué a la comisión, lo embriagaba más que haber disfrutado unos días más al lado de ella.

Por otra parte, no se me había quitado de la cabeza cómo Carmen lo había mirado. ¿Qué había significado esa mirada? Parecía como si lo hubiera reconocido en ese instante, pero... ¿y esa cara de aprensión en pleno supermercado?

Agradecí en parte la vuelta de mis amigos. Con el lío de la comisión había aparcado el turismo. Así que, aprovechando la buena temperatura que hacía y que a Manu le quedaban un par de días más de vacaciones, nos fuimos a pasear por las inmensas playas de Saint-Malo mientras Ludo se quedaba en casa.

Ese día hicimos un largo camino, empezamos por la gran playa du Sillon y terminamos algo cansados en la de Bon Secours. Esta última era más pequeña y estaba algo más abarrotada por la escasez de espacio, pero tenía algo muy peculiar: antes de introducirte en el inmenso mar, había una piscina natural en la orilla con un curioso trampolín del que todos los niños, y también mayores, se lanzaban. Quitándonos la ropa para quedarnos en bañador, Manu y yo observábamos entretenidos cómo se tiraban desde él y el disfrute que una playa así podía proporcionarnos. Lo miré mostrando una sublime sonrisa y no tuvimos que decirnos más. Fuimos directos a aquella piscina para, principalmente, tirarnos por aquel magnífico trampolín.

Aunque el agua estaba congelada, disfrutamos aquella tarde durante horas, lanzándonos infinitas veces a esa piscina natural y haciéndonos amigos de los niños que me miraban cual extraterrestre cuando no podía entender lo que me querían decir.

Mientras tomábamos el sol para secarnos, Manu sacó el tema de la madre de su novio, cada vez se encontraba peor y apenas hacía el esfuerzo de caminar.

—La última vez que la había visto parecía haber mejorado, pero ¡qué va! Me equivocaba. ¡Malditas depresiones!

—Las enfermedades de la mente son las peores, son las que realmente matan a las personas. Por eso, dicen, hay que estar preparado para lo que te pueda venir en la vida y ser fuerte pase lo que pase.

Manu me miró un largo rato algo dubitativo antes de responder a mi razonamiento.

—Está muy bien ese planteamiento, Clara. Pero supongo que cuando pierdes a un hijo tan joven, toda tu fortaleza se desvanece sin tú quererlo.

—Sí, es posible que tengas razón. Hay cosas que se nos escapan de las manos —admití.

—¿Sabes? A veces me siento fatal al pensar que menos mal que fue su hermano el que tuvo esa disfunción en el corazón y no Ludo... —Agachó la cabeza algo conmovido—. Pero no puedo evitar no alegrarme, y me siento un miserable.

—Es normal, Manu. Supongo que cualquiera pensaría como tú

—¿Tú crees? —dijo algo más animado.

—Estoy segura. —Hice una pequeña pausa para pensar bien lo que iba a decir—. Creo que es la primera vez que hablamos tan francamente sobre la familia de Ludo.

Le di la mano como si de alguna forma le transmitiera desde ella toda la energía que necesitaba

en ese momento de abatimiento. Manu quería a Ludo y era inevitable que mi amigo sufriera si su pareja también lo hacía.

—Puede ser. No es un tema del que me guste hablar, y menos cuando Ludo no está delante, es como si le traicionara, como si hablara mal de su gente. Y ese no es mi estilo, ya lo sabes.

—Tienes razón, pero también sabes que conmigo puedes hablar de cualquier cosa. Nunca pensaré mal de ninguno de los dos, os quiero demasiado.

Manu me abrazó de repente y, para mi sorpresa, noté cómo las lágrimas caían por su mejilla mojándome el hombro mientras me susurraba un “gracias” muy sincero. Desde su llegada lo notaba más sensible que nunca.

Totalmente secos, nos disponíamos a recoger las toallas y demás utensilios que nos habíamos llevado para pasar la tarde en la playa cuando vi por segunda vez ese día a Carmen, ahora sentada en una silla de playa junto a una mujer madura a su lado. Mi instinto me decía que no podía dejar pasar la oportunidad de hablar con ella en ese preciso momento. Así que le dije a Manu que se adelantara para comprarme un helado de un puesto cercano y que nos veríamos allí enseguida.

—No tardes que si veo que se está derritiendo, me *zampo* el tuyo —dijo con un guiño.

Lo despedí con un gesto y me acerqué a lo que realmente me importaba por su espalda.

—¿Qué tal, Carmen?

La pobre chica se dio la vuelta de nuevo asustada, tal y como había ocurrido en el supermercado. Su acompañante, sin embargo, se bajó las gafas de sol para observarme con detenimiento.

—¡Oh! ¡Hola de nuevo! —exclamó con una sonrisa cauta.

—Tomando el sol, ¿verdad?

—Sí —afirmó mirando dudosa a la persona que tenía a su lado mientras esta no dejaba de mirarme—. Te presento a mi madre. Mamá, ella es...

—¡Clara!

—Lo siento, eran tantos nombres aquella tarde que...

—No te preocupes, es comprensible —dije para tranquilizarla y me dirigí a la madre—. Encantada. ¿Cuántos días más os quedaréis por aquí? —Me volví de nuevo a Carmen con la intención de que mi pregunta pareciera lo más inocente posible, para que no pudieran imaginar mis intenciones.

—Nos vamos mañana de madrugada —irrumpió la madre—. Mi hija ha estado aquí estupendamente unos días, pero ha sido llegar yo y querer irse —explicó la señora encogiéndose de hombros.

Miré a Carmen directamente a los ojos intentando averiguar si había algo más en esa huida repentina.

—Me ha hecho venir para estar únicamente un día en esta maravillosa ciudad. —Mostraba resquemor en sus palabras.

—Ya volveremos, mamá —le dijo algo molesta también y, a mi entender, harta de haber estado oyendo lo mismo hora tras hora desde su decisión.

En ese momento, oí mi nombre a lo lejos. Miré hacia donde alguien vociferaba y me encontré a Manu saludándome enérgicamente con dos helados en las manos.

—He de marcharme, pero me hubiera gustado hablar un poco más contigo, Carmen.

La noté extrañada ante tal ofrecimiento, pero tan educada era que me invitó a que me acercara a casa de su prima, que era donde se alojaba, antes de irse al aeropuerto.

—Así lo haré. *A bientôt!*

Pensé que si cogían el avión de madrugada, a la hora de la cena estarían todavía en casa.

Con la excusa de pasear por los alrededores, salí a la calle de nuevo, no sin antes recibir el comentario de Manu de que ya había hecho demasiado deporte ese día como para tener que andar más. Cosa que era cierto, pero mi amigo no sospechaba mi verdadero destino. Recordando ese largo paseo con David la primera tarde que estuve en la comisión, cuando me señaló las viviendas de algunos componentes de esta, tuve que hacer memoria para reconocer la casa de Elena. No muy convencida de que fuera la correcta, entré por la verja recientemente pintada de color verde y llamé al timbre. Ciertamente no sabía de qué manera iba a abordar el tema que me interesaba, pero lo que sí tenía muy claro era que no quería hacerlo delante de Elena, así que tendría que sacar a su prima a pasear para sonsacarle información.

Para mi sorpresa, fue la misma Elena la que me abrió, dejándome helada y sin saber qué decir. Sin más, y pillada de improviso, tuve que preguntar por Carmen.

—Lo siento, Clara, se acaba de ir.

—¿Ya? Pero si me dijo que se iba de madrugada...

—Sí, a mí también me ha sorprendido su prisa, todavía quedan más de seis horas para que salga el avión. De todas formas, si yo puedo ayudarte en algo...

Dudé. Dudé tanto que parecía ridículo y una falta de respeto hacia Elena estar tanto tiempo callada cuando me había formulado una pregunta de lo más sencilla. No supe cómo ni porqué cambié mi primer planteamiento sobre que Elena no debía enterarse de mis intenciones, pero, tras la ausencia de su prima, alguna ficha tenía que mover. Como respuesta, entré estúpidamente a su casa. Fuimos directas al salón y me sirvió de inmediato una maravillosa copa de vino francés.

La casa era mucho más grande que la de Manu y Ludo y la decoración más recargada, con muebles antiguos y tapices por toda la pared. Las cortinas eran dobles y de un color oscuro, que impedía pasar la poca luz que todavía había en el exterior. Todo parecía un museo del que estaba prohibido coger o tocar nada. Intuí que la dueña de la casa estaba sola en esos momentos, su marido no le acompañaba. Tras acomodarme finalmente en un sillón, pegué el primer trago a mi copa saboreando aquel estupendo vino.

—Dices que venías buscando a mi prima... ¿por qué razón? —Elena formuló la indeseable pregunta.

—Sí... verás. —No sabía por dónde empezar—. No sé si recuerdas que hoy nos hemos visto en el supermercado...

—Justamente cuando hemos venido de allí le ha dicho a su madre que quería irse hoy. ¡La pobre mujer no llevaba ni una hora en Saint-Malo!

—¡Vaya!

—Bueno... ¿y qué quieres decirme con eso, Clara?

A Elena le encantaba decir el nombre de sus interlocutores, como si recalcase así una indiscutible vehemencia en su discurso. Sí es cierto que su aplastante seguridad siempre me había dado cierto respeto, pero allí sentada me hacía sentir aún más indecisa.

—Yo... —¿¡Qué demonios iba a decirle!?. —Pues... —No quería hablar mal de mi amigo Ludo, ni de la mirada que Carmen le había echado esa mañana en el súper—. ¿Puede que Carmen y Ludo se conocieran?

Me sentí completamente satisfecha de mi actuación. No había expuesto, para nada, algo negativo sobre mi amigo. Por otro lado, tras mi falsa inocente pregunta, daba pie a Elena para que me contestara algo que pudiera resultarme interesante.

—No lo creo —dijo sin mucho convencimiento—. ¿Por qué lo preguntas?

—¡Mierda! ¡No puedo contestarle a eso!”, pensé.

Nos mantuvimos calladas un buen rato mirándonos de frente, ella mostrando cierta suspicacia

y yo medio sonriendo con un rictus algo amargo ante mi falta de respuesta. Ante la ausencia de más palabras, Elena se levantó e hizo que la siguiera. Salimos del gran salón y subimos las escaleras manteniéndonos calladas a la vez que mi expectación crecía en grado sumo por ver a dónde me llevaba. Cada rincón de la casa era un nuevo descubrimiento y, aunque ese tipo de decoración no me atraía ni era de mi gusto, me resultaban interesante todos los artilugios que allí había. Enormes cuadros colgaban por las paredes de toda la casa, los techos eran altísimos y de cada uno de ellos pendía una lámpara gigante de cristales. Denotaba ser una casa de ricos, o al menos lo había sido. Me pregunté, entonces, en qué trabajaría Elena para poder mantener una casa con aquellas características.

Llegamos a un cuarto algo pequeño cuya mesa de madera maciza no le restaba prestigio al resto de la casa. Encima de ella había varios papeles desperdigados que, para ella, tenían cierto sentido al estar recogidos y poniéndolos en orden en diversas carpetas oscuras, que colocaba una encima de otra.

—Te quiero enseñar el informe de mi prima, por si te aporta algo más de información. Te veo muy interesada en su caso. Tal vez, cuando lo leas, te quedes algo más tranquila.

Desde el primer momento, Elena había sido un hueso duro de roer y, aunque había suavizado su actitud conmigo con respecto al principio, seguía tratándome con cierta benevolencia. Por ello no me sorprendió cuando quiso darme esa información extra sobre su prima, lo consideré, sin dudar, como una manera de ver quién era la jefa en esa comisión.

—Acomódate, mientras voy a hacerme un vaso de leche, ¿te apetece tomar algo, Clara?

—No, gracias. Prefiero estar concentrada.

Me senté en la silla giratoria que estaba frente al gran escritorio de aquella habitación. Desgraciadamente, el informe de Carmen era breve, sin nada nuevo que aportar, así que en menos de dos minutos ya lo había leído todo. Cerré decepcionada la carpeta que me había dado Elena y observé las otras que había estado reordenando al entrar en el cuarto, siendo todas del mismo color que la de Carmen. Miré la puerta y agudicé mi oído intentando adivinar dónde o qué hacía Elena: estaba todavía en la cocina, se oían ruidos de cucharas y microondas. Así que, rápidamente, me lancé a esas carpetas abriendo una de ellas sin pensar mucho en las consecuencias. A primera vista se veía mucha letra, me era imposible poder leerlo todo con detenimiento, así que desistí de concentrarme en ello. Fui pasando hoja por hoja aquel documento a la velocidad del rayo sin saber muy bien qué podría encontrar haciendo aquello. Terminé con la primera carpeta y fui cogiendo las siguientes hasta llegar a las de más abajo. Cuando abrí una de las últimas, lo primero que vi fueron dos fotografías que me pusieron los pelos de punta. Sin dudar y escuchando las pisadas de la inquilina de la casa por las escaleras, acercándose poco a poco a mi guarida, cogí una de esas fotos y la guardé en el bolsillo trasero de mi pantalón sin pensármelo dos veces.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó apareciendo por la puerta justo cuando sacaba mi mano del pantalón.

—No hay nada nuevo que no sepamos ya.

—Cierto. De todas maneras... si quieres preguntarme algo...

—Sí —dije al fin sin miedo alguno—. ¿Por qué tienes ese informe? Y otros más. —Señalé el resto de las carpetas de encima de la mesa algo mal colocadas, tras haberles echado yo un vistazo—. ¿Acaso eres policía? —pregunté riéndome abiertamente de mi absurda conjetura.

Sin embargo, la comisura de mis labios se tensó y dejé de sonreír de golpe. Sabía que Elena era demasiado recta para negar una afirmación como esa con una broma o de manera sardónica, aunque tampoco esperaba que se pusiera tan seria y mostrara cierta culpabilidad en su cara. “¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no desmentía mi ridícula suposición de alguna manera?”. Aunque fuera

de manera seca o fría como siempre hacía ella.

Apartando la mirada, se giró para colocar la carpeta de Carmen en la estantería de donde la había cogido y, cuando se volvió de nuevo, me miró muy fijamente a los ojos.

—Sí, Clara. Soy policía. Y no debe saberlo nadie, ¿entiendes? ¡Nadie!

—Pero ¿por qué me lo cuentas a mí? ¿Por qué yo? ¿Por qué ahora?

—Pronto tú te irás y no seguirás formando parte de esta comisión. Es un secreto que necesito contar a alguien, y sé que contártelo no supondrá un problema para mí. —Notaba cierto agotamiento y culpabilidad al estar tanto tiempo guardando algo como aquello.

—Pero tu marido...

—No hay marido, Clara. Tampoco mi hermano fue raptado. Todo es una farsa para meterme en ese grupo.

—Por eso tu desconfianza desde el principio. Por eso parece saber más cosas que el resto.

—Todas las comparto con David, él es el único que sabe a qué me dedico. Me ha sido de gran ayuda, pero es una difícil misión esta.

—Entiendo.

—Sé que no se lo comentarás a nadie —decía mientras me cogía de la mano confiada—. Pero necesito saber si sabes algo más de lo de mi prima, porque me da la sensación de que has venido por algo en concreto.

—¡No! —grité atolondradamente y demasiado fuerte para mi sorpresa—. Créeme que no, solo que la vi tan débil, tan... que bueno... cuando se han saludado hoy en el supermercado pensaba que se conocían, simplemente eso —mentí.

—¿Se han saludado?

“Claro que no, ella ha huido rápidamente de él, de hecho ha huido hasta del país”.

—Sí, sí, ya lo creo —seguí mintiendo sin saber por qué lo hacía—. De todas formas, sabiendo ahora tu profesión, te comunicaré todo lo que vea que me parezca sospechoso...

—Si cambias de opinión, llámame.

No sé a qué se refería, pero cuando me dio su tarjeta con la palabra inspectora, supuse que quería saber más de mi visita y espontáneamente empecé a temblar. No quería hablar mal de mi amigo, y menos aun cuando no estaba totalmente segura de que fuera algo tan importante como para contárselo a una inspectora. Sin embargo, pensé para mis adentros, ocultar cualquier información en un caso como ese no era considerado algo muy lícito. Las dudas me reconcomían, pero ya había tomado mi decisión de no contar mis recelos.

Cuando salí de la casa y respiré el aire fresco de la noche, me sentí mejor. Anduve con brío unos cuantos pasos con la intención de alejarme lo más rápido posible. No sabía si realmente huía de Elena o de mi falta de escrúpulos. De repente, me detuve y extraje la foto del bolsillo de mi pantalón. Allí parada, a apenas unos diez metros de la casa de una policía, me sentía una delincuente en potencia al haber robado una prueba clara. Mi primera intención había sido devolverla en algún momento de mi estancia en Saint-Malo, pero, al saber del trabajo de Elena, me daba miedo que me acusara de robo o incluso que me metiera en serios problemas de justicia por una simple foto. Así que, observándola, pensé que lo mejor era que la propia Elena pensara que había sido traspapelada. Recordaba, además, que había visto dos fotos iguales. Teniendo una, no echaría en falta la otra.

Toqué la foto como si con ello pudiera adivinar de quién era el rostro que en ella aparecía. Aunque había decidido desterrar para siempre mi recuerdo de él. De nuevo y ahí plantada, rememoré a Gabi: su voz, su charla, aquel momento en la cocina tomándonos un delicioso *Kouign Aman* y explicándome detalladamente qué y a quién había visto David en aquella nave en la que



estuvo retenido justo antes de huir: una niña con el pelo corto, pelirrojo y con gafas rosas. Y ahí, frente a mis narices, tenía la foto de una niña con esas mismas características.

A la mañana siguiente me desperté con una sensación de intranquilidad inusitada, no era nada placentero sentirse así. Me percaté de que lo que realmente me estaba creando esa ansiedad inusual, era la mirada de horror de Carmen ante Ludo y la foto de una niña pelirroja con gafas rosas que tenía en mi poder.

“Hablando de la foto... ¿dónde la dejé anoche?”.

Me levanté de golpe, palpando violentamente la mesilla y abriendo los cajones bruscamente. Miré por encima de aquel escritorio que usaba como leonera, dejando toda la ropa que me ponía ahí encima durante varios días. Tiré la montaña de prendas, incluyendo cazadora y bolso. “¡El bolso!”. Tendría que haber mirado antes ahí. Rebusqué también en él, pero sin éxito. “¿Dónde narices estás!”.

Unas pisadas acercándose amenazantes me paralizaron y seguidamente llamaron a la puerta.

—¿Puedo entrar? —Era Manu, que ya asomaba la cabeza por la puerta sin haber obtenido respuesta.

—¡Claro!

No sé si notó mi desesperación, pero intenté controlarme una vez pisó el dormitorio. Como era de suponer, abrió mucho los ojos ante la jauría que había armado tras mi búsqueda.

—¿Escondes a alguien debajo de todo eso? —Señaló el montón de ropa—. No has puesto ni una lavadora en estos días, por lo que veo—. Miró a todos lados para poder encontrar un sitio donde sentarse y finalmente lo hizo sobre la cama.

—¿Vienes para decirme que vas a poner una? —Levanté las cejas insinuándole que era lo que realmente quería que hiciera.

—No... bueno, si quieres la pongo... porque ¡vaya desorden tienes aquí!

—Sí, lo siento... —dije algo cabizbaja y muerta de vergüenza por mi ya conocido desorden.

—Venía para anunciarte que la comisión se reúne ahora, Ludo va a llevar el documento completo de las hojas que tú ya le diste a David—. ¡Cierto! Tenía que entregar su parte—. Me ha dicho Ludo que te avise. David le ha comentado que has estado yendo casi todos los días y que estaría bien que también vinieras hoy.

—¿Tú no vas?

Enseguida noté que no le apetecía ir y mucho menos darme a primera hora de la mañana una larga explicación de sus razones. Se desperezó echando hacia atrás su pequeño cuerpo y sus amplias manos, apoyando estas en la cama y dispuesto a coger fuerzas para expresar su postura ante esa nueva reunión. Pero, justo cuando iba a abrir la boca para hacerlo, miró con sorpresa hacia donde estaba su mano izquierda y se quedó callado. Debajo de ella había algo. La foto. Ahora lo recordaba, había sido tan estúpida que me había quedado dormida con ella en la cama, por eso no la encontraba.

Cuando Manu la cogió para ver de qué se trataba, se le transformó la cara y me miró abriendo mucho los ojos. Le cogí la foto con delicadeza, me pertenecía, y sin decirnos nada, solo con los ojos puestos el uno en el otro intuí que él también había reconocido aquellos rasgos.

—¡¡¡Clara!!! —Ludo me llamaba desde la planta de abajo. Si quería llegar a tiempo a la reunión de la comisión, tenía que arreglarme ya.

—Clara no va a la reunión —indicó Manu sin dejar de mirarme y pillándome totalmente desprevenida.

—¿No? —Ludo seguía gritando desde abajo, ahora extrañado.

—No, se queda ayudándome.

Oí los pasos de Ludo por las escaleras para luego acercarse a mi habitación.

—¡Dios! ¡¿Qué ha pasado aquí?!

Mis dos amigos eran unos locos de la limpieza y el orden. Pero que yo fuera consciente de esa manía no hacía que evitase aquel desastre en el que vivía durante días. No obstante, en ese instante el desorden y, por consiguiente, la imagen que mis amigos tuvieran de mí, no era mi mayor preocupación. Me interesaba más mantener oculta la foto, ahora en mi puño, con la intención de que Ludo no la viera.

—Por esto tiene que quedarse aquí —dijo sin más Manu.

—¿Acaso me castigas? —dije molesta, pero intentando que mi voz sonará algo sarcástica.

—Sí, ¡hoy te quedas aquí! —exhortó él sin miramiento alguno.

Al ver la actitud tan desafiante de su pareja, Ludo levantó las cejas advirtiéndome que era mejor quedarme en casa y no enfadarlo más. Puede que él lo conociera más que yo, pero no era tan tonta como para no saber que en esa ocasión debía obedecerle y evitar cualquier problema, más estando en su casa.

Manu había salido ya de mi habitación cuando Ludo intentó explicarme un poco de qué iba a ir la reunión. Llevaba un fajo de folios en la mano.

—Tú diste cuatro hojas, yo daré el resto —dijo mostrándose un triunfador—. Sí es cierto que ya no le veo utilidad, ¿qué vamos a hacer? ¿Llamar a todas estas personas? Son casi diez hojas por delante y por detrás.

—Tal vez sirva para reconocer algún que otro nombre, averiguar si algún niño apareció y ver si este tiene más información. Cualquier pista era bien recibida. Por cierto ¿cómo es que tú tienes ese documento?

—Estuve investigando y di con él, vino a mí, por así decirlo. —Se dio la vuelta dispuesto a salir de mi leonera mientras me dejaba algo pensativa—. Piensa que es nuestra misión en la comisión: avanzar y dar con algo para descubrirlo todo, ¿no?

—Supongo —dije sin estar muy segura ya de nada.

Cuando cerró la puerta, tuve claro que Ludo me había dicho una verdad a medias. No cabía duda de que esos papeles habían llegado a él, pero ¿de qué manera?

Fui consciente de que todo lo referente a Ludo me estaba dando grandes quebraderos de cabeza y me hacía sentir algo insegura en aquella casa.

Su repentino enfado al saber que me había encontrado con aquella lista de nombres, haciendo con ello que volvieran antes de tiempo de su visita familiar; el hecho de que Carmen instara a su madre a irse del país al volver del supermercado donde instantes antes lo había visto, mostrando terror en su rostro; y además... sí, recordé en ese momento aquella tarde en la que David me acompañó a casa disfrutando del aire fresco francés y donde me fue señalando las viviendas de algunos miembros de la comisión. Esa vez David compartió conmigo mucha información, tal vez, diría, que hasta demasiada. Y hubo algo... sí... algo que me dejó con mal sabor de boca cuando llegué a casa. Rememoré la frase:

*Clara, esto empezó hace unos tres años, cuando conocí a Ludo y Manu y se nos ocurrió la idea, ya sabes.*

Está claro que la figura de Ludo había surgido en el momento justo para crear aquella comisión, a la vez que aparecían los primeros casos conocidos de niños con el símbolo  $\Lambda$  en sus

muñecas. ¿Casualidad? ¡Cuántas casualidades en la vida de Ludo! Conocer a David en el instante oportuno, conservar esos papeles obtenidos de manera dudosa... ¿Qué más podía ocultar Ludo? Un escalofrío repentino erizó todo mi ser y me sacudí la cabeza para intentar evitar pensar mal de mi amigo. Sin embargo, tras recapacitar concienzudamente sobre todo lo vivido en esas semanas, empecé a temer por mí misma sin tener explicación alguna y, de repente, se me ocurrió que la mejor idea era marcharse de Saint-Malo cuanto antes.

“No, Clara, no huyas ante los problemas. Siempre haces lo mismo”. Pero notaba que ya había luchado demasiado por este tema y no me estaba gustando lo que estaba descubriendo.

Bajé dispuesta a informar a mi amigo de la decisión recientemente tomada. Ludo acababa de irse y Manu me esperaba sentado en la mesa de la cocina con una taza de té en las manos.

—Me tomo un café y recojo la habitación, no te preocupes.

—¿De dónde has sacado esa foto? —preguntó como con una voz de ultratumba que me hizo girar extrañada para comprobar que efectivamente era mi amigo el que había hablado.

—Di con ella, vino a mí —repetí las palabras que Ludo había usado conmigo hacía un rato en mi habitación.

Pero Manu no estaba dispuesto a aceptar esa evasiva.

—Repito y quiero que esta vez me contestes, ¿de dónde *puñetas* has sacado esa foto?

Por el tono de su voz no había duda de que había algo más, no se trataba de un simple enfado por una habitación desordenada o el descubrimiento de una foto cualquiera. Con una mirada inquisitiva, me instaba a que le respondiera sin rodeo alguno.

—Me la encontré, pero no te voy a decir dónde.

De la misma manera que la noche anterior quise proteger a Ludo ante Elena, ahora hacía lo mismo protegiendo la seguridad de ella. Sin lugar a dudas me estaba resguardando a mí misma puesto que nadie sabía que ella era policía y, si Manu iba con la foto a alguna reunión de la comisión, Elena sabría de antemano de dónde habría salido y que la habría cogido de una de sus carpetas. No, claramente no me convenía desvelar al dueño de la foto.

—En realidad, no me importa mucho de dónde la has sacado, imagino que de tu vuelta de ayer noche, de la cual viniste muy tarde. —Me miró extrañado frunciendo el ceño—. Lo que quiero decir es... ¿sabes quién es? —Y señaló mi mano dónde todavía la tenía guardada en un gurrño.

—Sé que es parte de la banda que raptó a David en su día, era la niña que le iba a hacer el tatuaje, según me han contado.

—¿La niña?

—Sí, esta. —Desarrugué el papel y se la enseñe de nuevo.

—No es una niña, es un niño.

Con cara de no entender muy bien a Manu, miré de nuevo aquella fotografía. Los rasgos eran femeninos, de eso no había duda, pero sí era cierto que podría tratarse también de un chico con el pelo más largo de lo habitual, tal y como se llevaba en los noventa. Un chico al que le gustara el rosa, no muy común por aquel entonces, pero algo que podría haber sido posible...sí, también podría tratarse de un niño...

—Un niño amanerado, Clara. ¿No crees?

—Tal vez en los noventa lo vieran así, ahora el rosa está visto como un color unisex, nada que ver con las tonterías de antes. De todas formas, tengo mis dudas... creo que en un noventa por cien es una niña. Mírale la nariz y...

Me senté frente a Manu, sin poder apartar la mirada de aquella foto que había dejado aposta sobre la mesa para que mi amigo también pudiera ver de cerca. Yo la observaba como si fuera la primera vez que lo hacía. Intenté buscar detalles, gestos o algo que me hubiese pasado inadvertido

para identificar con claridad el género de aquella figura, pero todo era en vano. No podía estar totalmente segura de lo que veía.

—Clara. —Y se hizo un silencio aterrador. No quise levantar la vista de la foto mientras mi cabeza no paraba de darle vueltas a aquello que acababa de entender. Me sentía como un personaje de dibujos animados al que una bombilla se le enciende en el cerebro. Justo como si esa bombilla me hubiera transmitido lo que Manu, estaba segura, iba a comunicarme a continuación—. ¿No lo ves? El de la foto es Ludo de pequeño.

Estaba sentada en el sillón del despacho mientras Manu extraía, de la estantería más recóndita de aquella inmensa biblioteca, un par de álbumes de fotos. Cuando abrí el primero de ellos, mi amigo se sentó en uno de los brazos del asiento, junto a mí, estaba temblando. Había fotos de la infancia de Ludo, donde se le veía totalmente diferente a cómo lo conocíamos en la actualidad: pelo rojo y con grandes gafas rosas.

—¿Cuándo dejó de ser pelirrojo? —pregunté sin dejar de apartar la vista de esas imágenes tan entrañables.

—Supongo que después de la adolescencia. Si te fijas bien, no es un color rojo muy fuerte. Piensa que yo antes tenía pelo. Todos cambiamos —indicó señalándose la coronilla.

Seguí pasando las hojas, admirando la familia de Ludo, temiendo hacer las preguntas pertinentes a su pareja. Había imágenes, sobre todo, del hermano mayor de Ludo, de su madre y de él mismo; no había rastro de su padre. Los dos hermanos eran muy parecidos, pero ya en las fotos se veía a un primogénito débil y claramente deprimido.

—Ludo viene aquí muchas veces para ver fotos de su hermano, puede pasarse horas encerrado en esta habitación.

Estuvimos viendo aquellos retratos de familia durante una media hora. Observé la evolución de Ludo. Desde su infancia hasta su juventud más temprana, sus rasgos apenas habían cambiado de una época a otra, siguió llevando el mismo pelo y las mismas gafas durante muchos años. Su cara aniñada le había hecho siempre parecer más joven de lo que realmente era. La foto que había rescatado del despacho de Elena mostraba la imagen de niño de un Ludo que podría fácilmente confundirse con la del Ludo adolescente.

Manu sabía que era el momento de las preguntas, por eso tal vez se me adelantó.

—Quería saber si habías sacado de aquí la foto.

—No —contesté rápidamente. Jamás me hubiera metido en la vida privada de nadie de esa forma, y más siendo un amigo mío.

—¿De quién entonces?

—No te lo puedo decir —concluí sin más, agachando la cabeza dispuesta a ver más fotos.

—¡Joder, Clara! ¡Necesito saberlo! —me gritó entonces sin poder evitarlo—. La primera vez que David expuso lo que había visto cuando estuvo encerrado y habló de una niña con esas características, me fue imposible no pensar en Ludo.

—¿Él sabe... que tu sospechaste eso?

—No, no quiero que me lo corrobore.

—Porque si no...

—Porque si no, Clara, mi novio forma parte de algo con lo que no estoy de acuerdo y... ¡lo amo! ¡No quiero perderlo!

Ante eso no pude decir nada. Seguí pasando las hojas de aquellos álbumes aparentando cierta tranquilidad, a pesar de que mi cabeza y mis latidos iban a mil. Las dudas se me agolpaban, pero me resultaba difícil hacérselas a mi amigo, aun con los años que nos conocíamos y con la gran confianza que presumíamos tener. El tema era delicado. Ludo era, en ese momento, la persona más importante de su vida, y, como conocía tanto a Manu, sabía que debía ir con cuidado si no quería hacerle un daño irreversible.

—Entonces, supongo que no has hablado nada de esto con él.

—No, no puedo. Es superior a mí, creo que me derrumbaría.

—Pero sabes que es la misma niña... ¡niño! que describió David. Aunque viendo las fotos es más que probable, si calculo los años correctamente, que lo que viera David fuera a un Ludo de unos dieciocho años, ¿no? Más que un niño, ya era casi un adulto.

—Siempre ha tenido una imagen que le ha hecho parecer más joven, y más con esas pintas. —Paró abruptamente para coger aliento y continuó—. Siempre cabía la posibilidad de que mi conjetura inicial, cuando escuché la historia de David sobre una niña pelirroja, no fuera la que realmente pensaba. Pero hoy, cuando he visto que tú tenías una de las fotos que he intentado ocultar desde entonces... me ha venido de nuevo el peor de mis temores.

—¿Y no crees que saber esto nos pone en la obligación de ir a la policía inmediatamente e informar? —dije aun temiendo cualquier respuesta irracional.

—No quiero ir, no tenemos pruebas contundentes, por lo que no nos pueden culpar de nada.

—Perdona que dude, Manu, pero...

—¡¡¡He dicho que no, Clara!!! —exclamó levantando de nuevo la voz—. Y ya está. Además... —Se dispuso a cogerme de las manos en un acto para tranquilizarme, cuando realmente el que debía relajarse era él—. Si alguien tiene esta foto es porque ya están investigando por esa línea, dejemos hacer a ese alguien a ver hasta dónde llega. De esa manera, ni tú ni yo nos meteremos en este berenjenal.

—¡Ya estamos metidos!

Y entonces empezó a sollozar de tal manera que me recordaba al Manu de niño cuando aún quería ser astronauta y del que todos se reían en el colegio, cuando se escondía en los baños o en aquel rincón del recreo para que nadie le viera sufrir. Sin embargo, al contrario que en esas ocasiones de nuestra infancia, yo era incapaz de consolarle en ese momento. Decidí mantenerme firme en mi actitud, bajé mi mirada fría al suelo y me quedé callada, sin nada que decir. Me sentía estafada ante aquella pista tan contundente, la cual mi amigo siempre había sabido y de la que nunca me había informado. La pena que sentía por él en ese momento no era equiparable a la irritación por no haber confiado en mí en su día.

—Dime solo una cosa, ¡solo una! —dijo de repente y todavía con lágrimas en los ojos—. ¿La foto te la ha dado alguien de la comisión?

—Sí y no. —Le enseñe la foto cogiéndola con un mayor ímpetu, como si enseñándosela consiguiera hacerle más daño aún, como si de un castigo se tratara por no haberme informado previamente de nada—. Esta foto se la cogí sin permiso a alguien de la comisión. Por lo que sí, efectivamente, están indagando por esa rama.

Manu empezó a llorar cubriéndose la cara con el brazo durante un buen rato. Yo únicamente me centraba en pasar las páginas, admirando todas aquellas fotos que estaban ahí pegadas, en las que se veía al niño que había sido descrito por David como una figura femenina debido a sus rasgos. No cabía duda, Ludo era el mismo que el de la fotografía que le había robado a Elena. Entendí en ese momento la desidia de Manu cada vez que iban a una reunión de la comisión, su enfado de la primera noche cuando nos invitaron a la ya famosa barbacoa o cuando me advirtió que nunca le comentara nada a Ludo del tema. Iba encajando todos los recuerdos en mi cabeza. Lo último que mi amigo quería era que yo averiguara cada vez más y llegara a donde estábamos precisamente en ese momento.

Durante un tiempo de falsa tranquilidad en aquel despacho, y sentados de aquella forma en el único sillón que había, supe que mis días en Saint-Malo habían acabado definitivamente.

Me había involucrado en un caso que me había afectado en exceso durante mi niñez: había descubierto cosas que jamás pensé que existían, una comisión sobre los casos de los niños de la S

y que David, junto a Ludo, empezó; la aparición de una sospechosa lista de nombres; lo de los extraterrestres, aunque esto de poco sirvió; que David lo recordaba todo y que tenía pistas muy claras sobre el lugar, lo que allí escuchó y una de las personas que formó parte de aquello: aquella niña, ahora niño, pelirroja; Elena me había confesado que era una policía infiltrada, lo que me demostraba que el caso nunca estuvo olvidado ni cerrado; y, por último, que Ludo era aquella niña que iba a tatuar a David antes de huir.

Lo peor de todo aquello era que la mitad de las cosas no se podían compartir entre los miembros de la comisión. ¿Quién era yo para inmiscuirme en algo que era trabajo de la policía? Era una simple maestra que había venido a la Bretaña francesa a buscar tranquilidad y a disfrutar de unos amigos. Por desgracia, no había sido así. Estaba claro que había disfrutado de mi estancia, pero todo había sido un torbellino de ideas, conjeturas, acción... y eso no era para mí, no en ese momento de mi vida al menos. Ahora tenía que ocultar datos muy importantes para evitar hacer daño a amigos míos, principalmente a Manu, y no estaba dispuesta a estar más días ahí sabiendo la verdad y cruzándome con ellos a todas horas.

Tras pensar todo aquello minuciosamente, dejé a Manu allí solo con los dos álbumes y me dirigí a mi habitación dispuesta a ordenarla para, seguidamente, hacer las maletas.

—Te marchas, ¿verdad? —dijo un Manu apoyado en el dintel de mi puerta decaído y afectado por la confesión que me había hecho minutos antes.

—Creo que es el momento de hacerlo. Ahora mismo no sé qué pensar, Manu. Tengo una información valiosísima que he de ocultar por ti, pero no creas que eso me hace mejor persona.

—Lo sé, yo llevo tres años pensando lo mismo, cuando sospeché que Ludo era “la niña”.

—Una cosa más, puede que exista una persona que haya reconocido de alguna manera a Ludo.

—¿Quién? —dijo Manu con un atisbo de preocupación en su voz.

—No te preocupes, no contará nada, estoy segura —dije pensando en Carmen, que hasta había huido de aquello que había creído reconocer.

No era capaz de mirarle a la cara, lo que fue fácil con la excusa de estar metiendo cosas en la maleta. En un momento determinado, se acercó a mí dispuesto a darme un abrazo, pero se paró en seco como pensándose mejor. Lo noté titubear a mi espalda, sin saber bien qué hacer o cómo comportarse conmigo.

—Voy a buscar si hay billetes de avión para hoy —dijo al fin, profundamente afligido.

—Te lo agradezco.

Cerró la puerta y me puse a llorar en silencio desconsoladamente. Todo había sido como un volcán de emociones que no podía controlar. Había hecho buenos amigos durante mi estancia, había conocido a David, a Gabi, a los gemelos... pero sabía que me iba con el corazón en un puño siendo consciente de que perdía a dos de los grandes para siempre. Mi relación con Manu y Ludo ya nunca volvería a ser como antes; y Manu, intuía, también lo sabía.

En menos de dos horas todo quedó recogido. Cuando bajé al salón, vi a Manu acostado en el sofá con las manos sobre su cara, como si buscara la mejor solución a todo aquello con ese gesto. Dejé mi equipaje en el *hall* y me acerqué a él para despedirme. En la mesa estaba mi billete.

—El avión sale esta noche, no hace falta que te vayas ya —dijo Manu oyendo mis pisadas mientras me acercaba a él, sin apartar las manos de su rostro.

—No. Quiero, necesito, irme ya.



Se incorporó rápidamente, despejando su cara de esas dos grandes manos. Me senté a su lado y, sin decirnos nada, cogí mi billete.

—¿Estarás bien? —pregunté al rato.

—Sí, pero te echaré de menos.

—Yo también.

Contemplándonos en aquel sofá, pero teniendo la mente en otra parte, nos dijimos adiós. Y supimos que era una despedida definitiva, una despedida de la que nunca nos recompondríamos, por muchos años que pasaran.

Dirigiéndome hacia el aeropuerto, agradecí en silencio que no hubiera tenido que despedirme también de Ludo.



Cuando llegué al aeropuerto de destino estaba ya mi hermana, Alicia, allí con su entonces marido, esperándome para llevarme a casa. No sé con qué cara aterricé, pero la preocupación en el rostro de Alicia al verme lo decía todo.

—¿Seguro que estás bien? —me volvió a preguntar por tercera vez.

Yo no sabía qué podía contestarle, así que simplemente le hacía un gruñido poco aclaratorio.

Era ya de madrugada cuando llegué a casa. Aun así decidí subir por las escaleras mientras mi hermana lo hacía por el ascensor con las maletas. Mi madre estaba despierta esperándome con los brazos abiertos y sonriendo cuando nos vio aparecer a mi hermana por un lado y mí por otro.

Tras la muerte de mi padre vivíamos solas mi madre y yo en ese piso de cuatro habitaciones, aunque empezaba a plantearse el cambio a una casa más pequeña. Le habría resultado difícil su día a día mientras yo había estado fuera, o al menos eso creí al principio, puesto que su bienvenida fue de lo más confusa.

—¡Qué poco tiempo has estado! Podrías haber aprovechado para quedarte al menos una semanita más.

Sin muchas ganas de dar explicaciones, me lancé a ella enérgicamente dándole un largo abrazo, algo que la dejó más preocupada de lo que hubiera querido. Me fui a la cama rápidamente, para evitar preguntas. Allí acostada, cogí el móvil y vi que tenía varias notificaciones: tres llamadas de Manu, un mensaje del mismo y otra llamada perdida de un número desconocido. Abrí el mensaje de mi amigo:

*Espero que hayas llegado bien. Ya hablamos cuando estemos más tranquilos y puedas entenderlo todo mejor. Le he dado tu móvil a Gabi, ha llamado a casa para preguntar por ti y he pensado que era mejor dárselo y que contactara directamente contigo, un beso. TQ.*

Así que el número desconocido era de Gabi, supuse. Apagué el teléfono sin realmente saber con qué intención. Desafortunadamente, y tal como preveía, no me estaba reconfortando para nada estar en España sabiendo todo lo que sabía. Había pensado que una vez fuera de Francia todo se me olvidaría, pero no había tenido en cuenta que allí había dejado a grandes amigos. “¿Estaba dispuesta a seguir manteniendo la misma relación con Manu o con Gabi?”. Supe al instante que no, y que al día siguiente cambiaría de tarjeta con la intención de tener un nuevo número de teléfono. Era la única manera que se me ocurría de huir definitivamente de todo aquello.

Durante los días siguientes, mi madre no dejó de preguntarme por mi viaje y mi estancia en la bella Saint-Malo. Nunca obtenía respuestas por mi parte, o al menos ninguna que le tranquilizara lo suficiente. Al tercer día, mi hermana vino a comer y tuvo que sugerirle a mi madre que parara con lo de sacarme información. Ese mismo día, Alicia me animó a que saliera a la calle y me diera un poco el aire tras tres días encerrada.

—Por cierto, tienes el móvil apagado, ¿lo sabías? —inquirió mi hermana.

—Sí. Además creo que te voy a hacer caso. Voy a salir de casa para ir a la tienda y cambiar mi número.

Mi madre y mi hermana se miraron entre sí sorprendidas. Desde ese momento, mi madre dejó de acosarme con preguntas y me sentí algo más tranquila aunque, por supuesto, seguía siendo

incapaz de olvidar todo lo vivido en Saint-Malo.

Mientras paseaba por las calles de mi ciudad con mi hermana, directa al cambio de teléfono, me vinieron a la mente momentos felices con mi entonces amigo, Manu. Pasé por rincones que rememoraban anécdotas que nunca podría contar y también discusiones con él que olvidábamos al minuto. Esa vez, a pesar de no haber vivido una discusión tal cual, no tenía el ánimo de reconciliarme con él como cuando éramos más jóvenes. No nos habíamos insultado ni peleado a golpes como de niños, pero mi alma estaba dañada y ese dolor era de los que nunca se curan. Por razones obvias, sabía que a Manu le pasaría lo mismo. Su mensaje era un mero aviso de “somos todavía amigos porque me interesa que no cuentes nada de Ludo a nadie”. No, no era un verdadero mensaje de amistad, interesándose por cómo me había ido el viaje de vuelta.

Ante la mirada de incredulidad de mi hermana, saqué mi todavía móvil y lo encendí. Vi muchas llamadas perdidas de aquel número desconocido que, ya sabía, era el de Gabi. Sin más dilación, decidí ir a la tecla de los mensajes para mandar el último al que había sido mi mejor amigo:

*Manu, por mi parte nunca sabrá nadie de este tema, has sido mi amigo y te lo debo. Espero que todo vaya bien. Hasta siempre.*

No era momento de marearme más la cabeza, era un mensaje claro, conciso y de despedida. No contestaba a nada de lo dicho en su mensaje de la primera noche de mi vuelta a España, pero le mandaba justo lo que él quería oír, sin florituras ni rodeos. Y por fin apagué ese móvil con ese número para siempre.

De vuelta a casa, pasamos por el quiosco de la plaza para que Alicia se comprara una de esas revistas de moda que tanto le gustaban y que luego yo echaba un vistazo, aunque renegara de ellas siempre al principio. Allí me fijé en la portada de los periódicos y divisé el diario local que, al ser sábado, estaba recién salidito del horno. Lo cogí sin intención de comprarlo, solo por saber algo de mis vecinos de los que hacía tiempo no tenía noticias. Cuando vi la portada, me encontré de lleno con la noticia del hijo de Mario.

*Aparece Esteban Belmonte tras dos meses desaparecido*

Leí la entrada de la noticia y enseguida mi hermana apareció a mi lado.

—Ahora el niño dice que no se acuerda de nada. —La miré extrañada sin entender a qué se refería—. ¡Vamos! Que de saberlo todo sobre dónde había estado, qué le habían hecho... ahora nada de nada.

—Un poco raro, ¿no crees?

Miré de nuevo la noticia. Sabía que Mario vivía en la ciudad del vino, muy cerca de allí. De repente me surgió una idea

—¿Te apetecería acompañarme esta tarde a una misión muy importante?

Ambas sonreímos igual que cuando éramos niñas y nuestro plan era hacer algo que no estaba bien visto por nuestros padres, así que supe de inmediato cuál iba a ser su respuesta.

Esa tarde nos dirigíamos a ver a Mario y, si era posible, a Esteban, sin saber muy bien cómo nos las apañaríamos para conseguirlo. Fue fácil encontrar su casa puesto que a pocos metros de ella había todo tipo de cámaras de diferentes canales de televisión y vecinos curiosos que no se movían de allí por si veían al niño aparecer. Se trataba de un barrio humilde con casas bajas y

poco cuidadas, solo unas pocas se salvaban, pero la de la familia de Mario no era una de ellas. Una clara muestra de ello eran las persianas rotas, la puerta algo desvencijada y la pared con la pintura desconchada. Un amplio cordón policial rodeaba la casa y fui directa al policía que resguardaba la zona.

—Disculpe, ¿es posible que pueda darle un mensaje a Mario Belmonte, el padre del niño? —Aclaré.

—Lo siento, señorita, aquí nadie puede pasar, ni tampoco dar mensajes —expresó el joven de manera autoritaria.

—Tal vez... si le dijera que lo conozco de cuando estuvo en Saint...

En ese instante vi aparecer a una mujer vestida de paisana con el pelo pelirrojo recogido en una coleta. Estaba dando una larga explicación a una patrulla de cuatro policías apostados en la puerta de la casa, estaban lejos de mí, pero para eso era maestra y tenía una voz potente.

—¡¡¡Elena!!! —La saludé con la mano justo cuando se giró, moviendo su larga cola de caballo coquetamente.

Sorprendida, se acercó a mí corriendo y miró a todos lados algo nerviosa. Fijándose en mi hermana, noté que quería saber quién era para poder hablar con seguridad.

—Es mi hermana, Alicia. —Se estrecharon la mano—. ¿Hay posibilidad de que podamos ver a Mario?

Percibí que Elena, tan seca e insulsa como siempre, no esperaba tal petición así que se puso algo tensa antes de contestar en susurros, evitando que mi hermana pudiera comprender nuestra conversación.

—Clara, creo que no es muy conveniente —decidió decir finalmente—. Estoy aquí como parte de la comisión, me ofrecí voluntaria para venir.

—Está claro que viniste sin que supieran que podrías darle órdenes a esa patrulla. —Señalé a aquella que estaba junto a la vivienda—. Y que sería pan comido para ti entrar ahí, ¿no es así?

—Así es. Por eso pensé que la mejor opción para visitar a Mario y saber algo más del caso era yo —explicó triunfalmente.

—¿Y has sacado alguna conclusión?

—Nada. —Bajó la cabeza y abrió los brazos con un gesto de exasperación en su rostro—. El niño ahora no dice ni *mu*.

—Pero en las noticias, allí en Francia, el policía dijo que lo recordaba todo, que...

—Es extraño. Mario tampoco quiere colaborar y lo he visto algo violento cuando le he hecho demasiadas preguntas.

—¿Sabe Mario que has entrado como policía?

—No sabe nada, piensa que he venido como compañera de la comisión, aun así puede que sospeche tras todas las preguntas que le he lanzado, no lo sé.

—Sabes que soy maestra y que se me dan muy bien los niños...

Vi cómo Elena se giraba hacia atrás haciendo tiempo para saber qué respuesta darme.

—De acuerdo, pero tendré que acompañarte —dijo mientras levantaba el cordón amarillo y salía por debajo de este—. Se acaban de llevar a Esteban a un nuevo reconocimiento, he pedido más pruebas.

Hizo una señal a la patrulla desde lo lejos y, devolviéndoles el saludo, salimos de allí con la inspectora Elena Potro. Ya en su coche, me advirtió de algo que no tenía previsto.

—El niño no habla —anunció Elena.

—¿Es mudo? —irrumpió mi hermana inocentemente desde la parte trasera del coche patrulla.

—No —contestó Elena con una sonrisa tras aquel comentario—. No ha pronunciado ni una

palabra desde que lo encontraron.

—De alguna manera tuvo que explicar que recordaba todo, ¿no? —inquirí yo desde el asiento del copiloto.

—Sí, cuando mi compañero lo encontró, explicó que tenía mucha información que dar. ¡Ah! —dijo Elena dando un pequeño golpe en el volante como si de repente hubiera recordado algo importante—. Y que haría lo que fuera por coger a esos delincuentes.

—Entonces vería a varias personas —supuse.

—Parece ser que sí. Pero una vez dicho eso, se ha desplomado y ya no ha abierto la boca más.

—Será entonces más difícil de lo que creía —admití.

—Créeme, lo es.

Nunca había pisado esa parte del Altiplano. En la entrada de la ciudad habíamos divisado un alto número de bodegas y algún que otro camión cisterna. La ciudad estaba a punto de celebrar sus fiestas y por todas las calles que pasábamos veíamos que estas estaban ya engalanadas. Me disponía a preguntar a mis acompañantes si me podían recomendar algún vino de la zona justo cuando llegamos a nuestro destino.

Me encontré a Esteban en la sala de espera acompañado de un oficial de policía y una mujer mayor, supuse que era su abuela.

—Por cierto, ¿la madre del niño? —pregunté.

—Murió. Hace... un mes y medio, justo después de que raptaran al niño.

—Al menos el crío no vio los momentos agonizantes de la mujer.

—No sé si es mejor eso o no despedirte adecuadamente de tu madre cuando sabes que no la vas a ver más.

Sin más que añadir, Elena se adelantó para acercarse al niño y saludarle de nuevo. Su semblante era serio, y la abuela no paraba de hablar dándole explicaciones al oficial sobre el resultado de las últimas pruebas.

Elena me hizo una señal para que nos aproximáramos a ellos, mientras que mi hermana se quedaba en un rincón sentada. Entendí que el tema no iba con ella en absoluto y prefirió ser discreta a estorbar.

—Esteban, te presento a mi amiga Clara, es maestra ¿sabes? Tal vez pueda enseñarte algún juego divertido.

Al niño se le iluminó la cara ante tales palabras y me miró con un rayo de esperanza. Estaría ya agotado de todos esos días rodeado de policías y médicos. Pensé en David y en que, tal vez, él había pasado por lo mismo entonces, entendí su desesperación y la de su familia por huir a otro país.

Le di la mano al chico y, sin decir esta boca es mía, me acompañó a una sala expresa para niños, con mesa y sillas bajas. En ese momento no había ni un solo infante, así que aproveche para sacar mi material: un puzle y una pizarra blanca para dibujar. Me senté a su lado y le dejé jugar libremente durante diez minutos para luego intentar conversar con él relajadamente. Cuando lo hice, la cara risueña que había mostrado mientras pintaba en la pizarra se desvaneció y, sin apenas mirarme, se quedó muy recto en su silla sin hablar. Yo le hablaba de mis vacaciones, dándole pie a que él me contara algo de las suyas, puesto que había estado gran parte encerrado. Desgraciadamente seguía sin articular palabra.

Me arriesgué un poco más y empecé a tratarle como a un adulto, contándole lo que a mí me había pasado con más o menos su edad en una sombrerería. Cuando terminé mi historia, no mostró sorpresa en su cara, pero algo había cambiado: se había acercado un poco más a mí, le había asustado. Me maldije ante mi estupidez y rápidamente me levanté dispuesta a llevar al chico con su abuela. Sin embargo, él permaneció callado y respirando fuerte. De repente, las tornas habían cambiado y ahora era yo quien tenía miedo. Sin inmutarse, me señaló la pizarrita blanca. Allí, sin haberme dado cuenta antes, había escrito unas palabras que me dejaron sin habla.

*No preguntes más y que dejen a mi padre tranquilo*

—¿Crees que el padre sabe más de lo que dice? —preguntó mi hermana de vuelta a casa, tras el episodio en el centro de salud.

Había huido de aquel lugar lo más rápido posible. Tras aquella frase supe que nada más podía hacer allí, que el niño no quería decir nada y que quería proteger a su padre. Fue a la conclusión que llegamos tanto Elena como yo.

—Sinceramente, no sé qué habrá contado el padre a la policía, pero está claro que no lo ha explicado todo. Y el niño teme por ellos dos.

—Como si lo hubieran amenazado, ¿no crees? —insistió Alicia.

—Ni idea, pero todo esto huele a chamusquina.

—Yo también lo creo.

Y con esas terminamos nuestra conversación sobre aquel tema, estando casi media hora de viaje en silencio absoluto, cada una pensando en sus cosas.

Alicia me llevó primero a casa para luego irse ella a la suya. Cuando me disponía a salir del coche, me cogió del brazo de imprevisto instándome a quedarme un rato más allí con ella.

—Clara, ¿por qué estás tan metida en esto? ¿Cómo es que conocías a esa oficial que lleva el caso?

—No, no lo lleva ella... bueno, creo que no, porque si está en Saint-Malo viviendo... la verdad que no sé si ella...

—No me interesa la vida de ella y si lleva o no el caso. —Mi hermana paró de hablar para fijar su mirada clínica en mí—. No me gusta esto, lo que estás haciendo, y no sé a qué viene ahora meterte en estos líos. Lo que necesitas es salir, ser feliz y olvidarte de la rutina. Te queda casi un mes más de vacaciones, prométeme que lo vas a aprovechar.

—Te lo prometo —dije seriamente y sin cruzar los dedos.

Ella tenía razón. Esta había sido la prueba definitiva, de nada servía estar metida en ese lío porque nunca lograba avanzar. Lo único que había conseguido era aturullarme sin sentido alguno. Sí era cierto que todo el tema me había entretenido sobremanera durante esas semanas y había hecho que olvidara la verdadera razón por la que me había marchado a pasar el verano a Saint-Malo.

—Prométeme que te vas a olvidar de todo esto, no me gusta, Clara. No me gusta nada. —Volví a repetirme—. Júramelo por papá.

—¡Oh no, Alicia! ¡No seas peliculera!

—¡Júralo!

Y lo hice, dejando a mi hermana pequeña algo más tranquila.

Cuando salí del coche para dirigirme a mi portal, vi ya desde lo lejos la mata de pelo a lo afro que tanto conocía. Sin acelerar el paso por llegar hasta él, me eché las manos a la cabeza sin comprender nada. “¿En serio me estaba pasando esto a mí?”.

—Hola, Tony —dije una vez llegué a él.

—Hola, Clara. —Lo noté demacrado y nervioso ante aquella situación tan incómoda para ambos.

—¿Qué haces aquí? —No me iba a andar con rodeos. Quería que, lo que fuese, lo dijese pronto y se marchara cuanto antes.

—Te echo de menos.

Supe al instante que el juramento que le había hecho a Alicia lo cumpliría a rajatabla. Con la aparición estelar de Tony sabía que iba a tener otros problemas en la cabeza durante una larga temporada, como para tener que acordarme de los niños de la S.



Lo que no podía adivinar era que diez años después, ese juramento se quebrantaría tras la inesperada aparición de un cadáver en el ascensor del piso de mi hermana.

# **TERCERA PARTE**

AÑO 2017



Desde aquella tarde en la que decidí cambiar de número de teléfono y vi aparecer a Tony en la puerta de casa, mi vida dio un vuelco que afectó a todo lo que viví a lo largo de los diez años siguientes.

Nunca más vi a Manu y a Ludo. Me enteraba que venían a España porque mi madre se los cruzaba. Yo, sin embargo, nunca di con ellos. Coincidencia o no, me alegraba de que fuera así.

Recuerdo que en el entierro de mi madre, unos años más tarde, vi a una figura a lo lejos que me pareció la de Manu. Pero nunca recibí una llamada suya de consuelo.

Por supuesto, no pude compartir con él mi vuelta con Tony apenas unos meses después de que este me hubiera dejado por aquella compañera. Tampoco supo de los preparativos de nuestra boda a los dos años ni de cómo me dejó plantada a dos meses de la fecha señalada, yéndose con una joven universitaria.

Nunca tuvo noticias de la depresión en la que me vi envuelta durante un año entero, llegando a querer morirme, ni tampoco de cómo dejé de creer en el amor apoyándome únicamente en mi familia, en alguna amiga y, sobre todo, desgraciadamente y en los peores momentos, en la bebida, convirtiéndome en una lamentable bebedora habitual de fin de semana.

Poco a poco me fui recuperando y, aunque no puse un fin definitivo a mi historia con el ron, sí busqué nuevos hobbies que me ayudaron a solventar la situación. En primer lugar, me propuse aprender francés, tal y como me había prometido allá en el 2007. Tras seis años de esfuerzo, conseguí un merecidísimo B2 por la Escuela de Idiomas.

Por otra parte, fundé un club de lectura en donde se celebraban varios certámenes literarios al año con un gran éxito de participación, ganándome cierto prestigio en esos lares y alcanzando un estatus al que nunca me acostumbraría.

No fue de extrañar que, en cuanto pude, pedí un traslado a otro colegio. Enfoqué esa nueva etapa en mi trabajo de una manera muy diferente a la que había vivido con anterioridad. Mi objetivo principal sería siempre esforzarme al máximo y nunca más hacer amigos entre los compañeros por temor a lo que pudiera pasar. Con mi tesón durante esos años, conseguí varios proyectos interesantes en los cuales se me permitía visitar centros extranjeros como maestra. También reanudé mis ganas de viajar y aprendí a hacerlo sola, disfrutando, la mayoría de las veces, el doble. Excepto en esos momentos en el hotel en los que no tenías con quién compartir las anécdotas del día.

En definitiva, mis días terminaron centrándose en ser feliz, sin pensar en nada más.

Sí, es cierto, he de admitir que ningún día dejé de echar de menos a mi mejor amigo ni tampoco olvidé por completo el caso de los niños de la S, aunque sí dejé el tema aparcado y sin gana alguna de volver a ello.

Y así pasaron los años hasta que un buen día subí en un ascensor con un cadáver dentro...

Después de mis gritos de alarma, cuando hice que todos los vecinos salieran de sus casas asustados y preguntándose qué había pasado, me quedé totalmente en silencio y sin poder clamar algún grito más al reconocer el rostro de David con una bala en la frente. “¿David? Pero ¿qué demonios hacía aquí? ¡En España! A pocos kilómetros de la sombrerería donde fue hallado hacía unos veinte años con una S a medio hacer en la muñeca”.

Ya más tarde, cuando la policía junto al juez de turno, levantaba el cadáver y yo me encontraba en la parte de atrás de una ambulancia donde me tomaban el pulso y me reconocían debido al estado de shock en el que me encontraba, observé a mi alrededor la conmoción que se había creado en la calle. Vecinos y transeúntes que, oportunamente, pasaban por allí, se quedaban mirando e intentado averiguar qué había ocurrido. La gente me miraba como si hubiera sido yo la víctima, pero solo podía pensar en el pobre David y en la casualidad de habérmelo encontrado en aquel ascensor. Desde hacía tiempo no creía en las casualidades.

Al rato, cuando ya me encontraba algo mejor, mi amigo, Enrique, que era uno de los policías de la primera patrulla que había aparecido tras la llamada de alarma, me indicó que debía ir a comisaría para declarar. Así pues, acompañada de mi hermana, fui para allá.

—Usted es... —empezó a decir el oficial mientras rebuscaba una hoja con mis datos en su desordenado escritorio—. Clara Fernández, con domicilio en calle Santa Ana, número 20...

—No —le interrumpió mi hermana—. Ese es ahora mi domicilio, antes era el piso de mis padres donde Clara vivía con ellos. Por herencia y tras mi separación, allí vivimos ahora mi hija y yo —explicaba mi hermana al ver que yo era incapaz de pronunciar una palabra.

Aquel policía, con cara de malas pulgas, nos miró sin entender.

—¿Me está diciendo que ahora Clara Fernández ya no vive allí y que es usted la propietaria del piso? ¿Desde cuándo? Porque aquí sigue poniendo que el domicilio de su hermana está...

—Mire —empecé a decir sin mucho ánimo de ser cuidadosa con mis palabras—. Sigo empadronada en la casa de mis padres, es así de simple, algún día de estos iré a cambiarme de domicilio, no se preocupe. Pero centrémonos en este caso, David era un conocido mío y amigo de unos amigos.

—Sí, eso me ha dicho antes su hermana. —Me miró suspicazmente, algo rondaba en la cabeza cuadrada de aquel policía.

Fue un largo interrogatorio en el que repitió las mismas preguntas varias veces y de las que no recuerdo ni lo que contesté. Yo solo podía pensar en las ganas de irme a casa a dormir durante dos días seguidos.

Justo al salir de aquel desagradable lugar con aquel infumable policía, me encontré de cara con Enrique que justo entraba con varios compañeros. Con un breve saludo, me indicó con un gesto que luego me llamaría.

Había conocido a Enrique en un bar hacía unos ocho años, unos meses después de que Tony me plantara casi en el altar. Desde el primer momento que lo vi, lo consideré un chico llamativo, pero de los que nunca me atraerían. Sus ojos achinados, sus orejas puntiagudas y su cuerpo de gimnasio podrían ser sexys para otras personas, pero no para mí. Era un compañero agradable, con don de palabra aunque su conversación solía girar más en torno a él, a su trabajo, a las pesas que había trabajado ese día, a los casos que llevaba, a sus problemas... A pesar de todo, había sido un amigo fiel durante todo ese tiempo.

Tras aquel gesto, anunciándome su próxima llamada telefónica, me estremecí, pues las temía debido a que estas siempre acababan con un “¿quedamos para un café?” al que nunca me apetecía ir, pero al que al final accedía por pena y donde siempre ocurría lo mismo: era encantador conmigo de tal manera que me hacía ver que él era lo que realmente necesitaba. Sin embargo, solo lo podía ver como un buen amigo. Todo ello me hacía sentir bastante culpable.

Esa misma noche y todavía con mal cuerpo recibí su llamada.

—Me ha parecido muy impertinente tu compañero. —Fue lo primero que le dije.

—Es un buen tipo, un tanto... bruto, pero bastante inteligente. De hecho —creó un silencio que yo interpreté como que algo importante iba a decirme—, ha sugerido que... podría ser verdad...

—Explícate y no des más vueltas —dije secamente y con la total confianza que nos unía.

—A ver, es algo que no debería contarte pero... bueno, lo del tema de tu domicilio, lo pesado que se ha puesto, es porque se le ha ocurrido que quizá el tal David investigó dónde vivías para poder ir a verte y encontró tu antiguo domicilio. De ahí que apareciera en el ascensor de esos pisos y no en los de cualquier otro. ¿No crees que es mucha casualidad que justamente encontraran el cadáver de alguien que no vive allí y que solo tú conoces? Que es, además, donde vivías apenas hace unos meses.

Me quedé helada. Otra vez las dichas casualidades en las que cada vez confiaba menos. Todo eso podría indicar que iba en mi búsqueda. Era una buena hipótesis, pero no entendía qué podría querer de mí.

—Clara, ¿sigues ahí?

—Sí, perdona, Enrique, mira... estoy agotada. Son muchas cosas las que he vivido hoy, necesito descansar y no pensar, la verdad. Hablamos, ¿vale? —dije a modo de despedida.

—¡Sí, sí! ¡Claro! Lo entiendo perfectamente. —Y ahí venía—. ¿Un café mañana? Tengo el día libre.

La aparición de David había vuelto a abrir un episodio de mi vida que creía haber cerrado. Enseguida, todos los recuerdos de aquel verano en Saint-Malo, que había querido olvidar, volvieron a mi mente. A pesar de ello, lo último que me apetecía era volver a inmiscuirme en aquello. Tuve muy claro en su momento que lo dejaría atrás y así debía seguir. Inevitablemente, parecía que el caso de los niños de la *S* me perseguía sin yo quererlo.

—De acuerdo, un café mañana.

Y por primera vez acepté la invitación porque realmente me apetecía, puesto que necesitaba saber si habían encontrado algo más sobre David. Sabía que Enrique, sin mucho esfuerzo, me lo contaría.

De nuevo me estaba metiendo en un buen lío.

El café con Enrique se extendió más de lo previsto. Tenía muchas dudas sobre el caso de David y, encontrándome más tranquila que el día anterior, quería que él me las aclarara. De ahí mi interés por verle sin segundas intenciones, aunque él probablemente no pensase lo mismo. Se había vestido muy elegantemente para la ocasión, con unos pantalones chinos y una camisa de manga larga y cuadros pequeños. Yo, sin embargo, había optado por lo primero que había pillado en el armario, como siempre, sin apenas peinarme o maquillarme.

Sentados en la cafetería le conté brevemente, y sin entrar en detalles, de qué y dónde había conocido a David. No le conté nada que pudiera hacerle sospechar acerca de mis dos amigos, Manu y Ludo, tal y como le había prometido al primero años atrás en un mensaje de texto. Me centré en informarle sobre la comisión y sobre lo poco que se había descubierto gracias a ella. En definitiva, era poca la información que podía transmitirle.

—Están realizando la autopsia todavía, pero todo indica que le dispararon y luego lo trasladaron al ascensor, una vez muerto.

—Pobre David. —Desde que me lo había encontrado me sentía aturdida, inapetente y con falta de sueño. No había sido un amigo tal cual, pero sí un buen compañero durante un corto periodo de tiempo.

—Le he visto la *S* a medio hacer que nos describiste —empezó a decir Enrique—. He comprobado que, efectivamente, fue ese niño que encontraron hará ya unos veinte años en la sombrerería de los García. De hecho, se le perdió la pista una vez que él y su familia se fueron del país.

Tras esa última frase me puse en alerta. Aparenté serenidad, pero un escalofrío por dentro me invadía sin poder evitarlo. No entendí si esa sensación se trataba de un puro presentimiento o simplemente era por el hecho de lanzar a Enrique una pregunta que de repente me había surgido tras su comentario.

—¿Ha venido algún pariente?

—Teniendo en cuenta que solo tenía a un hermano como familia... no.

Mi cara de fastidio tuvo que ser digna de ver, puesto que Enrique me inquirió que le contara más.

—Nada, pensaba que vendría su mujer, Maxime —expliqué para salir del paso—. La verdad es que llevo diez años sin saber absolutamente nada de ellos.

—¿Maxime?

—¡Oh, sí! Maxime no sabía ni *papa* de castellano. Me vendría muy bien ahora para practicar el idioma, la verdad.

—Su mujer era española, pero se separaron.

—No, no. Estoy completamente segura de que era francesa.

—¡No puede ser! Su mujer era española, lo hemos comprobado. Se divorciaron hace ya un tiempo, por lo que pude ver —dijo entonces Enrique sin querer entrar en detalles y dejándole algo pensativo.

—¿Y no se llamaba Maxime?

—No, no lo recuerdo ahora, pero era otro tipo de nombre. Me resulta curioso lo de la tal Maxime, me lo apuntaré —dijo tocándose la cabeza como si en su interior existiera un bloc de notas donde lo anotara todo fácilmente con un lápiz.

—Has dicho que su hermano no ha venido —insistí de nuevo con el tema de la familia—. Es extraño eso, ¿no? Teniendo en cuenta que solo se tienen el uno al otro...

—Te contaré un chivatazo, pero como siempre, ya sabes, ¡no digas nada! —Los ojos de Enrique brillaban así siempre que me contaba algo importante y prohibido sobre un caso—. Parece ser que el “hermanito” es el principal sospechoso.

—¿Sospechoso de qué?

—Pues ¿de qué va a ser? ¡De matar a su hermano!

El café que me había tomado subió por toda mi garganta en un intento de volver a salir por donde había entrado, pudiendo crear un espectáculo innecesario en pleno bar. Rápidamente y sin avisar, corrí al servicio para al menos echarme agua en la cara y sentarme lejos del que me había anunciado que Gabi podría ser un asesino.

En mi fuero interno sabía que aquello no podía ser posible. ¿O tal vez no era capaz de creerlo? Hacía diez años que no sabía de él, pero que matara a su propio hermano... ¡Nunca se me hubiera pasado por la cabeza! Me vino a la mente de pronto los instantes a solas en los que estuve con él, donde jamás me había dado la sensación de que fuera de esa manera.

Una vez me senté de nuevo junto a Enrique, decidí tomar una copa, aunque no fuera fin de semana.

—¿No bebiste ya demasiado el sábado? —Mi amigo manifestó su rechazo a mi actuación con una mirada inquisitiva.

Sí, lo había hecho. Pero me daba igual lo que dijera ahora Enrique de mí, en ese momento necesitaba alcohol indudablemente.

Ya era de noche cuando me acompañó a mi nuevo piso. Me había mudado hacía unos meses con la ayuda de la herencia de mis padres. Era algo más pequeño que el de mi hermana, pero para mí suficiente. No había desembalado todas las cajas de la mudanza todavía, aún quedaban cuadros y libros sin poner. Era un piso sin cortinas ni adornos, pero que con cariño y esmero lo decoraría en su momento.

—¿No me invitas a subir a tu piso nuevo? —dijo ante mi cara de estupor—. ¿Una copa?

No hacía ni una hora que me había puesto mala cara ante el ron que me había pedido y ahora me incitaba a que bebiera más, cuando era lo que menos necesitaba. No, estaba claro que ese hombre no podía darme la estabilidad que se requería en una pareja.

—Cuando esté algo más arreglado, te invitaré. Ahora da un poco de vergüenza. Todavía hay cajas por en medio...

—¿Todavía? ¡Joder, Clara! ¡Hace ya meses que te fuiste de casa de tus padres!

Definitivamente, no era el hombre de mi vida. Comprensión: cero.

—Tienes razón —dije para evitar dar más explicaciones.

—Lo que quieras —espetó un Enrique algo defraudado.

Nos despedimos amablemente y me volví hacia la puerta para abrirla.

—¡Clara! —me gritó desde cierta distancia—. Ya me acuerdo del nombre de la exmujer de David: Sara.

Le hice una señal de *okey* con el dedo pulgar con acritud y me metí dentro sin más. Mientras subía las escaleras, iba pensando en la aparición de la nueva esposa de David, notaba que se me escapaba algo en aquel asunto. Entré en casa dispuesta a empezar a organizar un poco más aquel desastre y, de repente, me quedé petrificada en medio del salón, había caído en qué era eso que no paraba de darle vueltas sin encontrarlo. Sara, un nombre que empezaba por *S*. ¿Y si la famosa *S* tatuada en los niños venía de ese nombre? Tal y como dijeron los gemelos aquella noche en *la Belle Epoque*. ¿Eso dejaría a Ludo apartado de todo este caso? ¿Puede entonces que mi amigo no



tuviera nada que ver con todo esto?

Habría entonces que investigar a la tal Sara. Sin lugar a dudas, supuse que ella sería la clave. Cogí rápidamente el móvil para llamar a Enrique

—¡Vaya! ¿Es que has cambiado de idea? —dijo esperanzado.

—Enrique, escucha. Quiero que investigues sobre la tal Sara.

Y ahí me di cuenta que de nuevo me estaba metiendo en aquel caso, pero esa vez me prometí a mí misma que nada ni nadie me iba a parar hasta resolverlo de una vez por todas.

En la zona de la comarca en la que vivía, se celebraba la llamada “Floración” durante el mes de marzo. A lo largo de ese mes había todo tipo de actividades y acontecimientos relacionados con la floración del almendro del lugar, que llenaba todo el campo de colores exquisitos. Las visitas a miradores para observar esa gran belleza estaban a rebosar y el paseo del río, que era la riqueza natural de la zona durante todo el año, estaba más que nunca repleto de turistas.

Habían pasado ya cuatro días desde la aparición de David con una bala en la frente. Me disponía a hacer algo de deporte por la zona, escuchando con los auriculares la música que tenía en mi móvil, cuando vi la aglomeración de gente que se iba acercando poco a poco hacia mí. Venían a visitar nuestro paraje en aquella época para verlo en su mayor esplendor. Me hice a un lado para no ser apisonada por aquellos excursionistas.

“No hay mejor día para hacer algo de deporte que hoy”, pensé maldiciendo mi gran idea.

En ese momento sonó mi teléfono, era Enrique. Tras haberle llamado para avisarle de lo de la exmujer de David, no había vuelto a saber nada más del caso y estaba impaciente.

—Hola, Enrique, dime —descolgué lo más rápido que pude.

—¿Dónde estás? Apenas te oigo, hay mucho barullo.

—Sí —dije suspirando—. Es que hoy empieza la floración, y ya sabes, todos quieren verla. Pero cuéntame, estoy impaciente por saber.

—Clara, sabes que me la juego cada vez que te cuento algo.

—Lo sé, y te lo compensaré.

—¡Buena chica! —dijo tras su risa fanfarrona—. No hemos sacado nada sospechoso de Sara. Sabía lo de la comisión, pero justo cuando David empezó con todo eso, dice, se separó.

—O sea, que su nueva mujer, Maxime... solo llevaría como mucho tres años con él cuando los conocí, porque era el tiempo que llevaba la comisión.

—Mmm... no creo.

Enrique hizo un silencio intencionado que no pude aguantar por mucho tiempo. Así que a los dos segundos le espeté bruscamente para que me contara todo lo que sabía

—¡Eh! ¡Tranquila! Que si no fuera por mí, no estarías al loro de nada. —¿Cómo lo odiaba cuando se ponía así de prepotente!—. Sara lo dejó porque lo pilló con otra, suponemos que es Maxime, así que creemos que la conocía de más tiempo. Esto es puro *marujeo*.

—Sí, sé de sobra que los tíos también cotilleáis. ¿Algo más? —dije impaciente.

—Sí, pero con esto es suficiente, no es necesario que sepas más. De todas formas, solo te digo que no creo que tenga nada que ver ni con los niños de la *S* ni con la muerte de David. —Empecé a sentirme algo decepcionada—. Cuando se separó, volvió a España con su familia para años después firmar los papeles del divorcio desde aquí. Se volvió a casar y tiene un hijo de ocho años, creo que dijo. ¡Ah, por cierto! —exclamó de pronto—. Ya es oficial, Gabriel es el principal sospechoso de la muerte de su hermano, está en busca y captura.

—¿Ya es seguro?

—A ver, nada es seguro, pero hoy ya se ha publicado la noticia a los medios por si alguien lo viera.

—¿Pensáis que está cerca?

—Clara, no sabemos nada. Lo único que te puedo decir es que un par de transeúntes describieron a alguien con las características de Gabriel transportando de manera sospechosa a

una persona, supuestamente David, a casa de tu hermana. Ya allí lo metería en el ascensor y se iría.

—¿No te parece extraño que, si fue él quien lo mató, se expusiese tan ricamente por la calle para que lo vieran?

—Lo es. Pero es lo único que tenemos, vamos a seguir por esa línea. Repatriarán el cuerpo de David a Francia en una semana, allí supongo que le harán alguna ceremonia. Sería sospechoso que no apareciera.

—Ya es sospechoso que no haya aparecido por comisaría para dar alguna explicación —concluí.

Colgué sin apenas despedirme. Me sentía tan abatida que no me di cuenta de que, sin querer, fui a meterme en el bullicio de la gente que apenas me dejaba pasear tranquilamente. Paré en seco apoyándome en uno de los muros que rodeaba el río, con la mirada al frente, sintiéndome perdida y dejando que los grupos de visitantes me adelantaran.

Tras cinco minutos y algo más animada, me dispuse a reiniciar mi actividad en otra dirección en un intento por apartarme del ruido, que era lo que menos podía aguantar en ese instante. Cuando giré sobre mí misma, inevitablemente choqué con alguien, cayendo yo al suelo de bruces. Todo fue tan rápido e inesperado que apenas pude reaccionar cuando alcé mi rostro y vi ese par de ojos azules escondidos en la capucha de su sudadera. Me quedé allí sentada sin saber qué hacer o decir. Aquel chico, que recordaba delgaducho y con facciones de niño, ahora mostraba un cuerpo y una actitud mucho más maduros. Conservaba esa media sonrisa en su comisura izquierda que tanto me gustaba admirar.

—¿Gabi?

Sin mediar palabra, me ofreció su mano y me levanté para ponerme a su lado. Nuestros ojos hablaron por sí solos. ¡Había tantas cosas que decirnos! Pero entonces, muy calmadamente y ajustándose mejor aquel gorro que cubría su anonimato, se dio la vuelta y me abandonó en medio de toda aquella aglomeración.



Me había encontrado con Gabi después de diez años, y era inevitable rebobinar hasta el verano del 2007 cuando lo conocí, siendo apenas un chaval. El pasado, de nuevo, tal y como había hecho en los últimos días, cayó de pronto como un jarro de agua fría sobre mí. Se me encogió el corazón al recordar aquellos momentos vividos con él en los que reí, conversé, disfruté, me deleité de las grandes mareas de la playa de Saint-Malo y hasta lo pasé realmente mal cuando se enfadó conmigo en esa misma noche. Repasé también aquel día comiendo ostras y cómo se había comportado tal cual era, sincerándose con todo lo que él creía que yo merecía saber. Había sido una pena como yo me resistí entonces a enamorarme de él. A pesar de nuestra bonita amistad, siempre supe que había habido algo difícil de calificar, pero que, tal vez, podría haberse consolidado si yo no me hubiera resistido como lo hice entonces al encontrarme en un momento tan delicado de mi vida.

Cuando lo vi en el río esa mañana, junto con toda esa gente, lo único que quería decirle era “abrázame, ahora sí, muy fuerte”. Pero había huido y no sabía cómo podía dar con él.

Sentada y abrazada a un cojín del sofá lloré desconsoladamente sin saber exactamente por qué. Cuando sonó el teléfono, había perdido casi una hora allí sin hacer nada. Así que, cuando Enrique escuchó mi voz, supo que no me encontraba bien.

—¿Has bebido?

—No, ya no bebo nada, y lo sabes. Eso fue una época turbia de mi vida...

—Vale —aceptó sin rechistar—. ¿Te apetece...?

—¿Un café? —terminé yo la frase tantas veces oída.

—La verdad es que esta vez quería invitarte a un aperitivo. Necesito distraerme de este caso. Se está complicando la cosa...

—Sí, yo también necesito distraerme —dije más para mí.

—¿Cómo? Apenas te oigo.

—Que sí, Enrique, nos vemos debajo de mi casa en... —Miré el reloj—. En una hora.

No me había duchado todavía de mi paseo por el río. Con tiempo de sobra, me puse a arreglarme un poco y a organizar la casa. Era la primera vez que quedábamos para algo más que un café. Intencionadamente, me había decidido por el bar de abajo para evitar que eso se convirtiera en la típica primera cita de cualquier futura pareja, ya que eso nunca ocurriría. Esto, junto al *look* informal y desaliñado que había elegido, bastaba para evitar crear altas expectativas a Enrique sobre nosotros.

Cuando salí de casa ya me había pasado de la hora y bajé las escaleras a todo gas. Llegué a la entrada y, un poco antes de llegar a la puerta, distinguí una figura que me resultaba un tanto familiar. Mis pasos se hicieron cada vez más lentos a medida que me iba acercando a él. Abrí la puerta de hierro con dificultad, más por miedo a lo que iba a encontrarme al salir que por lo que realmente pesaba. Como acostumbraba dentro de su despiste, él apenas se había percatado de mi salida hasta que le toqué el hombro. No reveló estar asombrado ante mi aparición por lo que supuse que estaba ahí con un propósito específico.

—Hola, Clara. —Fueron sus primeras palabras después de haber estado años sin hablarnos.

Noté a Manu muy diferente. Su delgadez era extrema y se le marcaban los pómulos más que

nunca en esa pequeña cara con la ahora inexistente barba. El color de su piel era alarmante y, temiendo por su estado, le cogí de la mano preocupada.

—Manu, ¿qué haces aquí?

Su rostro hizo una mueca intentando sonreír, pero fue tan extraño lo que hizo que sentí aún más pena por él.

—Me muero, Clara.

Ante tal revelación, que había sospechado al verle, me abracé a él mientras mi amigo dejaba los brazos colgando. Noté mis lágrimas asomarse por los ojos y rápidamente me aparté para obviar más dramatismo a su situación. Supe que me lo agradecería.

—Mi corazón se apaga. Ya sabes, una de esas malditas enfermedades congénitas que ha dado la cara antes de lo que suponíamos. —Yo lo miraba atolondrada, sin saber qué hacer o decir para consolarle—. Pero, principalmente, he venido por esto.

Junto con su usual *look* informal, llevaba una elegante americana de color azul oscuro y de la cual extrajo algo del bolsillo interior para entregármelo. Se trataba de un minúsculo trozo de papel. Antes de abrirlo, me agarró de las dos manos juntándolas con las suyas y se emocionó.

—Sabes que te quiero, ¿no? —me dijo.

—Y sabes que yo te he echado mucho de menos.

La conversación fue interrumpida por el sonido del móvil. Supuse que Enrique, desesperado, me avisaba de que ya estaba en el sitio esperándome desde hacía un buen rato. Sin estar muy dispuesta a decirle adiós a Manu, nos soltamos sin mediar palabra y se giró para irse. Me era imposible dejar de mirar su figura con conmiseración mientras se marchaba con paso ligero a lo largo de toda la calle, alejándose de nuevo de mí. Su tiempo se acababa y aquello era más que palpable.

En mi mano seguía aquel insignificante trozo de papel, lo miré de nuevo preguntándome si me encontraba con fuerzas para abrirlo en ese preciso momento, tras la intensa conversación con el que había sido mi mejor amigo. La curiosidad se impuso y con delicadeza desdoblé la nota que me había entregado. En ella me encontré a lápiz cuatro palabras, en principio, sin sentido alguno:

*Alex*  
*Vistas al mar*

—¡Sí! —le grité inesperadamente a lo lejos haciendo que mi amigo se volviera desde la distancia para mirarme—. Allí nos veremos.

Manu me hizo un gesto afirmativo con el dedo pulgar de su mano derecha y se volvió otra vez para seguir su camino.

De nuevo, volvió a sonar mi móvil acabando con aquel mágico momento. Sin cogerlo, me dirigí directamente a la zona de mi cita con Enrique. Llegaba tarde y él me lo hizo notar nada más verle apoyado en la barra. Teníamos una mesa preparada en la terraza para disfrutar de aquel sol ya casi primaveral. El ambiente de júbilo era contagioso, pero mi cabeza daba mil vueltas a los acontecimientos de aquella jornada y no podía más que pensar en ellos.

—Te veo bastante elocuente hoy —observó mi acompañante sardónicamente.

Intenté con todas mis fuerzas estar presente en cuerpo y alma allí con Enrique, pero me era la mar de difícil. Así pues, antes de lo que yo habría imaginado, Enrique me anunció que tenía que marcharse.

—¿Crees que este aperitivo te ha servido realmente para airearte? —Afirmé con la cabeza mientras esperábamos a que nos trajeran la cuenta—. Yo no lo creo —concluyó él de mala gana.

—Lo siento muchísimo, Enrique, de verdad quería estar...

—¿Presente? —dijo algo molesto.

Antes de poder replicarle, apareció justo al lado nuestro una señora que paseaba a su perrito y a la que conocía muy bien. La vi mucho más mayor de lo que recordaba, pero su porte y actitud nerviosa seguían siendo los mismos. Ante la atónita mirada de Enrique, me levanté para dirigirme fugazmente hacia ella.

—¡Lucy! —le grité consiguiendo que esta se volviera de inmediato hacia mí.

—¡Ay, Clara! ¡Qué guapa te veo! —Nos abrazamos fuertemente mientras Enrique pagaba la cuenta a toda prisa para acercarse a nosotras.

La madre de Manu nunca supo de mi separación con su hijo, pues siempre que la veía me contaba qué tal le iba por Francia como si nada. Por ella supe que mis amigos habían cambiado su domicilio a Nantes hacía unos años, tras la muerte de la madre de Ludo.

—He visto a Manu esta mañana —dije con toda la intención.

La pobre mujer no pudo evitar emocionarse en ese momento.

—¡Qué pena, Clara! —decía mientras se sacaba un pañuelo del bolso—. Todo ha sido en estos dos últimos años, él me dice que está bien, pero... tú más que nadie sabes cómo es esto de las enfermedades.

Afirmé con la cabeza evitando recordar la enfermedad de mi madre.

—Por eso ahora viene más a visitarme, porque sabemos que pronto dejaremos de vernos —siguió contando entre lágrimas—. Ludo ya está en Nantes y Manu vuelve esta misma tarde. Fíjate que hace un año y medio se casaron, una ceremonia íntima: solo ellos, dos compañeros de Ludo y yo. Esperaba encontrarte allí. —Se me hizo un nudo en la garganta al pensar que mi mejor amigo se había casado y que yo apenas había sabido nada—. Se habían convertido en los señores Sauvageot, y ahora mira, enferma Manu y...

—¿Señores Sauvageot?

—Sí, claro, es el apellido de Ludo. Ya sabes que él siempre usaba Montagne, el de su madre, puesto que el padre los abandonó, pero legalmente son los señores Sauvageot. A Manu no le importaba perder su apellido de soltero. El suyo, Marín, es menos francés, y como están viviendo allí...

—¿Sauvageot? —repetí tontamente ante la atónita mirada de Lucy. “¿El apellido oficial de Ludo empieza con una S y yo sin saberlo?”.

Seguimos conversando unos minutos más, pero mi interés había recaído en otra cosa y, al igual que me había ocurrido con Enrique hacía un momento en el bar, ya no escuchaba a Lucy con demasiada atención. Con algo de prisa por mi parte, nos despedimos enfrascadas en otro largo abrazo. También me despedí de Enrique sin mucha floritura. Él se marchó cabizbajo por nuestra nefasta “no cita” y yo con la adrenalina por las nubes.

Sin pasar por casa, me fui acercando hacia la zona del río. Arrugué aquel papelito que me había entregado Manu y que había guardado con cuidado en el bolsillo del pantalón.

La S de aquellos niños perdidos procedía del apellido Sauvageot, ahora sí que no tenía la menor duda de que Ludo, muy a mi pesar, estaba metido hasta las cejas en aquel desagradable caso.

Cuando entré a la hospedería de la calle San Sebastián, no había nadie en la recepción. Se trataba de una casa decimonónica, la cual había sido restaurada para convertirla en un pequeño hotel de pocas habitaciones, el único de aquella comarca. Todo en él era lujo y cuidado máximo por los detalles, sin perder un ápice de su autenticidad.

Allí plantada, saqué la nota que Manu me había entregado esa mañana para releerla y asegurarme de que no estaba equivocada al descifrar aquel mensaje secreto. Enseguida oí unos pasos acercarse, marcando con fuerza cada zancada que daba. Estaba claro que esa persona llevaba unos buenos tacones y que no sería Álex el que me atendería, así que había un pequeño obstáculo que debía solventar de alguna manera.

—¿Puedo ayudarle en algo? —dijo una elegante señorita con traje de chaqueta como uniforme, dándole un cierto toque canalla con sus labios rojos

—Sí, mire...

—¡¡Clara Fernández!!!

Me volví de golpe mostrándole mi amplia sonrisa a aquella persona tan querida. No le podía estar más agradecida, había aparecido justo a tiempo.

—Hola, Álex —dije sin poder dejar de sonreírle.

Álex había sido un buen amigo y compañero de clase en el instituto. Más adelante, nuestras vidas se separaron puesto que él se fue lejos a estudiar y a vivir un poco apartado de sus conservadores padres y esa exnovia con la que tanto sufrió y de lo que nunca se recuperó. Tal y como suele pasar, finalmente terminó trabajando en el hotel de la zona y viviendo en un piso a solo una manzana de su ex, la cual ya tenía dos hijos de su matrimonio con otro hombre. Nos saludamos dándonos dos besos y, sin mediar palabra, me cogió del brazo con energía. Era una persona que irradiaba felicidad y confianza, en definitiva, daba gusto estar acompañada de él.

—Cati, ya me encargo yo —le anunció a su compañera mientras me guiaba hacia dentro.

La chica, sin decir nada y mostrando cierto escepticismo a la escena, se volvió para sentarse en el mostrador de la recepción.

—Tengo esto —dije enseñándole el papel arrugado mientras recorríamos un largo pasillo.

—Lo sé. Ha venido Manu hoy a decirme que vendrías. Tu amigo te está esperando.

Álex me acompañó hasta la planta más alta del hospedaje. Al salir del ascensor me señaló la habitación a la que debía ir para, seguidamente, darse la vuelta deseándome buena suerte.

Allí, delante de la habitación número seis, saqué de nuevo aquel trocito de hoja para cerciorarme, una vez más, de que no estaba equivocada. Tal y como había deducido, mi amigo Álex era a quien tenía que buscar para guiarme a la segunda parte de aquel código secreto:

### *Vistas al mar*

Golpeé la puerta con delicadeza como consecuencia de mi temor ante aquella situación. Durante segundos el corazón se me aceleró y no supe qué hacer con mis manos por lo que decidí entrelazarlas sobre mi pecho en un tic constante y repentino. Nadie me abría la puerta y eso hizo que de alguna manera me relajara. Por otra parte, empecé a sentirme decepcionada por la frustrada expectación, aunque el tic de mis manos iba descendiendo paulatinamente. Ante aquella nueva sensación, llamé con más fuerza una segunda vez a la espera de que, de nuevo, nadie me



abriera. Pero me equivoqué. La puerta se abrió lentamente dejando un minúsculo resquicio por el que apenas se divisaba algo de luz. Una silueta emergió de la oscuridad tirándome de los brazos hacia dentro sin mediar palabra. Me guio por un estrecho pasillo hasta llegar a una espaciosa habitación, con la única iluminación de una lámpara en la mesilla, quedándonos frente a frente.

—Hola, Gabi —dije intentando ocultar una sonrisa bobalicona que, sabía, él era capaz de advertir.

Llevaba la misma ropa básica de esa mañana: vaqueros oscuros con zapatillas de deporte clásicas y una sudadera gris, la ropa ideal para pasar lo más desapercibido posible. Con la capucha puesta y la falta de luz, apenas podía distinguir sus rasgos. Aun así y a pesar del tenebrismo que allí habitaba, sus ojos brillaban igual que siempre.

Permanecimos de pie en un absoluto mutismo. Aproveché el momento para mirar a mi alrededor y darme cuenta de que Gabi estaba alojado en una de las suites del hotel. Su maleta seguía sin abrir en el suelo, haciéndome dudar del tiempo que había estado allí escondido. Había dos pequeñas salas: una era una pequeña salita de estar con sofá y televisión y en la otra, en la que nos encontrábamos en ese momento, había una inmensa cama deshecha junto a una butaca señorial y un armario empotrado de madera oscura.

Se quitó la capucha y me dedicó la sonrisa más natural del mundo. Hacía diez años que no nos habíamos visto y ello merecía que nos examinásemos casi sin pestañear. Se apoyó en la pared mostrándose algo más relajado que al principio, era obvio que los dos habíamos tenido que madurar, y mucho, tras todos esos años. Cruzaba los brazos y ladeaba la cabeza hacia un lado sin dejar de mirarme. Deduje entonces que él también se alegraba de verme.

—¡Clara! —dijo al fin.

Dio solo dos pasos con sus largas piernas acercándose a mí en un santiamén. Mostraba una falsa seguridad ante mí a pesar de que, sin duda, ninguno de los dos sabíamos muy bien cómo debíamos comportarnos ante aquella situación. Me cogió de las manos por inercia y, sin poder apartar la mirada, empezó a hablar.

—Nunca hubiera pensado que volvería a verte. —Yo apenas podía articular palabra ante la emoción, así que decidí agachar la cabeza hacia nuestras manos entrelazadas—. Desapareciste —si-guió diciendo—. Cuando volví a Saint-Malo, fui a buscarte pero te habías ido ya. Llamé mil veces a tu móvil, pero nunca tenía señal, intenté contactar contigo a través de Manu o Ludo, pero... me decían que ya no os hablabais... Estuve meses preparando una visita para venir a verte, pero... bueno, te casaste, ¿no?

Ante aquella afirmación levanté rápidamente la cabeza sin saber qué decir. Él entonces me cogió delicadamente las dos manos como intentando buscar algo.

—¡Ah! Parece que no lo llevas.

Supe que se refería a mi alianza... Sin saber muy bien por qué, no quise darle explicación sobre lo de Tony, al menos no en ese momento.

—Di algo, no hablas. Me recuerdas a aquella noche cuando nos conocimos, te quedaste muda al principio. Ya iba abandonarte ante la falta de conversación, ¿y qué hubiera sido de ti? —dijo abriendo los ojos exageradamente con la intención de hacerme reír para alentar aquel momento—. Sola en aquella estúpida barbacoa, sin tus amigos y sin nadie más que te hiciera caso, ¿eh?

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué hubiera sido de mí! ¡Fuiste mi héroe! ¡Mi salvador!

Y estallamos en carcajadas. Seguíamos con las manos cogidas y sin apartarnos la mirada.

—He estado en casa de Manu todos estos días, pero justo hoy, tras ser acusado como el principal sospechoso de la muerte de David, creí que podría ponerlo en peligro y he decidido alojarme aquí. Me alegra que haya podido darte el mensaje, confiaba en que lo entendieras.

En ese momento no pretendí juzgar sobre la reciente noticia de que Gabi fuera el principal culpable de la muerte de su hermano, así que rápidamente intenté cambiar de tema y no pensar

mucho en ello.

—¿Desde aquí también se ve la marea?

—¡Oh, por supuesto! La marea de la Vega Alta. ¡Mira!

Mucho más cómodos tras nuestra primera conversación, nos acercamos a la puerta del balcón, restaurada para darle un toque añejo a la estructura del hotel. Con algo de dificultad, la abrimos para adentrarnos en la noche de la comarca y observar cómo de caudaloso pasaba por allí el río y el paisaje que le acompañaba.

—Me gusta.

—Sí... Pero me quedo con la marea de aquella noche en Saint-Malo —añadí yo.

Noté cómo me lanzaba una mirada de las suyas mientras yo seguía divisando el horizonte, deleitándome del espectáculo.

—¿Te acuerdas de cómo acabo esa noche?

—Sí —me lamenté.

—Cuando volví a casa para contarle a David lo que había pasado, y lo que sospechaba de ti — que yo era una aprovechada— me incitó a que siguiera con mi amistad contigo.

Me giré de golpe para mirarle. Algo me rechinaba en aquello e intuí que a Gabi le había ocurrido lo mismo.

—Mi hermano —seguía explicándose—, ese que siempre me había obligado a huir de aquellas personas que querían aprovecharse de sus circunstancias.

—Supongo que él vería que yo no era así.

—Lo pensé durante un momento, pero cuando me dijo “Gabi, nos interesa esa chica” empecé a sospechar.

—Cuéntame más —exigí interesada.

—Es cierto que yo nunca me había metido en los asuntos de mi hermano. Él vivía en Saint-Malo y yo... o era demasiado joven o me pasaba casi todo el año lejos de allí. Así que ninguno se entrometía en las cosas del otro. Tras su comentario sobre ti esa noche, pensé que algo llevaba entre manos y estaba relacionado contigo. Por tanto, inicié un plan. ¿Recuerdas que estuve varios días desaparecido tras nuestra disputa?

—Sí, claro. Pensé que era porque seguías cabreado conmigo.

—Bueno, en parte así era. Pero principalmente estuve sin salir de casa, aprovechando cualquier oportunidad en la que David saliera para entrar en su despacho.

Seguíamos en aquel minúsculo balcón como dos buenos amigos que se contaban su vida después de solo unos meses sin haberse visto. Nuestro caso era que hacía diez años que no sabíamos nada el uno del otro y había una trama de por medio que nos unía y en la que, parecía, ambos queríamos estar involucrados para solucionarla de una vez.

—Al día siguiente de nuestra discusión —continuó Gabi—, David se ausentó por la mañana. Me enteré que estaría fuera durante unas horas por lo que aproveché para ver todos esos papeles revueltos que siempre llenaban su escritorio.

—¿Viste algo interesante?

—Pues justo ese día, después de ojear todo lo que allí había, encontré una carpeta simple, oscura, de esas de dos tapas que parece un libro fino. La abrí, y... ¿a que no sabes a quién me encontré?

—La foto de una niña pelirroja y con gafas rosas.

Supé que había acertado por su inesperado silencio. Comprendí que esa sería la carpeta que yo después vería en casa de Elena.

—Supongo que te preguntarás por qué lo sé.

—¡Supones bien! —exclamó Gabi algo agitado.

—Luego te pongo al día de todo lo que yo averigüé, pero me interesa que termines tu historia, por favor.

—De acuerdo... —dijo no muy convencido—. Pues, como supongo que sabrás, la foto iba acompañada de unos documentos.

—Sí, pero no tuve tiempo de leerlos en su día.

—Yo tampoco porque justo en ese momento alguien abrió la puerta de golpe y me pilló.

—¿David? Bueno... al final es tu hermano, no veo mal que le contaras la verdad de lo que estabas haciendo. En realidad, creo que hubiera sido lo primero que tendrías que haber hecho, preguntarle a él y salir de dudas.

Empezó a reírse con tristeza mientras negaba con la cabeza sin decir nada, hasta que al fin se dignó a explicarse.

—No, Clara, la persona que entró y me pilló con las manos en la masa ¡fue Maxime!

—Pero ella no se enteraba nunca de nada. No creo que...

—Me echó una mirada... supe que ella sabía perfectamente lo que yo pretendía hacer.

—Supongo que cumplía órdenes —dije quitándole hierro al asunto—. Le habría exhortado que nadie podía entrar al despacho. Se le notaba una mujer sumisa a su marido...

—¡Joder, Clara! ¡Qué engañada estabas! ¿Eh?

Me volví a él de nuevo sin entender. Maxime había mostrado ser una mujer enamorada de su pareja, que aceptaba todo aquello que él hiciera sin preguntar, una mujer atenta a los quehaceres de su casa, sin ningún tipo de autoridad u opinión ante cualquier tema. Por ello no entendía a dónde quería llegar Gabi con ese comentario.

—Está refrescando, Clara. Vayamos dentro mejor.

Supe que lo que en realidad quería era evitar que fuéramos escuchados desde allí fuera. Con seguridad, sabíamos, que en las habitaciones de ambos lados no había nadie esa noche, pero sí que pasaba mucha gente por debajo de aquel balcón a la que podía, o no, interesarle de lo que hablábamos.

—En los papeles que tenía la policía sobre David, no salía Maxime como su esposa —dije de repente al acordarme de lo que me había contado Enrique en su día.

—Es que no lo era —me confirmó Gabi.

—¿Y tú eso lo sabías?

—¡Claro! A ver, es algo de la vida privada de David, así que tampoco es que me interese mucho. Pero sí, David estuvo casado con otra mujer y se separó para estar con Maxime, aunque nunca se casaron. —Hizo una pequeña pausa—. ¿No hay nada que te llame la atención de ella?

No sabía muy bien a qué se refería. Sí, había algo que siempre me había resultado una incongruencia en esa pareja, pero temía decirlo en voz alta por si me equivocaba.

—Pues ¿que después de años de relación, no sabía ni una palabra en castellano? —dije dubitativa.

—Efectivamente. A mí también me extrañaba pero bueno, ya sabes, vivíamos en una ciudad francesa... su pareja podía comunicarse con ella en su idioma... no necesitaba aprender ninguna otra lengua, pero a mí siempre me pareció de lo más raro.

—¿Qué pasó cuando te pilló en el despacho de David?

—Me invitó a salir muy educadamente y lo cerró con llave. Supongo que le contaría a mi hermano lo que había pasado porque ya nunca más pillé la habitación abierta para mí.

—¿Y ya está? ¿Esas fueron tus pesquisas? —Empecé a reírme dándole un poco de pena aquel jovencito Gabriel de entonces, que tanto se había empeñado en saber sobre el caso.

—¡Pues no, lista! —dijo para parar mis risas y hacer que bajara un poco la voz—. Hablé con mi hermano de manera natural de lo que había encontrado y de por qué había entrado sin permiso. Él me dijo que aquella foto se la había entregado Elena, y me informó de que era policía —dijo orgulloso, como dando a entender que él sabía algo de lo que yo apenas tenía idea.

Cuando vio que no me sorprendía ante aquella noticia, bajó su talante para seguir con la historia menos animado.

—Fui entonces a casa de Elena sin que lo supiera mi hermano. Ella me contó que la niña de la foto era la que había visto David y que se la había dado a él para que lo confirmara. Sin embargo, ella sabía algo más que mi hermano, lo notaba, pero no quería decírmelo. Ante mi insistencia, me aconsejó que fuera a ver a un colega suyo a España.

Me dijo que tener un corresponsal allí nos serviría de mucho y que si podía permitírmelo, me agradecería que fuera y preguntara por todo eso. Me dio una lista de preguntas que debía hacer a aquel amigo suyo.

—¿Por qué no iba ella?

—Es lo mismo que yo le pregunté, pero me dijo que en ese momento su trabajo estaba en Saint-Malo. Así que, sin más, decidí ponerme en contacto con aquel compañero de Elena.

—¿Y?

—Pues que nunca respondió a mis llamadas. Cuando me marché a Lyon, con la intención de reclamar unas notas, mi siguiente misión era irme a España e intentar localizarlo allí en persona.

—Podría haberte acompañado.

—¡Tonterías! Ya te dije entonces que no te metieras en ese lío más. Además, ¿qué hubiera pensado Manu y Ludo si al volver no te ven en casa? Era mejor no saber demasiado.

—¿Y que tenía de especial aquel policía?

—Fue el inspector que llevó el caso de los niños de la S.

—¿Al que apartaron del mismo por ausencia de pruebas, tras acompañar a tu hermano de pequeño a aquella nave abandonada y no encontrar nada?

—¡Exacto! Ese era él.

—Supongo que te aclararía quién era el de la foto.

Estábamos en ese momento sentados en la cama deshecha. Gabi tenía los brazos sobre sus rodillas y noté que se sentía afligido ante aquello que él y yo sabíamos sobre Ludo. No tenía que decirme más, sabía que habíamos averiguado lo mismo. Le cogí de la mano para tranquilizarlo. Notaba que, como yo, se sentía totalmente devastado por los acontecimientos de tantos años atrás. Fuimos acercándonos lentamente, observándonos cada detalle de nuestros rostros y viendo reflejado en los ojos del otro nuestra excitación cuando de golpe, una llamada a la puerta, nos interrumpió.

Nos separamos inmediatamente y Gabi me hizo una señal con el dedo en sus labios para que permaneciera callada. Entonces oí la voz de mi amigo, Álex.

—Me dijiste que te avisara si venían, acaban de aparcar en la calle de abajo. Que Clara salga corriendo.

Con un breve *OK*, Gabi cerró la puerta y se dirigió rápidamente hacia donde yo estaba.

—La policía está aquí, debes irte, ¡ya!

—¿Y tú? —dije realmente preocupada.

—Ya me las apañaré, no te preocupes.

Me encaminaba ya torpemente hacia la puerta cuando me volví a él para comentarle una última cosa.

—¿Piensas que por eso David quería que te hicieras amigo mío? ¿Para investigar más

fácilmente sobre Ludo?

—Sí, eso es lo creí entonces, ¡pero vete ya! —dijo empujándome con poca delicadeza por el pasillo de la suite. Se le notaba asustado—. Aun así, todo fue una farsa por su parte, quiso hacerme creer de esa manera que Ludo era el culpable de los secuestros.

—¿Hacerte creer? Es que lo era... o lo es...

—No, Clara. —Se calló como si dudara en decirme aquello o no—. Quienes llevaban todo esto de los niños eran Maxime y mi hermano David.

Ante mi cara de incredulidad, posó un sentido beso en mi frente y me empujó a la fuerza hacia el pasillo sin más explicaciones, cerrando la puerta a mi espalda.

Ya empezaba a oír ruido en la planta de abajo y, al no darme tiempo a huir por la puerta del hotel, me escondí en las escaleras de emergencia. Aunque, ahí sentada, mi mayor preocupación era saber qué sería de Gabi. Mi mente no dejaba de pensar en lo que acababa de escuchar.

“¿Maxime y David eran los responsables de toda esta trama?”.

Eran las siete de la mañana del día siguiente cuando sonó el timbre de casa. Estaba ya despierta, no había pegado ojo en toda la noche, pero me resultaba extraño que llamaran un domingo a esa hora. Cuando abrí, me encontré a un Enrique ojeroso y con cara de pocos amigos. Sin dignarse a saludar, se adentró en mi salón y se sentó en uno de los pocos asientos que había. Miró mi nueva casa como si de un ovni se tratara para luego levantar la cabeza hacia mí.

—¿Qué hacías?

—Pues dormir. Pero veo que tú de eso, hoy, más bien poco.

Hizo ademán de una sonrisa, pero se quedó a medio camino para observar otra vez mi nuevo hogar.

—Efectivamente, todavía tienes cajas de la mudanza y cosas sin poner.

—Efectivamente —repetí—. Pero no creo que estés aquí un domingo a las siete de la mañana por eso.

—No estará tu amigo aquí, ¿verdad?

Supe al momento que se refería a Gabi. No había sabido nada de él después de abandonar el hotel con la ayuda de Álex, que me había mostrado una puerta trasera para poder salir sin problema. Le pedí que me informara de cómo acababa todo, pero no había recibido ningún mensaje aún.

—Exactamente... ¿a quién te refieres?

—Venga, Clara, sabes que me refiero a tu amigo Gabriel. Me dijiste que lo conocías y, cuando te dije que era el principal sospechoso del asesinato del ascensor, hasta tuviste que ir al baño del *patatús* que te dio.

—Vale, sí, lo conozco. Y sí, me impresionó, pero bueno... ¿eso qué sentido tiene para que tengas que venir a mi casa a estas horas?

—Porque la que nos dio el chivatazo, la tal Cati de recepción, dijo que una chica con tus características había sido la última en entrar al hotel. Yo solo até cabos.

Así que *esa Cati* había sido la que había llamado a la policía. En esta vida no podías fiarte de nadie. Hicimos bien Gabi y yo en dejar el balcón para entrar a la habitación una vez que la conversación se puso más seria.

—Tu amigo, Álex, después de un largo interrogatorio en el propio hotel, lo admitió y aquí estoy para que me cuentes qué te dijo el tal Gabriel.

—Vale, sí, estuve con él.

—Casi una hora.

—Pues no lo sé pero...

—Una hora da para hablar de muchas cosas, a no ser que no hablarais sino que... —No acabó la frase, pero el rubor que empezó a subirme por todo el cuerpo de la rabia, hizo que apretara fuerte los puños para evitar darle un guantazo a esa persona que consideraba un amigo.

—Mira, Enrique, lo que hiciéramos o dejáramos de hacer se lo puedes preguntar al propio Gabriel. Ahora —dije señalándole la puerta—, te invito a que te vayas de mi casa. Si necesitas una declaración oficial, gustosamente iré a comisaría para declarar.

Enrique se quedó sentado mirándome de manera inquisitiva.

—Está bien, Clara. Lo siento —dijo con un largo suspiro y algo más relajado—. Pero no esperaba que tú estuvieras metida con ese tío en una habitación, no sabía que lo conocieras tanto.

Nadie sabe que estuviste con él, me lo he guardado para mí, por eso no puedes ir a comisaría. Si lo supieran estarías en un buen lío, y es lo que intento evitar preguntándote directamente.

—Eso es de agradecer, la verdad —dije algo más calmada—. Y te lo contaré todo pero ahora no, Enrique. ¿Qué tal un café esta tarde? Y te explico lo que necesites saber. Ahora necesito ordenar mis ideas para que me puedas ayudar.

Ahora sí, Enrique se levantó del sillón con desgana para irse. Yo iba siguiéndole cuando, justo abriendo la puerta, se dio la vuelta para cogerme de los hombros de una manera muy poco fina.

—Clara. —Sabía lo que vendría después y me aparté delicadamente, le abrí la puerta un poco más y él entendió el mensaje—. Llámame para el café. —Y salió corriendo escaleras abajo.

Algo afectada por lo que me había enterado de buena mañana, me dispuse a preparar el desayuno cuando llamaron de nuevo al timbre, pero ahora al de la puerta de abajo. Mientras me dirigía a abrir, miré a mi alrededor intentando adivinar qué era lo que Enrique se había dejado olvidado para que tuviera que volver a llamar de nuevo.

—Clara, abre.

No era Enrique.

Cuando abrí la puerta por segunda vez en menos de media hora, vi a un Gabi sucio y con heridas en los brazos.

—Y porque el pantalón tapa las de las piernas —me informó—. ¡Joder! ¿Por qué ha estado tanto tiempo el poli ese? He estado toda la noche dándoles esquinazo y, cuando por fin consigo averiguar dónde vives, me encuentro a otro poli.

—¿Cómo has escapado?

—Salté.

—¿A dónde?

—A la calle, por el balcón.

Puse las manos en mi boca sin poder evitar mostrar mi estupor.

—¿Saltaste desde una segunda planta? ¡Tú estás loco! ¡Por eso ha venido Enrique a preguntarme! Porque no te han pillado.

—¿El tío ese se llama Enrique?

—Oye, es mi amigo, y se está portando muy bien con todo esto.

Gabi levantó las manos rindiéndose ante la evidencia y dejó de hablar de él.

—Necesito encontrar pruebas para que no me detengan. Si me dejo atrapar, estoy perdido. Nadie sabe todo lo que yo sé. Bueno, o sí, pero no están dispuestos a ayudarme, o al menos no quiero depender de nadie, quiero hacerlo yo solito.

—¿Sabes que me metes a mí también en un lío? —dije repitiendo lo que me había dicho Enrique.

—Sí, pero necesito tu ayuda. Cuando todo esto acabe, desapareceré y no volverás a saber más de mí ni de los niños de la S o de la A.

Ante aquella afirmación tan contundente me sentí herida, como una bofetada de realidad, puesto que yo seguiría con mi vida y él con la suya, así de simple. A pesar de que lo que más me apetecía en ese momento era compartirla con él.

—De acuerdo, pero primero debes contarme todo lo que sepas. Y por qué crees que David y Maxime son los cabecillas de todo esto.

—Te lo voy a contar todo pero en orden. Antes de nada, por favor, quiero curarme las heridas y tras ello un café bien cargado.

No pude replicarle nada. Hice que me acompañara al baño donde estaba el botiquín y lo curé



con la mayor delicadeza posible. Estaba lleno de arañazos por todas partes. Le dejé a solas para que se mirase el resto del cuerpo con tranquilidad.

Apareció con el torso descubierto, lleno de moratones y se sentó en el taburete de la cocina con la intención de compartir el desayuno conmigo. Mientras saboreábamos unas sabrosas tostadas con aceite y azúcar, especialidad de la familia Fernández, y un intenso café, empezó a contármelo todo.

—Creo que nos quedamos con que después de solucionar mis problemas universitarios en Lyon, me marché seguidamente a España. Allí fui directo a la comarca del Noroeste, que es donde vivía aquel inspector, Román Hernández. Primero le puse al día de la comisión de mi hermano, cosa que agradeció profundamente, aunque lógicamente ya sabía de ella.

Cuando le enseñé una copia de la foto que me había dado Elena, este señor reconoció a la famosa niña pelirroja del caso de los niños de la S. Fue entonces cuando Román sacó toda la información que había recopilado durante esos últimos diez años mostrándome quién era en realidad aquella niña, habiendo sido siempre la familia de Ludo la principal sospechosa del caso.

—Me dijiste que los principales responsables habían sido Maxime y tu hermano, ¿ahora me dices que era Ludo y su familia?

—Déjame terminar, si me interrumpes tanto, no terminamos y hay muchas cosas que debemos hacer antes de que tu amigo el policía aparezca de nuevo.

Afirmé con la cabeza dándole la razón, no debíamos perder tiempo.

—El padre de Ludo, el señor Sauvageot, había sido un conocido delincuente en Francia, siempre se le encontraba metido en algo turbio. Había regentado negocios, de los cuales había acabado arruinado. Sin embargo, cuando su hijo mayor enfermó, se marchó él solo a España para vivir en la comarca del Altiplano. Su único hijo sano, Ludo, lo visitaba de vez en cuando, pero un día el hombre desapareció dejando a su familia en la estacada. Antes de que eso ocurriera y justo un poco después del caso de David, Román localizó la vivienda del padre de Ludo y cuando llegó se encontró, para su sorpresa, con la foto que ambos ya conocemos. Román, muy inteligente, le quiso preguntar por ella. Él solo le dijo que era su hijo menor. El segundo paso sería dar con aquel niño para preguntarle y confirmar que era el mismo que vio David en su día.

Poco después, Román visitó Francia para encontrarse con el chico. Allí, Ludo, que ya era un joven universitario, dejó claro que su propio padre lo había metido en aquello que llevaba entre manos, de ahí que David lo viera cuando fue raptado. Pero no porque el joven tuviera algo que ver. Simplemente seguía las instrucciones de su padre, él le temía y ni siquiera sabía lo que hacía, tal y como le contó al inspector.

—Así que mi amigo Ludo es inocente. —Di un salto de alegría y derramé todo mi café. Tuve que limpiar rápidamente el estropicio, cubriéndolo todo con servilletas de papel.

—Podría decirse que sí —prosiguió Gabi, apartando su propio café para que no le ocurriera lo mismo que al mío—. Él solo se dedicaba a hacer una especie de tatuaje, de tal manera que así creía ayudar. Román notaba que Ludo tenía como una necesidad imperante de hacer que su padre se sintiera orgulloso de él en alguna ocasión.

—¡Vaya! ¡Tuvo que ser un hombre muy exigente! —Hice un pequeño parón conmocionada por la indudable dura infancia de mi amigo—. Una cosa más, si Román había encontrado al culpable, el señor Sauvageot, ¿por qué no lo detuvo en el momento?

—No eran pruebas concluyentes. De todas formas, tenía muy claro que había ahí alguien que no quería mover ficha en ese asunto y por ello se cerró el caso antes de tiempo. Pero Román siguió investigando por su cuenta.

—¡Pobre Román!

—Sí. Dijo que, cuando intentó buscar más información, nadie le prestó atención y que muchos lo trataron de loco. Las órdenes venían de arriba.

—¿Se sabe de quién?

—Sí, pero vayamos por partes. Cuando fue a ver a Ludo esa primera vez, su hermano había muerto ya hacía unos años y el padre estaba recientemente desaparecido. Supieron de más desapariciones y apariciones de niños con la marca en la muñeca por las noticias y supusieron que el señor Sauvageot estaba vivo por ello. Hicieron buenas migas Román y Ludo y, de vez en cuando, el policía iba a visitarlo a él y a su madre por si podían contarle algo nuevo. Siempre hablaba con el hijo, puesto que la señora Sauvageot era muy cascarrabias y se negaba a hablar de su vida.

—Sí, su madre siempre ha sido un tanto especial, según me ha contado Manu en alguna ocasión. Tal vez hubiera aportado la información clave.

—Yo también lo pensé, pero Román me aseguró que ni la propia esposa sabía a qué se dedicaba su marido. Años después, dejaron de aparecer niños con marcas en las muñecas y todos supusieron que el hombre o se había retirado del negocio o había muerto. Tampoco mostraron mucha compasión cuando fueron conscientes de ello. La vida siguió hasta que apareció un niño con una nueva marca en la muñeca.

—Una especie de *A*.

—Exacto. Román fue a visitar a la familia de Ludo para informarles sobre el nuevo hallazgo, pero no sabían nada. Así que todo quedó ahí. Años después, se enteró de que Ludo vivía en Saint-Malo y que su pareja era una de las personas que había visto a David en aquella sombrerería. ¡Y no solo eso! Encima vivía en el mismo barrio que el mismo David, empezó a sospechar, pero no sabía de qué o de quién.

—¿Cómo supo Román de toda esa información?

—Porque el propio Ludo se lo dijo cuando fue consciente de ello. Recuerda que se hicieron muy buenos amigos y durante muchos años mantuvieron el contacto. Me dijo, además, que hubiera mantenido la relación con él, pero el propio policía quería separarse un poco del caso, se notaba mayor y cansado. Ludo no se parecía en nada a su padre, era un buen chico, aunque tenía los rasgos típicos de los Sauvageot.

—¿Físicamente, te refieres?

—Sí, eso me dijo Román, que era un calco de él. ¿Qué pasa?

Había dejado de prestarle atención y, con la mirada perdida hacia un punto infinito, me vino de repente a la cabeza algo de lo que no había sido consciente hasta ahora. Lo que me contaba Gabi en esos momentos me hacía entender mejor uno de los sucesos que viví en Saint-Malo pocos días antes de mi partida.

—Tal vez por ello, Carmen lo confundió cuando lo vio en el supermercado aquella mañana.

—¿Quién es Carmen? ¿Y de qué estás hablando?

—La prima de Elena, Carmen, vino a pasar unos días a Saint-Malo. Una mañana fuimos al supermercado y la vimos, coincidió con Ludo. ¡No te puedes imaginar la cara de terror que mostró cuando lo vio! De hecho, se marchó de la ciudad ese mismo día.

—¿Crees que a lo mejor ella también recordaba algo, como David?

—Si recordaba algo, no creo que su intención fuera ocultarlo. Tal vez al verle lo reconoció de golpe y lo revivió todo.

—Podría ser.

—Era una muy buena chica. ¡Qué pena! —comenté haciendo una breve pausa—. ¡Pero cuéntame más sobre Román, por favor!

—Román decidió poner a alguien de confianza en aquella zona. Conocía a Elena, que había sido su vecina cuando era una niña, y que desde la adolescencia vivía en Saint-Malo. Ya de adulta, trabajaba como policía cerca de allí. Así que *claro y en botella*, decidió explicarle todo y que ella pusiera su granito de arena. Por esa razón la pelirroja se metió en la comisión, con la intención de saber más y poder comunicárselo a Román.

—Pero realmente en España, nadie estaba investigando esto. Era el propio Román.

—No te creas. Sí es cierto que se cerró el caso de la *S*, pero volvió a abrirse cuando aparecieron niños con el símbolo de la *A*.

—Nunca debió aparcarse ese tema.

—Lo mismo dijo Román. Mientras investigaba con la ayuda de Elena, esta le informaba de movimientos sospechosos de los cabecillas de la comisión. Yo, por supuesto, en ese momento me negué a creer que mi hermano estuviera metido en algo turbio. Todo lo contrario, era consciente de cómo ayudaba a aquellos que habían sido secuestrados o tenían algún problema relacionado.

—¿Qué eran esas cosas que hacían que sospecharan de Maxime y David, precisamente?

—Una cantidad exagerada de dinero, sin saber de dónde salía. Elena investigó sobre todos los de la comisión, también indagaron sobre ti. David y Maxime eran muy sospechosos. Sin estar casados, recibían la misma cantidad desorbitada de dinero cada cierto tiempo. Cuando Elena quiso saber más, notó que David ponía barreras para todo y eso hizo que dudara más de él si cabía.

—Todo ello suena a corazonada más que a un hecho irrefutable, ¿no crees?

—Sí, pero ¿de dónde narices sacaba mi hermano esas cantidades tan descomunales de dinero?!

—¿Era mucho?

—Muchísimo. Hablamos de la imponente cantidad de ochenta y cinco mil euros de golpe, y casi cada mes.

—Pero entonces, ¿hay alguna relación entre el padre de Ludo y tu hermano?

—El dinero.

—Pero ¿sabemos si se dedicaban al mismo negocio?

—Román piensa que sí.

—Una vez estuve hablando con los gemelos, Martín y Lucas, y me abrieron un poco los ojos sobre el significado que podría tener la *S* de los niños encontrados. Cuando descubrí que el apellido del padre de Ludo, Sauvageot, empezaba por esa misma letra, entendí que de ahí se pusiera esa marca en la muñeca. Pero, ¿la otra marca? —indiqué la señal  $\Lambda$  con los dedos—. ¿Por qué?

En un arrebato, Gabi acarició mi rostro con su mano y bajó la cabeza como dando a entender que no sabía muy bien cómo explicar aquello. Justo cuando abrió la boca para intentar aclararlo llamaron a la puerta por tercera vez esa mañana.

Me levanté algo aturdida por todo lo que me había informado Gabi en tan poco tiempo. Debido a mi lentitud para llegar a esta, insistieron una vez más llamando al timbre con desesperación. Cuando abrí, preocupada por lo que me encontraría al otro lado, me topé con mi hermana que entró como un huracán sin siquiera saludar. Se metió a las habitaciones golpeando las puertas fuertemente contra la pared. Temí que me dejara señal en la pintura nueva. Miró por todos los rincones sin tregua, abrió armarios e inspeccionó por debajo de la cama... y todo eso mientras yo le seguía por toda mi casa expectante. Buscaba algo.

—¿Qué pasa? —atiné a decir.

Entonces se paró en seco, y echándose las manos a la cabeza, empezó a llorar sin control. Me

acerqué a ella con la intención de averiguar de qué se trataba, pero apenas podía articular palabra. Tenía la mirada perdida y el llanto dio paso a los gritos, sin poder remediar aquel dolor tan intenso que estaba viviendo. Yo no entendía por qué.

Noté que Gabi se acercaba a nosotras con el claro propósito de ayudar como fuera. Aquello estaba generando una gran confusión y ni él ni yo sabíamos qué hacer hasta que Alicia pudo hablar.

—¡Es Irene! —Mi sobrina.

—¿Qué pasa con ella? —Como respuesta, un nuevo grito angustiado de mi hermana mezclado con su llanto—. Alicia, por favor, cuéntame, me estas poniendo muy nerviosa.

—Irene... Se la han llevado.

—¡¡¿Cómo?!! ¡¡¿Quién?!!—grité sobresaltada sin dejar de abrazarla a la vez que Gabi me ponía su mano en el hombro.

—La ha recogido su padre temprano para ir a una excursión de esas de la Floración y, cuando se ha dado la vuelta para echar una foto... ¡Ella ya no estaba! ¡Clara! ¡La han raptado!

Lo primero que hice fue sujetar a mi hermana para abrazarla, después dejé que se desahogara en un hombro amigo.

Cuando pudo hablar más relajada, se dio cuenta de que allí había alguien que no conocía. Gabi se presentó enseguida y ella lo miró con sus rayos laser de hermana.

—Nadie puede saber que él está aquí, ¿de acuerdo? —dije seguido de un gesto de asentimiento de mi hermana.

—Debemos ponernos en marcha e ir a la policía. —Fue Gabi el primero en movernos.

—Ya ha llamado el padre de la niña, va para allá —le dijo mi hermana—. Llama a Enrique, por favor, a ver si puede ayudar.

—¡Claro!

Mientras marcaba el número de Enrique, Gabi me miraba de frente. Enrique no contestaba, tuve que insistir hasta que respondió a mi cuarta llamada.

—Está aquí ya el ex de tu hermana, nos lo está contando todo —lo dijo todo de carrerilla y sin saludarme—. Iba a irme a casa a descansar, pero se me habían olvidado unas cosas en comisaría y hemos coincidido al entrar. Me ha reconocido y aquí estamos moviéndolo todo. De todas maneras, Clara, hasta que no pasen veinticuatro horas no podemos hacer nada.

—¡Por dios, Enrique! Hace tan solo una semana que apareció la última niña con la marca en la muñeca, ¿de verdad vais a esperar a que pasen veinticuatro horas?

—Tal vez tu sobrina solo se ha despistado y esté en algún lugar cercano. No te apures, van ahora a rastrear toda la zona, ¿de acuerdo?

Colgué sin despedirme. Sabía que Enrique necesitaba dormir después de toda la noche trabajando, pero me dolió que no me ayudara ante esta grave circunstancia.

Aconsejé a Gabi que se quedara en casa, no nos sería beneficioso que lo pillaran en la búsqueda de mi sobrina. Mientras cogíamos las chaquetas, me cogió del brazo evitando que siguiera a mi hermana, que ya estaba bajando por las escaleras.

—Gracias por confiar en mí. Por no creer, como todos, que yo soy el culpable de la muerte de David.

—Nunca quise creerlo.

Me despedí sin decirle siquiera adiós y, sin dejar de acordarme de él, baje hasta el portal donde me esperaba mi hermana. Íbamos directas a la comisaría cuando mi cuñado nos llamó para que nos acercáramos a la zona donde había desaparecido a la niña. Allí ya estaba él con dos policías. La intención era moverse por la zona por si encontrábamos algo que resultara importante.

La niña de cuatro años había ido esa mañana a una excursión de grupo con su padre para ver los árboles frutales en su floración. En un momento en el que el padre se despistó para coger el móvil, la perdió de vista. En un principio no pareció preocuparle puesto que estaban rodeados de gente, pero al pasar los minutos y ver que no había rastro de ella empezó a pedir ayuda al grupo de excursionistas. Inmediatamente la excursión fue interrumpida, nadie sabía nada de ella, era como si se hubiera evaporado en el aire. Ninguno de los que allí estaban había visto nada y ni siquiera recordaban a la niña a menos de un metro de su padre.

Decidimos separarnos en dos grupos, el padre de la niña y los policías, por un lado; y por otro, mi hermana y yo.

Cuando ya llevábamos un buen trecho pateado, me pareció ver a Gabi con la capucha puesta y

sentado en uno de los bancos de piedra que daban al río como si tal cosa. Me adelanté a mi hermana para llegar a él y obligarle a que volviera a mi casa.

—No podía quedarme allí sin hacer nada.

—¡Puede ser peligroso! —exclamé—. Y no solo para ti —dije mientras miraba a mi hermana acercarse a nosotros.

—¡Hola! —saludó Alicia con un hilo de voz e intentando, en vano, transmitir algo de energía—. Si no os importa, y ahora que somos más con él —señaló a Gabi—, prefiero que nos separemos para ir buscando por más sitios.

—¿Qué propones? —le pregunté

—Iré sola por allí —explicó señalando la parte más plana de la zona—. Y vosotros podéis subir hasta arriba que es más peligroso para ir yo sola. Así no quedaría ninguna parte sin echar un vistazo.

Aceptamos a regañadientes, puesto que no queríamos que Alicia estuviera sin compañía en ese preciso momento.

Gabi, ocultado bajo aquel gorro, y yo nos pusimos en marcha de inmediato. A diferencia de él, yo sí iba preparada para andar bastante y subir montaña, sin embargo, en ningún momento lo vi lamentarse. Solo estaba interesado en ayudar.

En completo silencio, no dejamos de mirarnos intermitentemente a lo largo de todo ese paseo y, una vez que terminamos nuestra misión, con poco éxito, pudimos ver de lejos al otro grupo de búsqueda que, formando un círculo, miraba algo que había en el suelo. Para evitar más problemas, le entregué mis llaves a Gabi y le pedí que me esperara en casa.

—Hemos encontrado su peluche —me anunció mi hermana al acercarme—. Hemos explicado que ella nunca se iría a ningún lado sin él.

A pesar de que la policía sugería insistentemente en que no nos preocupásemos, el desasosiego era inevitable. Sin más que aportar, los dos policías terminaron su turno aconsejándonos que fuéramos a descansar y a comer algo, después de haber estado toda la mañana sin parar de movernos.

Mi hermana y su exmarido se quedaron discutiendo, parecía ser que ella veía como principal culpable al que había sido mi cuñado. Empezaron una de sus discusiones tormentosas que me hicieron huir sin pensarlo dos veces.

Rápidamente llegué a casa con una idea, pero necesitaba algo de apoyo para llevarla a cabo. Cuando Gabi me abrió la puerta, la casa olía a comida y se lo agradecí, sentía el café y las tostadas de esa mañana muy lejanos.

Mientras comíamos una simple pizza, le conté mi plan a mi amigo francés.

—Para ello tenemos que ir hasta el Altiplano —le explicaba.

—¿Queda muy lejos de aquí?

—No. Cuando nos terminemos esto, nos vamos.

—¿Crees que tu sobrina está en manos de los secuestradores de la S?

—Tengo un presentimiento. Y aunque sea luego una de esas niñas o niños que luego aparecen, no me la quiero jugar. ¡Quiero volver a ver a mi sobrina!

—Está bien, ¡vámonos ya!

Era la segunda vez en mi vida que iba allí, y las dos veces sería para visitar el mismo barrio y para ver a la misma persona.

Agradecí que se hiciera de noche cada vez más tarde. Aquella zona me daba cierto respeto, a pesar de que a esas horas no había ni un alma por allí. Distinguí enseguida la casa descorchada y con aún peor color que hacía diez años, cuando la vi por primera vez. Habían arreglado la parte

del tejado, al igual que las ventanas, pero las persianas seguían igual de descolgadas que entonces.

Con Gabi a mi lado, llamé a la puerta sin saber muy bien a quién me encontraría dentro.

Me abrió un chico de unos veinte años, alto, con el pelo demasiado largo, cara y manos sucias de pintura, un mono azul y un maletín de herramientas en las manos. Lo reconocí enseguida, lo cual hizo que se me iluminara la cara de golpe.

—Hola, Esteban, soy Clara Fernández. Me gustaría ver a tu padre, ¿está aquí?

Tras mirarnos con cierto recelo, se apartó para dejarnos paso a regañadientes.

Cuando entramos, notamos el ambiente mucho más cargado de lo normal. La densidad de la atmosfera era palpable, con un olor un tanto peculiar e indescrptible.

Nos fuimos adentrando a la oscuridad de aquel hogar, parecía una cueva casi sin ventanas que pudieran dejar pasar la luz del exterior. Tras un corto pero estrecho pasillo, llegamos a lo que, pensé, sería la sala más grande de aquella casa. Allí estaba Mario sentado, observando con detenimiento algo que tenía entre las manos de tal manera que curvaba todo el tronco para poder verlo más de cerca. Cuando ya nos separaban solo dos pasos de él, levantó la cabeza extrañado ante tal intrusión. Me di cuenta entonces de que estaba en una silla de ruedas. No pude más que sorprenderme, abrí bien los ojos para cerciorarme de que no me estaba equivocando de persona.

—Hola, Mario, soy Clara Fernández —logré decir como pude—. No sé si se acuerda usted de mí.

—Me quiere sonar su nombre, si me lo aclara mejor... —Se fijó entonces en Gabi. No le gustó su presencia y así se lo hizo ver—. ¿Y usted quién es?

—Él es un amigo que me ha acompañado. —Me adelanté a decir. Por alguna razón, no creí seguro decir su nombre—. Usted estuvo en Saint-Malo con la comisión, hace ya unos diez años. Coincidimos allí, en casa de David, no sé si me va recordando...

Durante todo ese rato, Esteban, se había colocado justo detrás de la silla de su padre. No decía nada, no gesticulaba, solo nos miraba. Cuando empecé a hablar de Saint-Malo, el propio Mario empezó a moverse inquieto en su asiento y su hijo tensó los brazos, descubriendo su muñeca con la ya conocida marca  $\Lambda$  y enseñándonos los puños. Me percaté de que Gabi se había puesto en alerta y se acercó algo más a mí, al ver cierta amenaza en aquella escena.

—Ya te recuerdo. Fuiste la chica que me ayudó a conseguir el dinero para venir a ver a mi Esteban, justo cuando lo encontraron. —Miró a su hijo para tranquilizarlo, pero este no bajó los puños—. Siempre estaré agradecido por tu gesto. Gracias a ti —empezaba a tutearme, señal de que me iba ganando su confianza—, todos los demás cooperaron y me ofrecieron su dinero. ¡Gracias! —dijo conmovido.

—¿Cómo está tras todo aquello?

—Pues ya me ves —dijo mostrando su estado, postrado en aquella silla de ruedas—. Las cosas se fueron de madre, la verdad, pero gané cierto estatus y dinero, ¡mucho! No sé si recuerdas que fui de programa en programa.

Sinceramente, desconecté tanto de aquel tema que no tenía ni idea de cómo fue la vida de esa familia tras el hallazgo del chico. Juré a mi hermana olvidarme de todo aquello justo cuando reapareció Tony, prometiéndome este, de nuevo, un falso “amor eterno”. Me reí para mis adentros acordándome de aquella tarde y de los duros años siguientes.

—Perdóneme, Mario, no sé qué pasó después de lo del chico. Pero me alegro que le fuera tan bien.

—¿¡Bien!? —Empezó a reír amargamente—. Debido a eso me rompieron las piernas, y todo se acabó. Nunca más aparecí en ningún otro sitio y perdí todo lo que había ahorrado para asegurarle a mi hijo un futuro digno, no esto. —Extendió los brazos con las palmas abiertas para enseñarnos su casa cueva.

Miré entonces al joven Esteban, este miraba a su padre con adoración, se encontraba algo más relajado. Aprovechando la oportunidad, quise saber más de aquello.



—Quien le rompió las piernas ¿no quería que ganara dinero?

Y de nuevo rio falsamente, recordando el episodio afligido.

—A ellos les interesaba un cuerno que yo ganara más o menos. Ellos ya tenían dinero de sobra. Lo que temían era que al final contará la verdad a los medios.

Miré a Gabi, lo pillé en alerta ante aquella nueva noticia.

—En uno de los últimos programas a los que fui a dar una entrevista dejé caer que mi hijo, tal vez, sabía más de la cuenta, y... como puedes ver, lo pagué caro.

—¿Lo sabía! Intuía que usted conocía algo más sobre el tema. —Y entonces miré a Esteban—. Sabía que cuando fui a verte a aquel centro de salud tú también sabías más, por eso me dijiste que me fuera de allí y que no molestara a tu padre.

—Seguía mis instrucciones —aclaró Mario.

—¿Y ahora puede contarlo? —atinó a decir Gabi con interés.

—Lo próximo que me pueden romper es la cabeza y dejar a mi Esteban solo. El chico no habla desde que lo encontraron desorientado en el monte. Dicen los médicos que nunca ha superado el trauma.

—¿Sigue sin hablar? —pregunté a Mario, pero mirando a la figura de detrás que lo resguardaba.

—Solo hace sonidos. Es pintor, es bueno, y no necesita decir demasiado. Para las cuentas me encargo yo, pero si yo faltara...

—Algún día lo hará —dije harta de tanto secretismo.

—Sí, pero es preferible que sea cuanto más tarde mejor.

—Entonces no piensa contarme nada.

—Creo que ya te he dicho suficiente, poniéndonos a los dos —señaló a su hijo— en un aprieto.

—Mire. —Hice un parón decidida a coger bastante aire para lo que iba a decir a continuación—. Mi sobrina Irene ha desaparecido y tengo la total seguridad, de la misma manera que usted la tuvo en su día, de que la han raptado para convertirla en una de esas niñas con una marca en su muñeca. Necesito encontrarla. Desde hace diez años, siempre he tenido la seguridad de que este chico —dije señalando a Esteban— sabía dónde estaba la banda de locos que raptan a niños a saber para qué. Y hoy, que realmente necesito saber dónde se encuentran, he venido a verles. Tenga en cuenta que se ha convertido en algo personal y puedo entender a la perfección la angustia que sintió en Saint-Malo cuando relataba su historia. Recuerde que yo le ayudé, me debe una y por ello he venido.

Lo dije todo sin tacto alguno y con total sinceridad, no me iba a andar con tapujos y tonterías ante la situación que estaba viviendo mi familia en ese momento. Estaba allí para poner fin a todo aquello de una vez. La aparición de David en un ascensor, lo descubierto después, la llegada de Gabi con nuevos datos... todo ello tenía que ayudarme a la resolución de aquel misterio que a tantas personas había afectado durante todos esos años. Obvié la tensión de los músculos en los brazos de Esteban tras soltar aquella retahíla. Solo fui consciente del rostro de Mario, allí inválido, en el que me pareció ver cierta compasión. Este miro a su hijo, que seguía detrás de él, y le tocó el brazo como una manera de tranquilizarlo.

—Llévame al sofá, hijo.

Ante nuestro asombro, Esteban lo cogió con mucho cuidado para llevarlo a donde le había señalado. Gabi y yo decidimos seguirle para sentarnos a su lado, mientras Esteban lo hizo en el único asiento que quedaba libre, un sillón roído justo al lado nuestro. Seguía estando rígido. Gabi se acercó más a mí, intentando dar cierta protección a la mirada penetrante que no dejaba de echarnos.

—Os voy a contar la verdadera historia de todo esto —comenzó a decir con voz queda—. Sí. Es cierto, señorita. Te debo un gran favor, y por eso sé que puedo confiar en ti. Os contaré lo poco que sé, pero también espero que no me juzguéis al conocer toda la verdad. Fui un inconsciente, pero no creo que sepáis lo que es tener una familia con unos padres, un niño y una mujer enferma y sin dinero para ayudarles.

Tras su advertencia, se puso lo más cómodo que pudo y se dispuso a contarnos todo lo que creía saber.

—Ya os podéis imaginar que este barrio no está libre de ningún delito. Todos los que aquí vivimos sabemos subsistir con esas actividades. Sin más rodeos, os explico que un día decidí meterme en algo de lo que siempre me he arrepentido.

—Por favor, ¡dígalo ya! —interrumpió un Gabi excitado tras un largo silencio de Mario.

—En el año 2009 me quedé sin trabajo y por mi edad y mi falta de estudios nadie quería emplearme, fue uno de los peores años de mi vida. El comienzo de una era maldita de la que, creo, nunca he podido salir. Buscando la manera de conseguir dinero, me enteré de un modo fácil de ganarlo. ¿Cómo? Donando órganos. Pedí más información al respecto, pues quien me había dado el chivatazo poco más sabía. Pedro, mi amigo de toda la vida, ya me dijo que no era conveniente que me metiera en aquello, pero cuando me enteré de que se podían ganar dos mil euros por cada órgano donado, no lo dudé y me metí de lleno en aquella aventura.

—¿Usted donaba sus órganos? —pregunté estúpidamente.

—¡No, muchacha! —Dio un largo suspiro exasperado ante mi alarmante comentario—. La cuestión era encontrar esos órganos, darlos y que te dieran el dinero por ellos.

—De ahí que se robaran niños —dijo Gabi aparentando tranquilidad a pesar de que, como yo, no podía dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Eso es —prosiguió—. Cuando los chinos aparecieron por el barrio...

—¿¡Chinos!? —pregunté sin entender.

—Sí, los chinos eran los encargados de reclutar a gente para hacer el trabajo sucio: secuestrar a los niños. Sabían que tenían que buscar en barrios pobres donde el personal solo quiere ganar dinero fácil. Así que me cogieron para la misión. Ellos eran los encargados de organizar aquello, pero los que realmente llevaban el mando era gente de aquí —occidental, quiso decir—. Duré un par de meses en aquello, era asqueroso raptar a un niño engañándolo, dándole algo para atraerle, luego otra cosa para dormirle y llevarlo a donde nos dijeran. Nos daban los mil o dos mil euros y ya nos olvidábamos del tema.

—¿Os pagaban los chinos? —quiso saber Gabi.

—Sí, pero ya os digo que ellos cumplían órdenes de cargos más altos. A los dos meses de haberme metido en aquella desagradable tarea, le detectaron a mi mujer un cáncer incurable. Solo podría haber cierta posibilidad de salir de él si conseguía un trasplante de pulmón. Así que lo vi claro. Pensé que raptaría a un niño y que les pediría que ese pulmón fuera para mi mujer. De tal manera que en esa ocasión no me pagarían en dinero, sino en salud para ella. ¿Cuál fue el problema? Que no todos los pulmones valían. Yo no tenía ni idea de eso, de que existiera la estúpida compatibilidad que debe haber entre el donante y el beneficiario, así que...

—Llevó a Esteban para que le quitaran un pulmón y así dárselo a su mujer —terminé su frase más fría de lo normal—. ¿Quién más compatible que un hijo?

Mario miró a su hijo y este mostró, por primera vez, una sonrisa tierna y de admiración hacia su padre.

—Yo avisé al chaval de todo lo que le iba a pasar, le pedí su consentimiento... y él estuvo de acuerdo en ayudar a su madre.

—¡Era solo un niño! ¡Claro que quería lo mejor para su madre! Creo que se aprovechó de la situación. —Noté que Gabi me tiraba del brazo para que parara con esa actitud ya que podía hacer que el hombre no quisiera contarnos más. En cierto modo, Mario se estaba abriendo a nosotros y proporcionándonos una valiosísima información, y todo como agradecimiento a haberle ayudado en uno de los momentos más críticos de su vida.

—Sí, era un niño que quería a su madre y que estaba dispuesto a todo por ella, igual que yo. Hablé de todo ello con el chino que entonces me había reclutado y le pareció bien. El problema vino cuando supuestamente a mi hijo le quitaron ese órgano para que lo recibiera mi esposa y no hubo ni rastro del pulmón o de mi hijo en meses. Ahí es cuando empecé a angustiarme. Entregué a mi hijo a aquella persona confiando en ella. Sabía que la banda constaba de médicos y especialistas administrativos que hacían que todo el tema de las donaciones corriera más deprisa y llegara a quienes a ellos les interesaba. Pero yo nunca recibí el órgano en cuestión, por lo que perdí de golpe a mi mujer y a mi hijo. Ella murió a los pocos meses de habersele detectado la enfermedad, supongo que la desaparición de Esteban le afectó sobremanera causándole una muerte más precipitada. Ella, por supuesto, no supo nunca nada de lo que le harían a su hijo, se hubiera negado completamente. Cuando ya no pude más, vi un pequeño rayo de luz cuando descubrí que existía una especie de grupo en una ciudad francesa que ayudaba a aquellos que habían sufrido con este tema. Decidí ir allí y hacerme oír, pues yo sabía con seguridad que a mi hijo lo habían raptado para hacerle lo de la marca en la muñeca, pero en este caso fue un rapto intencionado. De ahí mi frustración cuando conocí a David y este no daba valor a mis palabras, creyendo que el caso de mi hijo no tenía que ver con lo de los otros niños. Solo lo creyó cuando lo vio en la tele. No estoy orgulloso de nada de lo que hice, pero sí he de decir en mi defensa que dejé de coger a niños al poco, puesto que era realmente repulsivo. Si mi esposa no hubiera caído enferma, lo hubiera dejado mucho antes, pero necesitaba ganarme la confianza de esa gente para obtener el órgano que necesitábamos... Y esta es mi historia —concluyó.

—Pero entonces, usted sabe dónde está la sede de estos maleantes —dije esperanzada.

—No, ya os he dicho que yo entregaba a los niños donde me decían, cada vez era un sitio diferente, todos ellos en medio de la nada o en lugares recónditos. Solo a Esteban lo entregué en mi propia puerta, confiando en que me lo darían de vuelta sin problema en el mismo lugar, pero como ya sabéis... no fue así.

Se quedó callado de golpe para volverse hacia su hijo que seguía sentado en aquel destrozado sillón, lo miraba conmocionado y arrepentido, sabía que había actuado inconscientemente en su momento. Mientras, Gabi y yo mirábamos la escena con total desaprobación tras lo relatado por Mario. Pensaba en lo desgraciada que había sido la vida de aquellos dos hombres, los despropósitos de un padre irresponsable y las consecuencias de todo ello. Nos quedamos sin saber qué decir durante un buen rato. Fue entonces cuando observé a Mario abrir la boca sin expresar sonido alguno, se le notaba nervioso ante lo que iba a transmitirnos, pero al final y con cierta indecisión se lanzó a ello.

—El único de esta sala que sabe dónde está el sitio es él.

Nos fijamos entonces hacia dónde señalaba Mario. Esteban se puso rojo de repente y bajó la cabeza apocado.

Él era el único que podía ayudarnos a salvar a mi sobrina.

El problema de Esteban era que no nos podría dar una explicación detallada de cómo llegar al sitio por nuestro propio pie. Tendría que acompañarnos y, ante tal propuesta, no se le veía demasiado convencido.

—Una cosa más —dije mirando a Mario mientras dejaba a Esteban que sopesara lo que debía hacer—. ¿No intentó averiguar algo sobre dónde estuvo escondido Esteban durante tanto tiempo? Sabiendo que su hijo conocía exactamente el lugar al que debían dirigirse...

—Tú misma, cuando has entrado, me has comentado que quisiste olvidarte del tema, y que por ello no supiste de los programas a los que fui ni cómo se fue desarrollando todo. Pues algo parecido me pasó a mí. Cuando me dieron aquella paliza en la que me rompieron las piernas y vi que mi hijo seguía sin hablar mientras iban pasando los años, decidí no saber más. Tras años de dolor, lo único que valoro es que Esteban, finalmente, pudiera escapar de esa pesadilla sin que le faltara ningún órgano.

El susodicho se levantó algo enfurruñado, y empezó a andar de un lado a otro de la habitación mientras nosotros lo observábamos. Cuando se paró en seco, intuí que ya tenía la respuesta a nuestra petición. Casi sabiendo de antemano lo que diría, miró primero a su padre y luego a nosotros para, sin margen de error, hacer un gesto de negación.

El alma se me cayó a los pies, finalmente no iba a cooperar con nosotros.

—Si no nos ayudas, iremos a la policía inmediatamente a contar la historia de tu padre y lo detendrán al instante.

Fue la extraordinaria amenaza de Gabi ante la negativa de prestarnos su ayuda. Sabía que no la iba a cumplir, pero teníamos que intentarlo. Mario entendió el juego e incitó a su hijo para que nos dijera aquella valiosa información.

—Debéis saber que a mí nunca me ha dicho nada del lugar exacto. Sí que me reconoció saber su ubicación, pero nunca se atrevió a decirme más. Ni siquiera fue capaz de explicarme cómo huyó, si fue un despiste de los de allí, un acto de lucidez de mi hijo...

—Es como si algo le atase todavía a aquel sitio. Como si temiera que decir dónde está hiciera que volviera a aquella pesadilla —supuse.

—Es que de alguna manera, va a tener que volver a él mientras nos explique dónde está —dijo finalmente Gabi mientras un Esteban algo confuso se había sentado de nuevo en el mismo sillón con las manos en la cabeza.

Hablando más calmados con Esteban y sin chantajes de por medio, empezamos a hacerle ver lo importante que sería su colaboración en esos momentos. Seguidamente, se me ocurrió la idea de enseñarle el móvil con el *google maps* para que me indicara exactamente el sitio.

Fue acercándose hasta la zona del Altiplano hasta que paró e hizo un círculo amplio en una zona montañosa. Nos fijamos para ver de qué lugar se trataba y allí vimos apuntado el nombre de Sierra Larga.

Sabía más o menos cómo llegar hasta allí. No se encontraba lejos, pero el camino no era el mejor.

Nos despedimos de Mario, prometiéndole que volveríamos a visitarlo para informarle de las buenas nuevas y le dimos las gracias a él y también a Esteban, que todavía tenía las manos en la cabeza como si se arrepintiera de lo que acababa de hacer.

Antes de salir de aquella sala para dirigirnos a la puerta, me planté frente a Mario, dispuesta a

hacer una última pregunta y corroborar así parte de lo que ya sabía.

—¿Por qué lo de los símbolos en la muñeca?

Tras un largo suspiro, el anciano se inclinó hacia adelante para poder explicarse con mayor verisimilitud.

—Siempre y por todo el mundo han existido diversas bandas dedicadas a la extracción ilegal de órganos. Para saber de dónde proceden estos y a quién ingresar el dinero, se ha de hacer una marca que lo identifique.

—De ahí que hicieran la S. —O la marca Λ.

Mario asintió.

—¿Por qué hay niños que aparecen y otros que no? —fue entonces Gabi el que habló

—De eso ya no tengo ni idea. Tendréis que descubrirlo allí a donde vais ahora.



Ya empezaba a anochecer cuando abandonamos la casa de Mario y Esteban. Montada en el coche, cogía el volante con determinación. Se acercaba, de una vez por todas, el fin de todo aquello. No me permití a mí misma pensar que mi sobrina podría ser uno de esos niños y formar parte de aquella mafia que donaba órganos ilegalmente.

—¿Crees que Mario sabe que quien movía todo esto era mi hermano? Cuando ha hablado de los jefes reales me ha mirado muy fijamente, tal vez me ha identificado.

—No lo creo.

Sin saber bien por qué razón, creía a Mario a pies juntillas, tenía la certeza de que no quiso saber más del tema tras lo vivido. Él, simplemente, era consciente de que había unos jefazos que movían los hilos, pero desconocía quiénes eran en realidad.

—¿Crees que si hubiera sabido que tu hermano era el cabecilla, hubiera aparecido por Saint-Malo?

—Tal vez por eso apareció, para ponerle más nervioso. O incluso le puso un ultimátum con el fin de que liberaran a su hijo o lo contaba todo.

—No. Cuando estuvo allí no noté signo alguno de que Mario supiera algo. Sabe que todo eso es bastante peligroso para presentarse ante el mandamás y pedirle explicaciones. No, no lo veo. Simplemente, fue hasta allí para ver si alguien podía ayudarle, era su última esperanza.

Gabi suspiró al no estar muy convencido con aquello. Permanecimos callados un buen rato, siendo terriblemente conscientes del lugar al que íbamos a continuación.

—¿Sabes a dónde tenemos que dirigirnos? —preguntó Gabi algo escéptico.

Habíamos dejado ya el centro urbano atrás para adentrarnos en el monte y rodear toda aquella sierra cuyo nombre reflejaba su principal característica: su longitud. La Sierra Larga estaba a las afueras del Altiplano, camino a la comarca de la Vega Alta. Había hecho alguna excursión por allí y creía saber el lugar exacto que había señalado Esteban en mi móvil.

—¡Estoy segura! —dije más bien para convencerme a mí misma de esa afirmación—. Por la mitad de la Sierra hay una granja de cerdos abandonada desde hace ya... ¡muchos años! Yo era una cría cuando se construyó allí sin cumplir la normativa y ello, junto al desagradable olor que desprendía, hizo que muchos vecinos se les echaran encima y tuvieran que cerrarla. La zona que me ha señalado Esteban es más o menos donde está la granja. Un sitio escondido y olvidado, ideal para este tipo de gente.

Llevábamos unos diez minutos de camino cuando giré el coche a la derecha para empezar a meternos por caminos estrechos y algo pedregosos. Daba las gracias a que no se cruzara ningún coche por allí que pudiera ponernos en peligro.

—Un coche nos sigue —anunció de repente mi copiloto.

—¿Qué dices?

—Sí, desde que hemos salido, está haciendo el mismo camino que nosotros. Cuando íbamos por la carretera lo podría haber considerado normal, pero ahora por estos caminos...

—¿Qué hacemos? —comenzaba a asustarme. No fui consciente de la seriedad de todo aquello hasta ese momento. El coche gris que nos seguía podría haberlo hecho desde que habíamos salido de casa. ¿O eran, tal vez, vecinos de Mario que venían a por nosotros por alguna razón desconocida?

—Yo pararía. Nos hacemos los despistados y punto —dijo Gabi muy poco convencido—. Si es

alguien que va por aquí es porque va a lo mismo que nosotros, por lo que formará parte de toda esta trama. Así que, si llegamos a nuestro destino y descubre que lo sabemos todo, puede ser nuestro fin.

—Sí, creo que será mejor parar.

Temblando, empecé a dar las luces de emergencia para hacerme a un lado. El coche gris también paró y salió de él una figura alta. No había nadie más en el auto.

—Quédate aquí. Si la cosa se pone fea, acelera y olvídate de mí.

Tragué saliva, se me hizo un nudo en la garganta. Recé por lo bajo algo incoherente juntando inconscientemente las manos. Gabi salió decidido y se plantó sin más delante de aquel individuo. Fue mi amigo el primero en hablar. Noté que no había terminado la frase, así que miré con más atención a aquella figura oscura que dibujaba su silueta gracias a las luces de su coche. Entonces la reconocí. Salí rápidamente del auto para salvar a Gabi.

—¿Qué haces aquí, Enrique? —dije atropelladamente.

Me miró fríamente, como nunca lo había hecho, y noté su abatimiento ante aquella situación. Sabía que había reconocido a Gabi y que tendría que detenerlo inmediatamente, pero estaba igual de parado o más que nosotros. Entendí que se encontraba entre la espada y la pared, no sabía si seguir a su corazón o a la ley.

—Os he seguido desde esta tarde para detener a Gabriel. Pensaba que sería más fácil ponerle las esposas una vez que tuviera la oportunidad, pero no contaba contigo, Clara.

—Pero sabías de antemano que iba con él en el coche.

—Ya, pero una cosa en pensar en la situación y otra muy diferente cuando se te presenta en la cara.

—¿Me vas a detener entonces? —preguntó secamente Gabi a Enrique.

—¿A dónde ibais? —respondió con otra pregunta el policía.

Miré a Gabi. No habíamos previsto esa situación, pero estaba claro que teníamos que decirle la verdad.

—Vamos a rescatar a mi sobrina a la granja de cerdos abandonada que hay más adelante.

—Vale. Os sigo —dijo sin esperar más explicación y ante nuestras miradas de asombro—. Voy a mandar una patrulla para acá, por si necesitáramos refuerzos, ¿de acuerdo? —Se montó en su coche cogiendo el *walkie talkie* para comunicarse con sus compañeros mientras nosotros nos metíamos en el nuestro sin decir una palabra—. ¡Mierda! No hay señal. Avancemos un poco, por si pudiera comunicarme mejor.

Seguimos por el mismo camino unos metros más, de nuevo, en silencio. Ambos sabíamos que cabía la posibilidad de que, tras el descubrimiento de toda esa trama, Gabi no fuera acusado de nada. Aun así, se había encontrado el cadáver de un hombre en un ascensor del que todavía no se habían encontrado fieles pruebas como para culpar a alguien con seguridad. Conclusión: el tema de David todavía seguía en el aire.

Empecé a aminorar todavía más la velocidad, nos estábamos acercando. Miré por el retrovisor por última vez para asegurarme de que Enrique me estaba siguiendo. Dejamos el coche al borde del camino, tal y como habíamos hecho unos cuantos metros atrás para saber entonces quién nos perseguía.

Salimos al frío de la noche y empezamos a caminar cuesta arriba, era preferible que desde la granja nadie viera ninguna luz o ruidos sospechosos, por eso decidimos hacer el camino restante a pie. Mi amigo el policía y yo sabíamos hacia dónde nos dirigíamos. Gabi simplemente se dejaba llevar. Me subí lo máximo la chaqueta que había cogido para esa mañana falsamente primaveral, pero era insuficiente, el miedo y los nervios tampoco ayudaban a que entrara en calor.



La granja se encontraba en medio de la nada y con esa oscuridad era complicado guiarse.

—No he podido usar el *walkie*. Pero ahora hay señal en mi móvil, voy a mandar la ubicación a un compañero y explicarle un poco el tema, quiero tener un respaldo por si la cosa se complica. —Vi cómo mandaba aquello para seguidamente quejarse de nuevo—. ¡Joder! ¡Ya no hay señal otra vez! Al menos le ha llegado la ubicación.

Gabi y yo también miramos nuestros móviles. Yo sabía que por allí la señal era inexistente, pero intenté mandar un *WhatsApp* a mi hermana con un claro mensaje: “Vamos a liberar a Irene”.

Tras una larga caminata cuesta arriba, llegamos por fin a lo que había sido una granja de cerdos. Aún olía mal, pero nos adaptamos enseguida a ese olor.

Era una nave de aluminio no muy grande pero larga. El tejado era de un color rojo y había un gastado cartel en la parte frontal que indicaba: “Ganadería Porcina Núñez”. Desde la puerta principal no se oía nada ni se percibía movimiento alguno. Intentamos hacer el menor ruido en nuestros pasos para no alertar a los que supuestamente estarían dentro. Empezamos a movernos los tres juntos por los laterales, pero aquello parecía estar más que abandonado.

Dimos una vuelta completa lentamente, asomándonos por los resquicios o agujeros de la fábrica por si veíamos alguna luz sospechosa o escuchábamos el más mínimo movimiento. Pero no hubo resultados. Llegamos de nuevo a aquel cartel desvencijado y seguimos en silencio, algo abatidos por el fracaso de la misión.

—Clara, aquí no hay nada. —Fue Enrique el primero en decir lo que todos pensábamos.

—Puede que no sea aquí, tal vez debamos coger de nuevo los coches para avanzar —dijo Gabi falsamente esperanzado.

—No puede ser. —No podía creer que mi hipótesis hubiera fallado.

Bajé la mirada dándole una patada a una piedra pequeña de las que había en el suelo y entonces lo vi. Allí había un pequeño socavón, el de las ruedas de un coche. Y ese camino había sido usado varias veces.

—Es aquí —dije sin darme cuenta que había alzado la voz—. Mirad, aquí hay huellas de neumáticos, y esto está abandonado desde hace veinte años por lo menos.

Giré sobre mis pasos para volver a darle una vuelta más a aquella larga nave. Seguí con dificultad las huellas de las ruedas de los automóviles que habían pasado recientemente por allí, llegando hasta la parte de atrás, justo en el flanco opuesto al cartel de “Ganadería Porcina Núñez”. Nos paramos y prestamos atención a los sonidos de la noche. Silencio. Estaba claro que allí no íbamos a averiguar nada. Entonces, Enrique me cogió del brazo y con su dedo índice en los labios me pidió que me callara. Agudicé el oído aún más y entonces lo oí: el sonido de un motor, de algo pequeño, no había duda, como si de una maquinilla de afeitarse o de un cepillo eléctrico se tratara. Era difícil identificar qué era el objeto que producía tal sonido. Lo que sí tuve claro en ese momento era que allí dentro había gente.

Teníamos que encontrar alguna manera de poder entrar que no fuera por la puerta principal. Dimos una tercera vuelta por toda la fábrica sin perder la esperanza de encontrar una ventana rota, un agujero por el que cupiera alguna persona, o ambas cosas, para poder meternos dentro.

Pero no había nada que nos sirviera para adentrarnos allí y pillar a aquellos individuos con las manos en la masa.

—Debemos esperar a que lleguen mis compañeros, podremos entonces acceder por la propia puerta —anunció Enrique.

—¡Pero os oirán y podrán huir! —exclamé yo.

—Es la única manera que veo. Hagamos lo que hagamos, tenemos que hacer ruido. Pero debemos pillar a esta gente.

—Nosotros no te hemos dicho qué es lo que supuestamente hay ahí dentro, ¿por qué estás tan seguro de que hay que detener a los que están aquí? —preguntó Gabi de manera irreverente.

—Claro que sé a qué se dedica esta gente. Estamos años investigando y con la muerte de tu hermano ya ha salido todo a la luz. Estamos ante una banda que se encarga de comerciar con órganos. Órganos de niños que secuestran para luego venderlos a gente que está dispuesta a pagar sumas irrisorias por tener un nuevo pulmón, un riñón o incluso un nuevo corazón.

—¿Y qué pasa con esos niños a los que le quitan el corazón? —pregunté aun sabiendo de antemano cual sería la respuesta.

Mis dos acompañantes callaron ante lo evidente, era mejor no responder aquello en voz alta. Nos sumimos en un incómodo silencio y nos quedamos parados un buen rato en uno de los laterales de la nave, esperando a que viniera la patrulla.

—Esperemos cinco minutos más —dijo mirándose el reloj—. Tienen que estar ya cerca, es raro que tarden tanto.

—¿Puede que no hayan visto el mensaje? —pregunté preocupada.

—Puede. Por eso digo de esperar unos minutos y si no... marcharnos para traerlos para acá. Vosotros nos esperaríais en la comisaría, aquí no me valéis para nada.

Ante la inacostumbrada brusquedad de Enrique, agaché la cabeza defraudada, fingiendo darle patadas a las piedrecitas que había en el suelo.

De repente creí oír voces y el pulso se me aceleró. Enrique extendió los brazos indicándonos que nos pusiéramos tras él. No parecían ser policías los que conversaban. Eran dos individuos que iban acercándose cada vez más a nosotros sin la posibilidad de poder escondernos. No había nada en donde ocultarnos y, al ver el peligro tan de cerca, empecé a sollozar bajito, haciendo que aquellos individuos se percataran de que allí había alguien más.

Nosotros fuimos moviéndonos de espaldas con la intención de poder alejarnos de ellos. La oscuridad ayudaba a que no nos vieran y al poco las dos personas y sus voces desaparecieron. Respiramos algo más tranquilos, pero con la certeza de que teníamos que irnos de inmediato para pedir refuerzos. Cuando, con cuidado, decidimos movernos para llegar a nuestros coches, una luz nos alumbró por la espalda haciendo que los tres nos diéramos la vuelta sin remedio alguno. Nos habían pillado.

Habían aparecido cinco hombres de golpe. Tal vez los otros dos habían dado la alarma y habían entrado para buscar apoyo. Nos cogieron como si fuéramos criminales, nos arrastraron hacia la parte de atrás y allí descubrimos un amplio hueco que estaba tapado por un trozo de

madera y que nos había pasado desapercibido. Nos empujaron violentamente hacia dentro sin más.

Cuando entré, el olor era nauseabundo. Hice un intento por taparme la nariz para evitar respirar ese aire, pero me tenían cogida tan fuerte del brazo que supe que aquello sería una misión imposible. Empecé a respirar por la boca hasta que pude acostumbrarme poco a poco a aquello. La nave era inmensa, y aun la hacía más grande el hecho de que estuviera casi vacía. Solo en la parte trasera, justo donde estábamos nosotros, había una especie de equipo quirúrgico donde, sospeché, harían la labor de extraer los órganos a los niños. Aquel equipo constaba de una camilla junto a una mesa de instrumental con bisturís, gasas y guantes. Al otro lado de la camilla, se observaba respiradores y aparatos para controlar el latido del corazón. Más alejado, me pareció ver un aparato de rayos X. Aquello era un auténtico quirófano, solo que reducido y adaptado al lugar.

Lo tengo todavía grabado en mi memoria, como si hubiera sucedido ayer.

Fue en ese momento cuando fui tremendamente consciente de que todo lo que me había contado Mario esa tarde era tan real que apenas podía reaccionar ante la situación. Solo me era posible observar la camilla con sus aparatos alrededor. Ni siquiera me di cuenta de que me habían sentado en una silla y atado de pies y manos con mis dos amigos a ambos lados.

Con la respiración agitada todavía, alcé la vista más allá de las cinco personas que nos habían traído a esa zona, con la total intención de poder ver alguna pista que me llevara a mi sobrina. Pero no alcanzaba a ver qué habría más alejado en la oscuridad de la nave, en la parte delantera de esta. Hice un intento de improvisar alguna hazaña que me hiciera llegar hasta allí, pero era incapaz de encontrar nada. Mientras pensaba en todo eso, escuché a alguien que se acercaba y noté cómo los tres prisioneros volvíamos la cabeza a la vez para ver quién iba a aparecer.

—¡Vaya! ¡Pero qué sorpresa más grande!

No sé si me sorprendió más no esperar verla allí o el perfecto español que Maxime se había marcado de repente. Apenas había cambiado tras los diez años que habían pasado desde la última vez que la había visto. Su pelo de moldeador seguía siendo rubio y todavía vestía de manera extravagante, aunque en esa ocasión llevaba puesta una bata blanca, dándole más glamour que con el delantal con el que siempre la veía en casa con David.

—En serio, ¿qué hacéis aquí, Gabi? —Seguía hablando un español algo marcado por el acento francés.

A Maxime se le notaba bastante aturdida, no esperaba para nada nuestra visita.

—¡Sabemos qué hacéis aquí! —le gritó Gabi de malas formas.

“No, Gabi, no. Tenemos que decir que estábamos de paseo y que nos habíamos perdido”, pensé, en un intento de comunicarme con él telepáticamente. De esa manera, tal vez nos hubieran dejado ir, habrían pensado que simplemente seríamos tres amantes en medio del campo por la noche y, tal vez, no lo hubieran visto inusual.

—Pues ya que vosotros sabéis qué hacemos nosotros aquí, me gustaría saber qué diantres hacéis vosotros presentándoos así de repente en nuestro trabajo. —Clavó la mirada en Gabi y se mostró de lo más intransigente.

Los cinco hombres que nos habían cogido asentían con la cabeza sonriendo sin sentido alguno. Eran de complexión robusta, con rasgos españoles como tez morena y pelo oscuro, y llevaban una bata azul que parecía hacerles más refinados de lo que realmente eran.

—Solo quiero saber dónde está mi sobrina —dije ante aquel imperturbable silencio que se había generado tras la pregunta indirecta de Maxime.

Esta dio unos pasos hacia mí y me miró de lado como si intentara recordar dónde me había visto antes.

—¿Quién es tu sobrina? —dijo sin más, rindiéndose ante la evidencia de que me conocía sin saber de qué.

Nos quedamos de nuevo los tres callados sin esperanza alguna, esperando a ver qué nos ocurriría a continuación.

—Tenemos que deshacernos de ellos, doctora —dijo uno de los chicos que me había atado las manos y los pies a la silla.

Maxime se llevó el dedo a la barbilla, dando a entender que estaba valorando cuál sería nuestro mejor final.

—Acabad con ellos —dijo al fin—. Tras lo de David y ahora la aparición de estos, no cabe duda de que la policía va detrás de nosotros. Tenemos que coger a los niños sin dejar rastro. Quemad a estos tres, enterradlos vivos, pegadles un tiro... ¡me da igual! Pero ha de ser esta noche, mañana ya no estaremos aquí.

Tras ello, se dio la vuelta para desaparecer de nuestra vista. Miré a mis dos amigos sin saber qué pensar. Nuestro final era inmediato y lo único que se me ocurría para salvarnos era que Enrique dijera que era policía. Sin embargo... sin ayuda no conseguiríamos nada, y lo mismo podría estar pensando él.

Sin darnos un tiempo perentorio para asimilar todo lo que estábamos viviendo, nos desataron con agresividad y nos arrastraron hacia fuera de nuevo. Yo quise echar un último vistazo al interior de la nave con la prioridad de indagar dónde estaría mi sobrina encerrada.

Nos llevaron hacia la parte de delante con continua brusquedad mientras los cinco hombres hablaban entre ellos. Sus cuchicheos detonaban que no tenían ni idea de qué hacer con nosotros, pero tenían muy claro que debíamos desaparecer.

—Tengo el arma aquí —dijo claramente uno de ellos.

—Pues con eso —dijo otro más brusco en su voz.

Nos detuvimos de golpe y nos pusieron justo delante de la puerta principal, debajo de aquel cartel con el nombre de la nave y que tan insulso me había resultado. Nos colocaron de la misma forma que habíamos estado en el interior de la fábrica: yo en medio de mis dos amigos. No se alejaron de nosotros en ningún momento, por lo que no había posibilidad alguna de huir.

—Disparamos primero a los chicos y la última que sea la chica —indicó uno de los matones.

—De acuerdo, déjame a mí mejor.

—El arma es mía, ¡idiota! ¡Lo hago yo! —dijo el más alto de todos haciéndose el valiente.

Aprovechando la estúpida discusión de aquellos dos, eché un último vistazo a las caras de mis amigos. Con la escasa luz de la luna apenas distinguía sus facciones. Enrique estaba imperturbable. Su cara, más inexpresiva de lo habitual, no mostraba en absoluto su angustia. Sin embargo, el rostro de Gabi era todo un poema, había desaparecido ese gesto irrisorio, permanente en él. Se cruzaron nuestras miradas y entonces me guiñó un ojo en un intento de hacerme sonreír. Hasta en el peor de los momentos sacaba su carácter juguetón e intenté responderle de alguna manera parecida, pero me vi incapaz. Había llegado nuestro final.

El chico alto acercó la pistola a la sien de Enrique, que parecía ser el que iba a ocupar el primer lugar. El que lo sujetaba se apartó con temor a que el disparo recayera también en él. Enrique no cerró los ojos ni un instante mientras el otro hombre empezaba a apretar el gatillo con manos temblorosas. No podía soportar más mirar aquella escena y giré la cabeza hacia el otro lado, fue entonces cuando oí un ruido inconfundible seguido de unas luces de colores que se acercaban.

Era la policía ¡estábamos salvados! A punto estuve de saltar de júbilo cuando oí el disparo que provenía del lado donde estaba Enrique. Tras ello, miré y distinguí una figura caer al suelo.

Mis ojos no daban crédito de la cantidad de coches patrullas que habían venido para salvarnos y detener a aquellos delincuentes.

Todavía algo aturdida y sin saber muy bien cómo reaccionar ante aquello, Enrique me empujó precipitadamente a uno de los coches para salvaguardarme. Para ello, tuve que saltar sobre el hombre alto que había colocado la pistola en la sien de mi amigo, ya que era este quien había recibido un disparo por parte del propio Enrique justo con la aparición de la policía.

Mi amigo había llevado su arma escondida todo ese tiempo, y justo en el último momento, cuando creía que nadie podía verlo, la había sacado. Ante el desfile de luces y sirenas de la policía que todos vimos acercarse, Enrique se dio cuenta de que recibiría su bala al instante, de ahí que se defendiera disparando a aquel matón en el momento oportuno. Había sido en la pierna, pero aquel malhechor seguía tendido.

—Se salvará —me indicó—. Ahora tú y el francés os tenéis que ir a comisaría inmediatamente. Todavía queda mucho por resolver.

—¡Busca a mi sobrina, por favor! —dije con un hilo de voz.

A Gabi y a mí nos metieron en diferentes coches sin más explicaciones. Ahora solo la policía podía hacer el resto. No obstante, no estaba conforme con aquello. Era cierto que la cosa podría ponerse fea en aquella nave, pero había estado involucrada en aquel tema tanto tiempo que necesitaba saber cómo terminaría. Por ello, y a pesar de no conocer de nada a mi “chofer”, me arriesgué a solventar algunas de mis dudas.

—¡Vaya, vaya! —Quise exagerar lo suficiente mi expectación—. ¡Habéis venido justo a tiempo! Y muy preparados. ¡Cuántos coches patrullas han venido! ¿No?

—Sí, recibimos el mensaje de Enrique tarde, pero conseguimos llegar a tiempo.

—¿Y os explicó exactamente lo que os ibais a encontrar?

—Pues no —dijo secamente—. Porque ni él mismo lo sabía en ese momento...

—Sí, tienes razón —acerté a decir—. Pero algo os diría para haber venido tan equipados.

Aquel agente me miró de soslayo por el retrovisor con una risa intencionada y sin decir nada más. Una vez abandonado el camino de tierra, nos pusimos en marcha hacia la Vega Alta por la carretera nacional. Entonces me pareció que su humor había cambiado.

—Sé que eres amiga de Enrique, pero no puedo contarte nada más, todo es información confidencial —dijo mientras me miraba discontinuamente por el retrovisor—. Pero sí te diré que la policía no es tonta y que tenía ya muchos datos sobre el caso. El toque final ha sido el mensaje de nuestro compañero avisándonos que creía haber encontrado el sitio donde tenían a los niños guardados y les extraían los órganos.

Así que ese era el mensaje que había mandado Enrique. De ahí el monumental despliegue de medios para llegar hasta allí y que todo pudiera salir a pedir de boca. Ellos ya portaban bastante información sobre el asunto, solo faltaba esa pieza del puzle.

—Entonces ya lo tenéis todo resuelto —concluí yo.

—No te creas, aún queda mucho por saber...

Era ya más de media noche cuando llegamos a nuestro destino. Llegué un poco antes que Gabi y me quedé sentada en la sala de espera. La última vez que había estado allí había sido con mi hermana para declarar sobre el cadáver de David.

Consideraba aquel edificio como lúgubre. Tenía los pasillos estrechos, oscuros y con muchas

habitaciones a los lados en las que dentro había diferentes oficinas, también sombrías y repletas de muebles que tapaban los ventanales que podrían ofrecer más claridad al lugar. Sin embargo, la luz de la sala en la que estaba era tan intensa que, cuando quise echar una cabezadita, lo vi como misión imposible. En esas estaba cuando, en medio de aquel silencio, se oyeron voces. Me levanté de golpe esperando ver a alguno de mis amigos y ya en la entrada distinguí a dos policías con Gabi. Al acercarme, me quedé de piedra cuando vi a este con las esposas puestas.

—¿¡Qué!?

Gabi estiró los brazos con resignación y sin saber muy bien qué decir.

—Recuerda que, en teoría, soy culpable del asesinato de mi hermano —me explicó.

—¡Pero no has sido tú! —dije en un principio muy segura de mí misma, aunque su gesto me hizo dudar al momento—. ¿O sí?

Creí entender por su postura que nada más podía decirme teniendo al policía al lado suyo, este lo cogió violentamente del brazo e intentó arrastrarlo hacia dentro sin tener en consideración que quería hablar con él.

—Ya sabe que tiene derecho a una llamada, el teléfono está dentro, debe acompañarme —dijo secamente.

Gabi se negó a caminar, parándose en seco en un intento de deshacerse de la fuerza de aquel orangután.

—No. Ya tengo frente a mí a la única persona a la que querría llamar. Por lo que no tengo prisa en llegar al teléfono.

—Mira, o me sigues por las buenas o tendremos problemas —dijo un policía ya harto de la actitud del acusado, intensificada por las altas horas de la madrugada y el cansancio que todos llevábamos a cuestas.

—Ve con él —le aconsejé—. Cuando vengán con los detenidos, todo se aclarará.

—Tú ve a casa a descansar, aquí no haces nada.

Afirmé con la cabeza mientras le acariciaba la mano como último gesto antes de que se lo llevaran hacia el interior de la comisaría.

Tenía muy claro que no me iba a ir de allí, quería saber cómo había acabado todo. Además, gracias a Gabi y a mí, habían capturado a aquella gente, merecía saber qué había pasado. Así que de nuevo intenté acomodarme para cerrar los ojos y descansar lo que pudiera en aquellas incómodas butacas, teniendo la luz como ametralladora que disparaba directamente a mis ojos.

Intuí que había conseguido dormirme cuando alguien me empezó zarandear insistentemente. Con los ojos entrecerrados, miré a aquella figura, al principio borrosa, para finalmente ver que se trataba de Enrique.

—¡Eh, dormilona! —dijo con voz cansada—. Puedes irte a casa, ya está todo solucionado.

—¿Habéis encontrado a Irene? —pregunté ya despierta del todo.

—Sí, todos los niños están ya de camino a sus casas. En los próximos días tendrán que venir a declarar. —Me emocioné tanto al pensar que todo había acabado para esos niños que no pude dejar de sonreír durante unos minutos—. Ahora interrogaremos a los de la nave.

—¿Está Maxime aquí? —dije con la lengua trabada,

—Creo que sí.

—Merezco ver ese interrogatorio —dije de manera inquisitiva.

—¿Ah sí? ¿Y eso por qué?

Lo miré muy fijamente a los ojos sin darle opción a que me diera alguna otra negativa. Suspiró nada aliviado y me ayudó a levantarme.

Me hizo seguirle por aquel largo pasillo y con tanto despacho a los lados hasta llegar a la

puerta del fondo. Cuando la abrió, me encontré un pequeño cubículo totalmente a oscuras. Acostumbrada a la alta iluminación del resto del edificio, tuve que hacerme con el nuevo sitio para distinguir mejor lo que veía. Allí, en el centro, había una sencilla mesa acompañada de dos sillas orientadas hacia una amplia ventana, a través de la cual se podía ver otra habitación. En esa otra habitación había una persona apoyando sus codos sobre una mesa de metal y mirándome directamente de frente, asustándome por tanto de inmediato. Era Maxime.

—Tranquila, ella no nos puede ver al estar esto a oscuras. Supondrá que debe haber alguien al otro lado del cristal, pero no puede saber quién.

—Pensaba que este tipo de habitaciones solo se veía en las películas o series policíacas.

—Y así es, esta es la antigua sala de reconocimiento para identificar al culpable de un delito. Pero con la nueva sala que nos hicieron hace unos años, esta apenas la usamos para tal cometido. La hemos acondicionado para casos de mayor envergadura, como este, en los que han participado varios oficiales y les es útil ver cómo va avanzando la investigación en el interrogatorio.

Cogimos aquellas dos sillas que había visto nada más entrar y nos sentamos sin intercambiar palabra. Notaba cómo Maxime se desesperaba ante la espera y empezaba a dar vueltas por la otra sala.

—¿Qué sabéis de ella?

—Sabemos que los principales artífices de toda la trama de tráfico de órganos y extorsión son ella —la señaló— y David, el muerto.

—¿Desde el principio habéis sabido a qué se dedicaban?

—Este caso de los niños con una marca en la muñeca siempre ha quedado aparcado por falta de pruebas. Sin embargo, tras el cadáver de David, se empezó a investigar de nuevo. Nos centramos más en él que en el verdadero culpable, tu amigo Gabriel —dijo con cierta displicencia al nombrarle—. Apenas había nada interesante sobre Gabriel, pero cuando empezamos a ver los datos de David... ¡Nos quedamos estupefactos ante las cuentas que dominaba!

—¿Qué pasó después? Tras descubrir aquello.

—Después de que me dijeras que había sido el creador de una comisión específica en Saint-Malo, empezamos a atar cabos y a ver hasta dónde nos llevaban todas esas cuentas. Vimos muchos viajes de David y, sobre todo, de Maxime a España. Luego lo unimos todo, sabíamos que estábamos detrás de algo importante.

—Así que, más o menos, ambos sabemos lo mismo.

—Es posible.

Nos callamos al momento, cuando se abrió la puerta y comenzó a entrar un grupo de tres oficiales que saludaron animadamente a Enrique y que me miraron con cara de pocos amigos. Empecé a oír sus comentarios en contra de mi presencia allí, cosa que en parte tenían razón, pero noté que era Enrique quien llevaba el mando y ninguno rechistó más cuando mi amigo les llamó la atención. Me levanté de la silla educadamente con la intención de cedérsela a uno de ellos, quedándose al final vacía por cabezonería de ambos bandos. Miré hacia Maxime, allí también habían entrado dos personas más.

Comenzaba el interrogatorio.

Aquel policía, vestido de paisano, estaba ya sentado frente a Maxime, dándonos la espalda y abriendo sobre la mesa un fichero con, suponía, los datos de la investigación. Al lado de ella, su abogado, sin nada en las manos ni, sorprendentemente, papeles que mostrar.

Nunca antes había vivido algo parecido. Sentía que me había colado en una fiesta a la que no me habían invitado. Pero era cierto que yo había sido en parte la artífice de todo aquello, la que les había hecho llegar a donde estaban. Me dije a mí misma que merecía estar ahí, tal y como le había dicho a Enrique minutos antes. Me centré solo en las palabras de Maxime, obviando cualquier cosa que pudiera hacerme sentir incómoda en aquel lugar.

El inspector, sin presentarse, comenzó la entrevista comentando las pruebas que tenía sobre las finanzas que movían David y ella y sobre lo que habían descubierto en aquella nave. El silencio era absoluto en nuestro pequeño cubículo, no queríamos perder detalle de la declaración de esa mujer.

—Los niños que había allí, fueron raptados y llevados en su contra. Estará de acuerdo con ello, ¿verdad? —comentó el inspector con voz apagada y monótona. Parecía ya cansado de todo aquello.

—Mi clienta no responderá a esas preguntas —interrumpió la voz chillona de aquel abogado incompetente.

—Sí, tenemos contratados a gente que se encargaba de cogerlos, dormirlos y mantenerlos retenidos allí —contestó Maxime a la defensiva y nada nerviosa—. Y, lo siento, pero contestaré a lo que a mí me dé la gana.

Algo sobresaltado ante tal comentario, aquel señor de voz desagradable volvió a hablar amenazador.

—Todo lo que diga podrá ser usado en su contra una vez que se haga el juicio. Yo de usted, no hablaría demasiado.

Ante la mirada inquisitiva de Maxime, esta se volvió de nuevo hacia el inspector y continuó contando su historia fríamente.

—Los niños apenas era conscientes de nada, cada cuatro horas se les inyectaba un calmante que les hacía dormir durante horas y un suero para alimentarlos.

—Es decir, los cinco hombres que hemos cogido esta noche junto a usted eran los que se encargaban de eso: que los niños no molestaran.

—Así es.

Noté cómo la respiración del inspector iba acelerándose, indignado al oír aquella confesión. Pero debía seguir. El abogado se había cruzado de brazos como si de un niño pequeño se tratara y miraba hacia el techo con resignación.

Yo, desde la otra sala, no entendía qué pretendía Maxime. Se la estaba jugando, hasta yo sabía que podían meterla en la cárcel muchos años con todas las pruebas y junto a su actual confesión.

—Tenían ustedes un laboratorio allí, una especie de quirófano, más bien. ¿Qué hacían, exactamente? —preguntó el inspector directamente.

—¿Para qué me lo pregunta si ya lo sabe?

—Entonces quiere que se lo diga yo, está bien. —El policía pasó algunas hojas del fichero que tenía delante y empezó a leer—. Maxime Beaubras, presuntamente acusada de venta ilegal de órganos, usando a niños para tal uso. ¿Me equivoco?



—No. A eso me he dedicado durante todos estos años.

—David fue su socio, ¿es así?

—Así es. Lo metí de lleno en el negocio. El viejo Sauvageot —el padre de Ludo— me inició en esto, pero cuando murió yo no podía encargarme sola de contratar y gobernarlo todo. Así que cuando conocí a David, que era el único niño que había sobrevivido a aquello y sabía más de lo que contaba... Él siempre quiso indagar sobre lo que le pasó y entró conmigo para conocer un poco más sobre aquello. Cuando descubrió que, además de averiguar cosas sobre su pasado, podía ganar dinero... se quedó gustosamente.

—A pesar de haber sufrido las secuelas de un secuestro como aquel, ¿consiguió convencerle para que se metiera en este negocio!?

—Solo le diré que hasta conseguí que dejara a la mujer que tanto había querido. —Una sonrisa perversa se asomó en su comisura, lo cual me hizo mirar hacia otro lado intentando evitar pensar en qué podría hacer para estamparle la cabeza en aquella mesa de metal—. En realidad, empezó en esto porque su madre estaba enferma. Con la excusa de estar investigando sobre su caso, el joven David se metió de lleno para saber más y así, a la vez, ayudar a su madre a conseguir un nuevo riñón. La mujer estaba muriéndose y él vio clarísimamente lo que tenía que hacer. Yo solo estaba allí para alentarle a ello.

—¿Y qué pasó?

—No funcionó, murió a las dos semanas con el nuevo riñón, donado ilegalmente claro.

El inspector iba tomando notas, sobre todo de aquello que desconocía. Hacía largas pausas para redactarlo todo como era debido.

—De acuerdo, empezaron un negocio ilegal...

—Ganábamos mucho dinero.

—Y venían de vez en cuando para acá para ver qué tal iba todo.

—Sí, David una vez al mes y yo algo más. Estaban los guardianes, a los cuales pagábamos muy bien; los que secuestraban a los niños; y luego, por supuesto, los compradores de órganos. Este último trámite podíamos manipularlo desde Francia. Vendíamos pulmones, corazones, riñones... ¡hasta córneas!

—¿Cómo conseguían compradores?

—Quisimos movernos por China, donde no había nada que pudiera relacionarnos, nada que pudiera facilitar a la policía atar cabos y dar con nosotros. Allí teníamos a nuestros trabajadores que se encargaban de buscar a compradores que necesitaran un determinado órgano, eran también lo que los transportaban a su destino una vez extraídos. El dinero se entregaba en mano o a nuestra cuenta.

—Y os repartíais todo ese dinero entre los que guardaban a los niños en la fábrica, los que los raptaban, los que negociaban en China y vosotros.

—¡Exacto! Parece que lo está entendiendo perfectamente.

—¿Quién extraía los órganos?

Maxime suspiró ante tal pregunta, pareció como que iba a cambiar de opinión y dejar de responder al inspector, estuvo callada un buen rato.

—Todas las operaciones las hacía yo personalmente en la nave, por eso bajaba más a España que David. Soy médico.

—Sí, tengo entendido que fue retirada de su cargo por extorsión. Al parecer quería dedicarse a esto desde muy joven.

—El viejo Sauvageot fue mi mentor. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Mire, cuando alguien se cría sin padre debe tener alguien en quien fijarse, y yo quise al señor Sauvageot como

si fuera de mi propia familia.

Vi que el inspector movía varios papeles en el fichero durante un rato hasta que pareció encontrar lo que buscaba.

—Pero usted vivió con su madre hasta su muerte,

—Así es. Yo me crié en Francia con mis padres. Sin embargo, siendo yo adolescente, mi padre quiso mudarse al Altiplano, había alguien allí que lo esperaba. Un tiempo después, se divorciaron y mi padre se volvió a casar con su amante española, dejándonos solas. Durante los primeros años de la separación, mi madre y el señor Sauvageot se hicieron muy amigos, convirtiéndose este en mi segundo padre. Ya sabe que en la adolescencia ese tipo de cosas se sufre más.

—Su verdadero padre era policía y volvió a España a trabajar como tal. De hecho, le pilló de lleno todo el tema de los niños de la S. Fue mi compañero, y el que me apartó del caso, pero bueno, esto no viene a cuento ahora.

—¡Ah! Usted es ese inspector. —Y tras un momento de reflexión por su parte, al fin le vino a la memoria su nombre—: ¡Román!

Lancé un grito de sorpresa. Aquel era el policía que Gabi había ido a buscar a España en el verano del 2007, justo después de ir a Lyon a resolver sus problemas con unas notas.

—¡Claro! —continuó Maxime—. Mi padre lo apartó porque vio que nosotras también estábamos metidas. Tras abandonarnos, era lo mínimo que podía hacer por su hija y su exmujer, salvarnos de que descubrieran al viejo Sauvageot y, como consecuencia, a nosotras mismas. Mi madre, que en paz descansa, se enamoró del viejo y hacíamos todo lo que nos decía puesto que se portaba bien con nosotras y nos cuidaba.

—Pero ese señor tenía familia.

—Ya sabrá que la abandonó también.

—Cuénteme más sobre la estancia de su mentor en España.

—Sauvageot se fue a vivir al Altiplano. Tal y como mi madre me explicó en su día, él se instaló allí para llevar a cabo este negocio, pero con una única misión: salvar a su hijo mayor. Este tenía una enfermedad del corazón, creo, y se volvió loco por encontrar uno que fuera compatible para el pobre niño, sin éxito por cierto. A principios de la década de los 2000, el viejo dejó algo aparcado el negocio, habiendo menos desaparecidos puesto que el médico que le ayudaba a extraer los órganos ya no trabajaba tanto para él y me instó a que yo me dedicara a la medicina para ayudarlo en ello. Y así lo hice. Decidí hacer la carrera en Francia y años después empecé a trabajar en el hospital de Saint-Malo. Allí conocí a David, en una de esas veces que fue a la consulta con su madre.

Román se quedó quieto en su silla y algo cabizbajo. Tal vez estaría pensado lo mismo que todos los que estábamos en la sala oscura en aquel momento: esa mujer había seguido a un individuo mezquino, el cual había cuidado de ella y de su madre a cambio de que les ayudase en un negocio denigrante y asqueroso. Su verdadero padre, ya fallecido, había evitado que todo saliera a la luz para que su hija y su exmujer no fueran acusadas de nada. Ante ello, los secuestros y la práctica de esa actividad tan vergonzosa habían seguido durante años sin tregua alguna. Chicos desaparecidos, órganos extirpados y vendidos a precios desorbitados y una mafia en donde todos se beneficiaban, menos los pobres niños.

Maxime bebió agua, se le notaba relajada, más de lo normal. Estaba dispuesta a contarle todo, pero intuía que con una intención que desconocíamos.

—¿Por qué había niños que aparecían luego y otros que no?

—Era cuestión de utilidad.

—Explíquese.

—Nosotros cogíamos a niños y veíamos la compatibilidad con los que requerían los órganos en ese momento. Si no había una compatibilidad inmediata, ese órgano no se podía vender, pero esperábamos hasta que apareciera otro comprador y guardábamos al niño hasta entonces. Lo máximo que teníamos a cada niño eran dos meses, dos y medio a lo sumo. Si en ese periodo no aparecía nada compatible, no nos interesaba y lo dejábamos suelto. No nos salía rentable mantener a tantos niños tanto tiempo. Así que los depositábamos adormecidos en las calles para que no supieran nunca dónde habían estado y no pudieran contar nada.

—Así que David fue un niño que no sirvió para nada.

—David fue un niño que sí servía, pero escapó por culpa de Ludo. Ludo es el hijo del señor Sauvageot —aclaró Maxime mientras se ponía de lado para cruzar sus piernas, solo le hacía falta un cigarro para estar igual de cómoda que en un bar.

El tema de mi amigo Ludo me interesaba especialmente y abrí mucho los oídos para enterarme bien.

—Como ya he dicho, el señor Sauvageot —continuó Maxime— empezó con este “trabajo” para conseguir un corazón para su hijo mayor. Al principio lo hizo todo a baja escala porque solo le interesaba encontrar el corazón compatible, pero prosiguió con el negocio y hasta metió a su hijo para que le ayudara siempre que este bajaba a España a visitarlo. Ante la inutilidad de Ludo, tuvo que deshacerse de él. Esto, y que su mujer nunca superó la muerte del hijo mayor, hizo que abandonara a su familia y viniera a la nuestra.

—Si no me equivoco, Ludo Sauvageot es el que estaba tatuando a David antes de que este huyera. Siempre se creyó que era una niña, por sus rasgos femeninos e infantiles, pero no fue así.

—Sí, así es. Pero Ludo no tuvo nada que ver en todo esto. Él nunca supo a lo que se dedicaba su padre, tampoco que David y yo seguíamos con el negocio. Se sintió tan herido cuando su padre lo desvinculó de sus actividades, cualesquiera que él pensara que fueran, que decidió hacerse con cosas que encontró por allí y no volver nunca más a visitarlo. De ahí que tuviera, por ejemplo, una lista de nombres de los niños que fueron raptados y que años después se aportó, muy a su pesar, a la comisión.

Suspiré aliviada. Podía estar tranquila, Ludo siempre había sido inocente.

—Es más, David se aprovechó de él. Creó una tapadera con la maldita comisión esa para que nadie sospechara de él, o de mí.

—¿Esta segura que él nunca sospechó nada? —le preguntó con una mirada inquisitiva.

Maxime se acercó lentamente a la cara de Román con media sonrisa.

—De nuevo me pregunta algo que ya sabe.

—Más bien, sospecho. Pero antes dígame una cosa: ¿Por qué una *S*? ¿Y luego una *A*?

—Está claro, la *S* por Sauvageot y la *A* esa realmente es una *V* invertida, de Valchs, el apellido de David.

Todos en aquella sala nos miramos incrédulos. ¡Todo ese tiempo pensando que aquel símbolo era una *A*! Empezábamos a animarnos ante lo que estábamos descubriendo, pero estaba claro que aún quedaba más por saber. Román estaba realizando su trabajo estupendamente y Maxime, inexplicablemente, se dejaba hacer.

—¿Y por qué esas marcas? ¿Qué sentido tienen?

—No sé si sabrá que hay muchas mafias que se dedican a esto. Tenemos que distinguirlas unas de otras para que llegue el dinero a la correcta. De ahí la marca, no hay más.

—Es simplemente una marca para distinguir una mafia de otra.

—Eso es. Nosotros nos hacíamos llamar así —y puso los dedos con el símbolo  $\Lambda$ —. Cuando anteriormente había sido una *S*. Nos guiábamos por los apellidos de los jefes, así de sencillo.

Casi aplaudí en ese momento. Todo estaba claro y resuelto. Mi amigo Ludo no era culpable, habían cogido a una banda de malhechores y todo estaba llegando a su fin. Román debía dar punto y final a aquel interrogatorio, no había nada más que pudiera aportarnos, ¿o sí?

—Por último, ¿por qué Ludo mató a David?

No supe qué hacer ante aquella revelación. Noté el brazo de Enrique en mi hombro que empezaba a temblar junto con el resto del cuerpo.

No, todavía no podíamos terminar aquel interrogatorio. La muerte de David debía ser investigada, a pesar de que este había sido un verdadero delincuente.

—¡Sabía que lo sabía! —fue la respuesta de Maxime ante la duda del inspector Román.

—Lo sé todo de primera mano. Cuénteme por qué lo mató.

La mujer se removió algo más inquieta en su asiento y puso los ojos en blanco intentando concentrarse para dar su respuesta.

—Ludo empezó a descubrir cosas en Saint-Malo, lo sé porque, con el tiempo, se desvinculó de aquella falsa comisión y se fue a vivir a otra ciudad con su pareja. David y yo nos oímos que algo sospechaba, pero nunca quisimos saber si así era. Sin embargo, todo quedó al descubierto cuando Manu, su novio, enfermó y supusieron que no encontrarían un donante de corazón a tiempo, de ahí que nos llamara una noche y nos amenazara con sacarlo todo a la luz si no les ayudábamos.

—¿Y qué le dijo?

—Fue David quien cogió el teléfono. No le gustó la idea, por primera vez había alguien cercano que sabía su secreto y eso no era nada conveniente. Le colgó en cuanto pudo para llamarle al día siguiente más tranquilo. —Cogió una bocanada de aire para seguir con la explicación—. Le prometió a Ludo que buscaría un donante, pero que sería difícil. Necesitaba saber todos los aspectos de Manu para comprobar su compatibilidad. El día que David fue encontrado en un ascensor muerto, había ido a España por petición de Ludo y Manu, que se encontraban de visita en la casa de la madre de este último. A David no le hizo mucha gracia la invitación, pero quiso ir para evitar que estos sospecharan de su falta de interés y fueran a la policía a contarle todo. Supongo que tanto Manu como Ludo sospecharían que David no estaba haciendo nada por ellos, y que esa reunión sería para chantajearle.

—Así, tal cual pasó, me lo ha contado el señor Valchs, el hermano de David, que estaba también allí.

Di un respingo ante tal testimonio, pero no quise que pararan, quería saber más.

—Lo suponía. Conozco a los cuatro hombres que allí había, y son muy viscerales. He estado años compartiendo momentos con ellos.

—¿Qué más supone?

—Que David se negaría, que Manu está ya en las últimas y que todo fue un cúmulo de sentimientos mal gestionados. Sé que Ludo siempre ha llevado encima el arma de su padre y que disparó en ese momento de frustración a David. Luego el pobre Gabi cargaría con el muerto, nunca mejor dicho —dibujó una leve una sonrisa—. Y lo dejó donde le pilló, en un ascensor.

Maxime terminó su discurso con la mirada en el infinito, pero muy serena.

En ese momento, Enrique se acercó mostrándome el móvil con un *WhatsApp* de un compañero, informándome de que acababan de traer a Ludo a la comisaría detenido. Incliné la cabeza hacia abajo, intentando retener las lágrimas de pena.

—¿Por qué ha decidido revelarlo todo ahora, señorita Maxime? —preguntó Román ya recogiendo sus papeles y con la intención de levantarse de la silla para irse.

Maxime elevó fríamente la cabeza.

—Porque ya no merece nada la pena. Cuando el amor de tu vida muere, ya nada tiene importancia.

Yo seguía teniendo la mirada fija en ella mientras, en la sala en la que estábamos, todos los policías empezaban a darse palmaditas en la espalda felicitándose los unos a los otros. Entre todos habían resuelto un caso que llevaba años de investigación. Fue todo tan rápido que ni

siquiera el inspector Román o su abogado, que estaba a pocos metros de ella, pudieron hacer nada.

La vi coger con celeridad algo metálico que brilló cuando lo sacó de la manga de su camisa y sin más, sin siquiera haber pasado un segundo, se rajó el cuello violentamente emanando un chorro de sangre inmediato.

Empecé a gritar y me tapé los ojos mientras Enrique me abrazaba fuertemente sin consuelo alguno. Unos policías salieron de la habitación acudiendo rápidamente a solventar la situación mientras oía a alguien que llamaba por el móvil pidiendo asistencia médica.

La vida de aquellos dos grandes asesinos había terminado drásticamente.

Cuando algo más calmada salí de aquel sitio, me encontré con Gabi en la puerta de la comisaría, ya sin esposas en las muñecas. Estaba guapo a rabiar, a pesar del agotamiento. Instintivamente, me lancé a sus brazos dejando a un Enrique herido sentimentalmente. Allí en la puerta me despedí de mi amigo policía amigablemente y se marchó en dirección a su casa. Al igual que todos, él también necesitaba su merecido descanso.

No fue necesario que le contara nada a Gabi sobre lo sucedido al final del interrogatorio, puesto que vio la ambulancia aparecer y al poco la camilla con el cuerpo de Maxime cubierto. Noté que estaba algo destrozado y me consoló que a él también le hubieran afectado tanto aquellas muertes, a pesar de que Maxime y David fueran los representantes de un negocio de maleantes.

Inmediatamente deseé huir de allí y así lo hicimos. De camino, Gabi me abrazaba por la cintura y continuábamos sin decirnos nada. Paramos a comprar unos botellines de agua, que me aliviaron al instante, lo que me ayudó a contarle todo lo que había oído y vivido en aquella particular sala de interrogatorios.

Me resultó apaciguador relatarle aquello, hizo que no necesitara tomarme ninguna pastilla para tranquilizarme, tal y como me habían aconsejado.

Sabía de antemano que los pasos de Gabi me guiaban hasta la hospedería de la calle San Sebastián, supuse que tenía que coger sus cosas y pagar su estancia.

—Si no te importa, he preferido venir aquí para ver por última vez estas vistas.

No vi problema en su decisión y me adentré con él a la habitación.

Ya estaba amaneciendo cuando nos asomamos a aquel balcón con puertas de madera, a través del cual se veía aquel paisaje que la noche anterior habíamos visto juntos. Nos pusimos el uno muy junto al otro. Seguíamos sin mediar palabra, pero sabíamos que había mucho que decirnos.

—Decidí usar la llamada en la comisaría para avisar a Román.

—Pensaba que yo era la única que necesitabas llamar —musité sofocando una amplia sonrisa.

—Eras la única en la que podía pensar en ese momento, pero de repente me vino el nombre de Román a la cabeza y supe que podría ayudarme. Vino rápidamente y declaré todo lo que sabía sobre la muerte de David. Lo siento por Ludo, pero creo que era mi deber decir la verdad.

—Hiciste lo que debías.

Le lancé una mirada triste, aunque me sentía bastante aliviada. Todo se había resuelto, aunque aquello hubiera supuesto muertes y detenciones imprevistas.

—¿Por qué lo llevaste al ascensor de la casa de mi hermana?

Apoyó su brazo derecho, aún con arañazos del día anterior, en la barandilla del balcón para contemplarme y mostró un claro cansancio en su rostro.

—Manu pensó que seguías viviendo en esa casa. Al no tener relación alguna contigo, no sabía de tu nueva dirección. Como parecía que no querías saber nada de él ni de nada que estuviera relacionado con su persona, pensó que sería buena idea dejar el cadáver allí, en ese ascensor. Lo coloqué como pude con la esperanza de que, al descubrirlo, fueras tú u otra persona, te pondrías de nuevo en contacto con nosotros y pudieras ayudarnos. Fui yo quien lo transportó hasta allí, por eso me pillaron, pero es que Manu no podía hacer esfuerzos y Ludo estaba demasiado alterado por lo que acababa de ocurrir.

—Bueno, finalmente hice lo que os propusisteis, ayudar en el caso. —Me sentí algo molesta ante el interés de mis supuestos amigos.

—También teníamos la esperanza de que así volvieras de nuevo con nosotros, queríamos saber de ti —confesó finalmente Gabi.

—¿Y qué hacías tú en España?

—Acompañar a David. Dijo que necesitaba compañía para lo que iba a hacer, se ve que hasta él tenía por lo que le pudiera pasar.

—¿Tú sabías a lo que iba?

—Sí, y David también sabía que yo conocía ya muchas cosas. Pero confiaba en mí, en su hermano. Sabía que no lo delataría, supongo.

Por fin, todo el caso estaba zanjado. Habían pasado unos veinte años, pero para bien o para mal había un final para esta historia que, en ciertos momentos, me había resultado interminable.

—¿Sabes? Ahora voy a tener más miedo que nunca a los ascensores, ¡y todo por tu culpa! —le dije golpeándole el brazo que no tenía apoyado y ganándome una queja por su parte. Aún estaba dolorido por haber saltado desde un segundo piso el día anterior.

Nos miramos fijamente, teniendo como testigo aquel paisaje tan bucólico. De sus claros ojos me llegó el recuerdo de aquella noche en un hotel de Saint-Malo mientras mirábamos embobados la marea. Conmemoré la picardía de esa noche en su rostro, cuando bromeó con usar la cama y yo me dejé acariciar por su brazo en mi cintura. Como en aquella ocasión, él volvía a acercarse a mí y esa vez sí me dejé querer con el calor de sus brazos y un intenso beso que me inundó el alma que tan destrozada tenía por lo vivido durante todos esos años. Me separé un instante de él sin apartar la mirada y me fijé en que se había quedado algo serio tras ese gesto. Le señalé con la cabeza el interior de la habitación y él entonces me respondió con una sonrisa taimada.

Esa vez sí usamos la cama del hotel.



## EPÍLOGO

Agosto 2019.

Acabábamos de llegar de vacaciones y teníamos todas las maletas por medio.

Ya era el segundo año que pasábamos el mes de agosto en Saint-Malo. Tras la venta de la casa de David, Gabi había conseguido, por un módico precio, aquel dúplex del que tanto me enamoré en el verano del 2007. Aquella vivienda con el tejado a dos aguas grisáceo, con grandes ventanales en la parte de abajo y una estupenda buhardilla destinada a ser nuestra habitación.

Habíamos hecho también una pequeña escapadita a París donde habíamos disfrutado, sorprendentemente, de unos días de sol. La vida me sonreía y yo le sonreía a ella.

Gabi, muy a su pesar, había cambiado su lugar de trabajo para estar junto a mí, pero siempre que podíamos huíamos hacia las playas de la ciudad bretona.

Tras la resolución del caso de los niños de la *S* y el símbolo  $\Lambda$ , me atreví a acercarme a Manu con la intención de recuperar nuestra amistad, sabiendo de antemano que ya nada sería como antes. Afortunadamente, había encontrado un donante al poco de la muerte de David y ello me dio pie a poder reencontrarnos sin la premisa del tiempo en contra. Me explicó varios datos que habían quedado en el aire sobre la familia tan peculiar de Ludo. A este le habían caído quince años de cárcel por homicidio, pero nunca fue acusado por estar involucrado en la trama de los niños secuestrados. Manu me detalló exhaustivamente la razón por la que Ludo nunca dijo nada de su padre. Todo era tan simple como que nunca sospechó de él hasta que se metió de lleno en la comisión de David y empezó a averiguar y entender ciertas cosas que vio de joven —me dijo en su día—. Nunca antes se hubiera planteado que tal atrocidad era llevada a cabo por su propio padre. Pasó mucho miedo, al igual que yo, de que se supiera de su relación paterno filial y le acusaran a él también, aunque fuera solo por los lazos de sangre que les unían. De ahí que guardara con gran esmero aquella lista de nombres que entregué a David sin pedir permiso y que hizo que Ludo entrara en cólera al enterarse de ello. Temió entonces por su propia seguridad.

Tras la recuperación de mi amigo, este se marchó de nuevo a Francia con su nuevo corazón y sin despedirse de mí. Desde entonces, solo había recibido de él mensajes de felicitación en fechas señaladas. Supe por Lucy que se encontraba bien allí solo, por lo que me alegré de que al final su vida estuviera más o menos estable.

Mientras Gabi preparaba algo de comida y yo empezaba a deshacer las dichas maletas, encendí la televisión para escuchar las noticias, aunque fuera solo para oírlas de fondo. Mi desconexión durante las vacaciones había sido tal que apenas sabía cómo iba el mundo en general. Sin embargo, lo primero que escuché me trajo a la realidad de golpe y tiré a la maleta la ropa que ya había recogido para colocarla en los armarios. Rápidamente y con torpeza, cogí el mando que estaba escondido en el sofá para dar volumen y entender mejor la noticia que acaba de anunciar aquella presentadora. Llamé a Gabi insistentemente, dejando entrever miedo en mi voz. Este acudió de inmediato al salón con cara de preocupación.

—¿Qué pasa? —dijo él asomándose por la puerta y con las manos manchadas.

—Ven a oír esto —le exhorté de malas formas debido a mi nerviosismo.

Dejó lo que estaba haciendo para sentarse a mi lado. Allí los dos en el sofá y en silencio, nos

cogimos de la mano mientras escuchábamos lo que estaba informando aquella reportera que se encontraba en pleno centro de la ciudad.

*El niño apareció ayer de madrugada tirado en plena calle. Fue descubierto por unos jóvenes que salían de fiesta. Se trata de un niño de doce años, procedente de la Vega Alta, no podemos aportar más datos. Lo único que sabemos con seguridad es que en su muñeca llevaba una marca algo misteriosa que nos recuerda a la de los niños de la S o de la V invertida. En esta ocasión se ha observado que se trata de una M. Cuando sepamos más sobre...*

Me abracé a Gabi escondiendo mi cara sobre su hombro y, sin poder articular palabra, él me acarició el pelo sin apartar los ojos la pantalla. Al igual que yo, tampoco sabía cómo debía reaccionar ante la nueva noticia. ¿De verdad no había acabado aquella pesadilla?

## NOTAS DE LA AUTORA

Investigando sobre el tráfico de órganos, hay mucha documentación en Internet, por supuesto, de la que ahora no es necesario explayarse. Pero sí diré que el mercado negro de órganos se ha convertido en un tipo de comercio en donde, cómo no, los más pobres y vulnerables siempre son los más perjudicados. Los países subdesarrollados son el epicentro de este proceso, es donde más extracciones se hacen para hacerlos llegar, principalmente a los países ricos.

Y aunque en esta novela se hable de una mafia en la que raptan, en este caso, a niños, cabe destacar el llamado turismo de órganos, donde muchas personas viajan por necesidad, pero también de manera voluntaria, a ciertos destinos para vender sus órganos y obtener un beneficio económico por ellos. Siendo esto más común de lo que se piensa.

La trama y los personajes de esta historia son claramente inventados, pero no así la suma de dinero que podría mover el cabecilla de una mafia de este tipo. Por ello, el mercado ilegal de órganos está más en alza que nunca, siendo uno de los principales problemas que atañe a la Organización Mundial de la Salud (OMS).

Para poder entender un poco mejor el proceso de trasplante de órganos en un hospital cualquiera, sin mafias ni nada sospechoso de por medio, me serví de testimonios de varias personas dedicadas a la medicina y que han llevado a cabo con éxito muchas intervenciones de ese tipo en su carrera profesional. Cabe destacar al doctor Salamero, el cual me relató algún que otro caso en la sala de quirófano y que me hizo valorar, aún más si cabe, el trabajo de un médico.

Para poder reconstruir un interrogatorio, pedí ayuda a mi amiga, Isa, con parientes dedicados a la criminología. Descubrí que la sala de interrogatorios con un espejo forma parte de las películas americanas y que solo un abogado y el policía que lleva el caso pueden estar presentes en tal proceso. Por supuesto, me tomé la licencia de cambiar un poco todo eso para poder así esclarecer el caso en primera persona.

Finalmente, quiero mostrar mi gratitud a todas aquellas personas que, de un modo u otro, han estado presentes en el proceso de creación de esta novela. A mi familia y amigas que siempre aplaudieron con la misma ilusión que yo la posibilidad de publicar mi propia novela. A mi mentor, Rafa, con el que he aprendido aspectos literarios que desconocía y que me han ayudado a saber cómo continuar con la historia. A María José y a Alba que se convirtieron en mis lectoras beta y que me fueron animando en el transcurso de la historia. A mi diseñador personal, Pablo, el cual perdió tardes y horas para ayudarme. Y, por supuesto, a mi marido, Joaquín, el cual siempre me ha alentado y respaldado en la tarea de escribir. Sin él nada de esto hubiera sido posible.

Título: Un verano en Saint-Malo  
Diciembre 2019  
© Mayte Salmerón Almela

© Derechos de edición reservados  
Restart Editores  
restarteditores@gmail.com  
www.restarteditores.es

Edición: Restart Editores  
M<sup>a</sup> Amparo Bermejo Paradís  
Corrección y maquetación: Amparo Bermejo Paradís  
Diseño de portada: Paco Lencina  
Diseño y composición de cubierta: Carla Coronado Bermejo  
Imagen de cubierta: © Istock photos

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

---

[1] *Saint-Malo fue liberada por las tropas aliadas en el año 1944. La ciudad sitiada por los alemanes fue completamente bombardeada por los estadounidenses, provocando numerosos incendios y la consiguiente reconstrucción de sus edificios.*